A TRAVÉS DE LA SELVA

POR EL DR.
ESTEBAN L. MARADONA

SUMARIO

EL CHACO — LA LLANURA Y EL MONTE — EL INDIO — SUS DIFERENTES RAZAS — LA TOLDERIA — EL CACIQUE — LA MUJER, EL NIÑO, LOS DOMESTICOS — LA INDOLENCIA INDIGENA, LA EDUCACION, LA INSTRUCCION, EL ESTIMULO — LA CAZA Y LA PESCA — LA COSECHA Y LA INDUSTRIA — SUS CANTOS — SU MUSICA Y DIVERSIONES — LA ESCENA — LA DANZA — SUS CREENCIAS — LA EXPLOTACION DEL HOMBRE POR EL HOMBRE — LA FAUNA Y LA FLORA — LA MEDICINA, EL ENFERMO, LA MUERTE — LA DECADENCIA DE UN PUEBLO.

Buenos Aires — 1937

Dejo a la consideración de mis compatriotas estas páginas así escritas, exentas de todas pretensiones, que han sido meditadas en la misma entraña de la selva chaqueña —en 1936—, con el solo fin de contribuir al conocimiento y en el deseo de que ellas —traducción fiel de lo que expresan—, sean motivo de las más nobles inspiraciones de parte de nuestro pueblo y gobierno, en pro de la elevación del indígena, todavía paria en su propia tierra.

Hay que tener en cuenta —mi lector— que este problema latente aun no contemplado con la dedicación necesaria y la eficaz inteligencia de parte de los gobiernos argentinos, no debe por ningún motivo postergarse más; no hay nada que lo justifique.

Argumento rotundo de ello que abona esta aspiración, es la que nos da en su informe elevado al Gobierno Central, el ilustrado Presidente de la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios, Juan A. Domínguez, quien con una pléyade de patriotas colaboradores hoy se empeña con todo cariño en mejorar la suerte del indígena.

La extensión ubérrima de muchas leguas de tierras inhábitas; la población de miles de indios que respiran en su eterno nomadismo; la necesidad cada vez más palpable de bastarse a sí mismo como pueblo y como nación que se revela en el mundo; la evidente posibilidad de convertir a nuestro pueblo autóctono en sociedad civilizada, hace a grandes rasgos, que nos hayamos abocado a este problema para transmitir nuestra inspiración a quienes está en sus manos resolver.

CONSTITUCION NACIONAL (CAPITULO IV)

Art. 67. — Corresponde al Congreso:

.. ..

Inc. 15 — Proveer a la seguridad de las fronteras; conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversión de ellos al catolicismo.

* * *

PRIMERA PARTE

Los botánicos han hecho de la extensión de nuestro suelo, una división regional teniendo en cuenta la característica de los ejemplares de nuestra flora.

Así surge la fito-geografía argentina considerada en nueve provincias, una de las cuales la constituye la zona chaqueña, enorme extensión que abarca más de 173.730 kilómetros cuadrados, comprendidas las gobernaciones del Chaco y Formosa, con 75.480 y 98.250 kilómetros, respectivamente, según el último censo.

Ambos territorios que se han dado en llamar Gran Chaco Austral para distinguirlo del Gran Chaco Boreal de pertenencia paraguaya, se extienden con todos sus caracteres hacia la provincia de Santiago del Estero por el Sud-Oeste, y hacia Salta por el Nord-Oeste, y trasponiendo la frontera nacional, se continúa, siempre conservando su tipo fito-geográfico y geológico en territorio vecino, hasta el deslinde de Paraguay con Bolivia, más allá del Parapití: teniendo esta zona litigiosa por el Occidente, el Brasil por el Norte y el río Paraguay en todo su trayecto por el Oriente.

Todas estas regiones que fueron fondo de un mar interior, según las teorías probatorias del sabio Ameghino, cuyos terrenos aluvionales se afirmaron con la germinación de las simientes que arrastraron en su hora los vientos y las aguas y que hoy constituyen el monte subtropical que vemos, donde pueden advertirse los más variados ejemplares y entre los cuales convive toda una fauna que fenece a pesar de las leyes protectoras, fueron teatro donde el hombre, quizás del terciario superior, en la lucha por la existencia tuvo que vencer toda clase de dificultades que hubieron de presentársele, como las inclemencias del tiempo y las asechanzas que gravitaban sobre su vida misma, ante los gigantes proboscídeos, los feroces felinos, los horripilantes ofidios... en medio de toda una población zoológica, hoy

ya desaparecida o metamorfoseada a través del tiempo y del espacio y de que el hombre primitivo fué coetáneo.

El Chaco, —palabra india que encierra el concepto de cerco dispuesto para cazar (1)— y que significa también terreno llano y arbolado, constituyó indiscutiblemente para el aborigen un verdadero paraíso terrenal, por la variedad de medios que le proveía; y en él, desde el alimento que le asegura la caza y la pesca para aplacar el hambre, hasta la sombra que amortigua la rabia de la canícula calcinante del estío, hoy mismo encuentra el resguardo que en contra de todas las inclemencias naturales se oponen a la vida, inclusive el agua, que si bien llega a ser escasa y hasta nula en ciertas épocas del año, en los riachos cegados por la sequía, la suple como una bendición del cielo, la del caraguatá-í, que Dios conservó fresca y pura en la umbría maleza.

En él, la fauna y la flora riquísima en variedades en todos los tiempos, dan a la vida o a sus manifestaciones de industria y de comercio, el empuje necesario que en todas las épocas del año se traducen en riquezas movilizadas, favoreciendo al hombre blanco que con más aptitudes que el indígena, sabe explotar, explotándole a su vez en las relajadas transacciones que todos conocemos.

Como dejamos establecido, todo este Gran Chaco Austral que tiene una altitud media de 75 metros sobre el nivel patrón, se continúa en las provincias precitadas y en el Chaco paraguayo, en una extensión llana, apenas accidentada de oteros y surcada por corrientes fluviales que labrando arroyos y pequeños riachos, se han desecado con tendencia a desaparecer en algunas partes, mientras que en otras se pronuncian con verdaderos caracteres para organizarse en ríos.

No otro origen tuvieron los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, para hablar de los mayores: los más caudalosos de la gran zona que nos preocupa y que constituyen algo así como los desagües naturales post-marítimos, de aquél que desapareció hace miles de años y de que el sabio naturalista nuestro nos recalca en sus obras.

Esa llanura inmensa de terrenos aluvionales (2) en vías de transformación, absorbentes y salitrosos en partes, de

(1) Chaco es un cerco que los indios disponen para cazar vicuñas, significa también, llanura arbolada o montuosa, aparte de otras acepciones.

(2) El terreno de aluvión está constituído por: guijarros arrollados, arena fina y gruesa, fragmentos de arcilla, residnos orgánicos, fango o limo, es decir, abono fertilizante.

Sus areniscas o gredas son silíceas y cuarzosas.

tierra negra o de humus en otras, esconde en el subsuelo posiblemente petróleo (1).

Por ello es que hay zonas cuyas aguas son impotables, tanto si consideramos las de excavaciones, como si las de ciertas lagunas, no influídas por las aguas de lluvia; lo mismo se puede decir con respecto a las de pozo, que aparte de amargas son salobres (2).

En cuanto a estas mismas, hay que decir que difícilmente se profundizan por la razón de que el terreno es incoherente aparte de la sequedad que predispone para que el desmoronamiento de las paredes sea un hecho y el ciegue una consecuencia.

El clima es seco y regular (ver informes meteorológicos) donde crecen el vinal y el cactus; donde otras muchas espinosas; duras, elásticas, fibrosas, robando la humedad a la atmósfera, alargan sus brazos, no como implorantes que no consuenan con sus gestos y sí, como con rabia, para arrancar del viandante las ropas y la carne...

EL INDIO

Es el poblador autóctono de esta llanura inmensa cubierta de montes, que bien pudo ser escenario de experimentación digna de un Humboldt o de un Bonpland... el descendiente y depositario directo de una herencia cuantiosa, arrancada en las más remotas épocas de que se tenga memoria.

Erguido y musculoso en general, —a pesar de la degeneración que se le atribuye y de las privaciones que se le supone— llega a ser petizo y retacón en los actuales matacos y hasta pequeño en los montaraces guayaquíes, pero de complexión siempre delgada y vivaz. De corpulencia atlética, que en algunos causa asombro, cuyas masas musculares se dibujan contorneadas bajo la piel tersa y broncínea, como si se tratara de piezas talladas en quebracho, que denotan fortaleza en los varones, ocúltanse, como es natural, bajo

(1) También llamado «aceite de piedra», el «oro negro», tiene por origen la materia orgánica: vegetal y animal. Químicamente está constituído por hidrato de carbono, condicionado por elevadas presiones y altas temperaturas.

(2) Y no sólo son salobres, si que también salubres para el ganado, pues por su influencia el vacuno engorda más y se ve exento de ectoparásitos.

el panículo adiposo en la mujer, que sin ser abundante, es suficiente para modelar la línea suave que es clásica en la belleza del sexo, sobre todo tratándose de la doncella. De piel cobriza, más o menos acentuada en los unos pero en todos curtida por el sol, siempre fina y lampiña, a excepción de algunos, el color blanco y el pelo rubio no falta de los alegres chulupíes, cuyas cimbas doradas, contrastando con la cabellera lacia y renegrida de los más, echan hacia atrás en su acomodo, al emprender la faena cotidiana.

Aquellos cabellos renegridos y lacios —que hemos dicho, abundantes en uno y otro sexo— recortados a lo poeta en los hombres y en cambio rasurados a veces en la mujer, los que al caso terminan por un copete en la frente, blanden al viento, ligeros en los menos, aprisionados por un chambergo urbano o por una vincha en los más, y no siempre asegurados y en orden, en todos.

La cara ancha, deprimida la frente, chata la nariz; sobresalientes arcos superciliares que armonizan con abultados pómulos, ahuecan las órbitas, en cuyas cuencas brillan oscilantes pequeños ojos, sombreados, llenos de intención.

Las cejas y pestañas depiladas en ambos sexos, como el bigote y la barba en los varones, hacen del indio un rudo contraste en su fisonomía fiera, entre aquellas sutilezas femenina y su abrupta faz.

A la boca grande, bordeada por labios gruesos, desmesurados, sensuales, amoratados, que se repliegan prominentes hacia afuera, la corona un fino y ralo bigote, más tupido en los extremos de un espacio medio, que deja ver el marfil de sus dientes de una construcción impecable, cuando comen o cantan o miran el sol.

Maxilares fuertes, sobre todo prominentes en la región maseterina, que denotan para algunos, férrea voluntad (1), completan la efigie; avivada aquella faz de barro semi-cocido, por la prominencia del mentón y el mirar penetrante lleno de luz, lleno de intención de unos ojos negros de azabache en los más, que movedizos o firmes según las impresiones armonizan en sus oblicuos párpados, generalmente irritados, con las delicadas cejas y el marcado ceño que se pronuncia en la atención.

(1) Para otros este signo antropomórfico, sería propio de criminales natos, apreciación un tanto caprichosa que no podemos aceptar, como de otras muchas más bien antojadizas.

Aquella complexión atlética, cuya musculatura es apreciable desde el cuello, para ser admirable en el tórax y los miembros superiores, sobre todo en el varón, no es aparente en el abdomen que adelgaza, ni aun tratándose de la mujer multípara. Por eso es raro el encontrar un indio «barrigón».

Se vé en la fisonomía de estos caciques matacos, la vitalidad de la raza; ellos son Benítez, Chacoso, Cabote y Chamico

De aspecto nervudo, movimientos sueltos, y ademán enérgico —firme el pulso— una línea vertical que se traslada o se detiene, es su silueta; en su porte expresa una fisonomía peculiar, máxime cuando sus pantorrillas descarnadas, fuertes, tensas, hacen de sus piernas rígidos soportes, que estáticos o andando, impresionan como si se moviera sobre zancos un jayán.

Pero si todo esto es cierto, no es lo común; lo cierto es que se muestra un pálido reflejo de lo que debiera ser.

El carácter muchas veces no condice con sus rasgos fisonómicos. El indio es suave en su conversación y a veces dulce en su trato; pero siempre huraño, desconfiado y egoísta. Tiene el concepto de su prosapia y acaso de su inferioridad, por eso es que reacciona en la forma indicada; pero

ésto tan sólo lo hace con los «cristianos», pues entre ellos existe una hermandad ejemplar, una comunidad igualitaria, por lo menos en la tribu. Y veamos: lo que hay, es de todos; las cargas y las obligaciones son para todos, los derechos les son comunes, y así se desenvuelven en la más completa armonía.

He visto a un indio cierta vez, al parecer más inteligente que sus compañeros, comprar ropa para todos en una tienda. Habían cobrado, según dijeron, y deseaban «vestir bien»; luego el dinero sobrante se lo repartieron por igual: he aquí un ejemplo de equidad y de superación.

El indio es ratero y roba por necesidad, esto es casi un hecho clásico. Con hambre, mata un vacuno en el monte y hasta puede afrontar para perpetrar un crimen y saquear, pero es menos común que lo haga en la proporción que los «civilizados» que ejercen el abigeato como una profesión y cometen delitos de homicidio, por otras muchas causas. Sin embargo, me he informado que hay tribus que no poseían esas costumbres delincuentes hasta que no se hubieron puesto

El Prof. Arturo Ameghino con viejos colonos tobas y mocovíes

en contacto con el «medio civilizado», porque hasta entonces no tuvieron necesidades, las que se hicieron imperiosas, una vez al calor y el genio de la gente blanca. Parecería

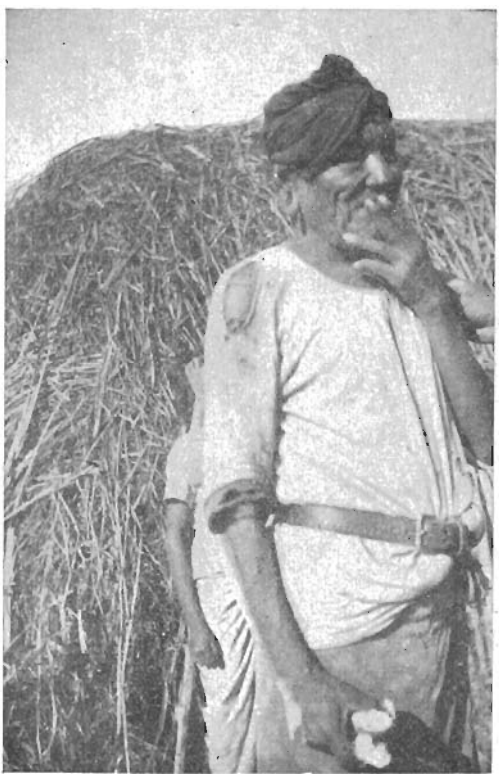
que triunfara aquí aquel concepto erróneo de que «la ocasión hace al ladrón».

Un indio chaufer. — S. Adolfo de «Las Delicias»

En esta llanura boscosa vivió el indio y viven aún en decadencia sus descendientes, los tobas, los más nómades, que centrados en el Alto Pilcomayo, no es extraño encontrarles a orillas del Paraná, frente a Corrientes, o en cualquier otra parte del territorio, ya que en sus andanzas hoy constituyen fuerzas de trabajo requeridas. Son éstos quizás, los más susceptibles de progreso; y si me aventuro a decirlo es porque les conozco más en sus actuaciones (1). Luego están los ma-

(1) En las colonias oficiales, con éstos se encuentran en general, otros que, tan dispuestos e inteligentes, progresan en todo sentido cuando reciben estímulo de las esferas superiores, como son los mocovíes, vilelas, chiriguanos, pilagás, etc.

tacos que se concentran en el Bermejo superior y medio, pero que tienen también su paradero en Pozo del Tigre, en la zona occidental del F. C. C. N. A. y otros puntos del Chaco; son éstos algo diferentes en su fisonomía física y moral. De talla breve y retacones, de carácter taimado, suelen ser más huraños y sanguinarios que los anteriores y por ende más retrógrados (1).



Viejo chorote en el que se vé el lóbulo de la oreja perforado

Lo mismo diré de los lenguas, que como los anteriores y los pilagás, tienen por costumbre, bien horadar los lóbulos

(1) Sin embargo, hoy en número considerable. —más de 1.000 matacos— se los ha concentrado en la zona militar de Las Lomitas, para organizar la colonia «Francisco Javier Muñiz»; como también ocurre en la de «Florentino Ameghino», con más de un centenar de pilagás.

de las orejas y el mentón, cuando no, el labio inferior, con el doble objeto de adornarse con pedazos de madera o de metal —tembetá o barbote— y silbar por la brecha, como lo

Viejo mocoví

estila el cainguá del Paraguay. Estos lenguas, como los de otras razas, proceden de un modo muy particular a raíz de la muerte de un miembro de la tribu, pues sencillamente se cambian de nombre para que el espíritu del mal —«dalematá»— no les persiga. Y como lo hacen todos, cambian de paradero incendiando sus chozas.

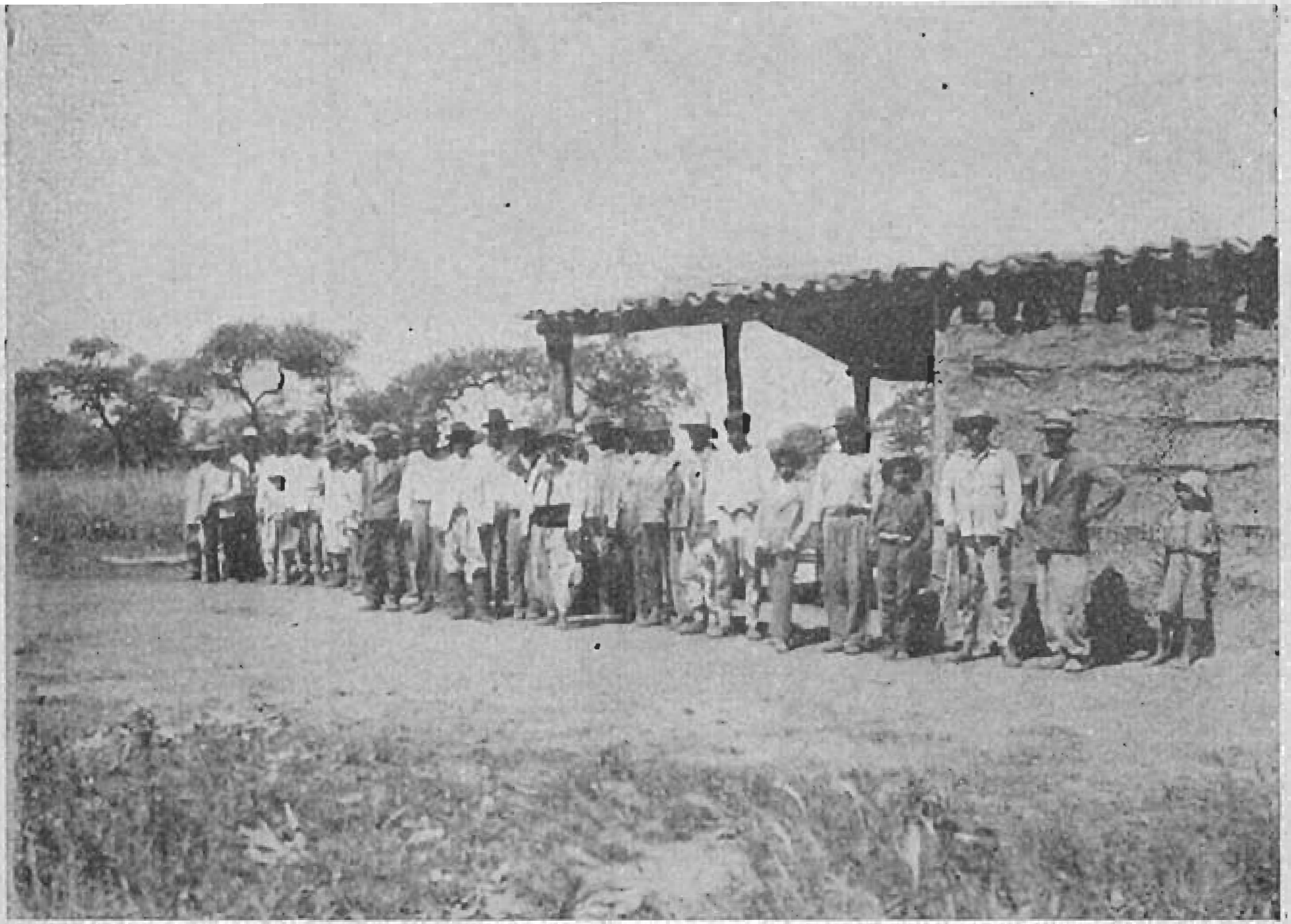
Los chulupíes que, como los anteriores, tienen costumbres más o menos semejantes, son valientes y cazadores y

hasta les agrada el trabajo, siendo muy aptos para cualquier aprendizaje, aun tratándose del intelectual.

Son indios blancos muchos de ellos y hasta rubios y de ojos azules. Sus cabellos trenzados echan atrás y alegremente cantan como lo hacen pocos, sobre todo cuando están alcoholizados.

Hay además otros, como el guayaquí, indio pequeño, vivaz y salvaje, rápido en la carrera y criminal en la acción, pero ésto, cuando encuentra ventaja; que vive como todos, haciendo daño. Me han referido de éste que en los montes de las Misiones, cercanos a los yerbales, se les hubo cazado con trampa y hasta «a lazo», y que como a un animal cualquiera se le tenía enjaulado, no sin haber escapado a la muerte alguna vez. Este es un indio cobarde por antonomasia, según dicen los que le conocen.

Otros, como los chorotes, los mochos, los misioneros de Salta y Jujuy; los vilelas, los tapenagás, del otro Chaco, que viven como todos, hambrientos, desnudos, enfermos,



Gente del cacique Gómez radicado frente a la colonia y para la que la Comisión H. de Reducciones de Indios, solicita desde 1914 una legua más de campo colindante (legua B. del lote 40 Zona A)

explicable —aparte del estado paupérrimo— por el vicio de la coca y del alcohol; así como el macá, y el sanapaná, y otras tribus, que se las encuentran con nombres distintos y de reducido número, hasta dar motivos a dudar de su existencia, llevan una vida tan cambiante que no se sabe adonde referirles (1).

En resumidas cuentas: la población indígena de estas regiones no se la conoce bien, es imposible saber a cuánto asciende. Si solamente la colonia de «Napalpí» cuenta con 2.000 indios reducidos que siembran algodón y en la que 500 más fluctúan en la misma, entrando y saliendo, nada se sabe de las tribus montaraces que no quieren saber de nada, ni con nadie, tratándose de «cristianos» (2).

En 1914, último censo levantado en el país, contó 18.000 indios de diferentes razas, calculándose que su número pasa de 50.000 en todo el norte argentino.

Tengamos en cuenta que aquí no hemos comprendido los cainguá de Misiones y de otros que por su vida errante, proceden del Brasil, Paraguay y Bolivia.

He visto cruzando el territorio a los eternos parias, a los guaycurús legendarios, «tragando» las distancias a pie, con las fuerzas que le dan las «chacas» (3) terciadas en el cuello de las piernas para no cansarse, —según sus creencias— seguidos de su prole, de sus perros: con la carga al dorso y empuñando alertas el arco y la flecha, los hombres. Les he visto, reluciente el lomo de marrón oscuro que ostentan desnudo, desafiando a la canícula austral y con sólo un «tapa rabo» que neutraliza apenas esa su desnudez cándida, ir la caravana triste, camino al infinito, en su inestabilidad consuetudinaria, como resabios autóctonos que quedan de lo que fué pueblo de América. Y, penetrando más, reaparecer, cien veces el monte, la ralera, un ñandú que

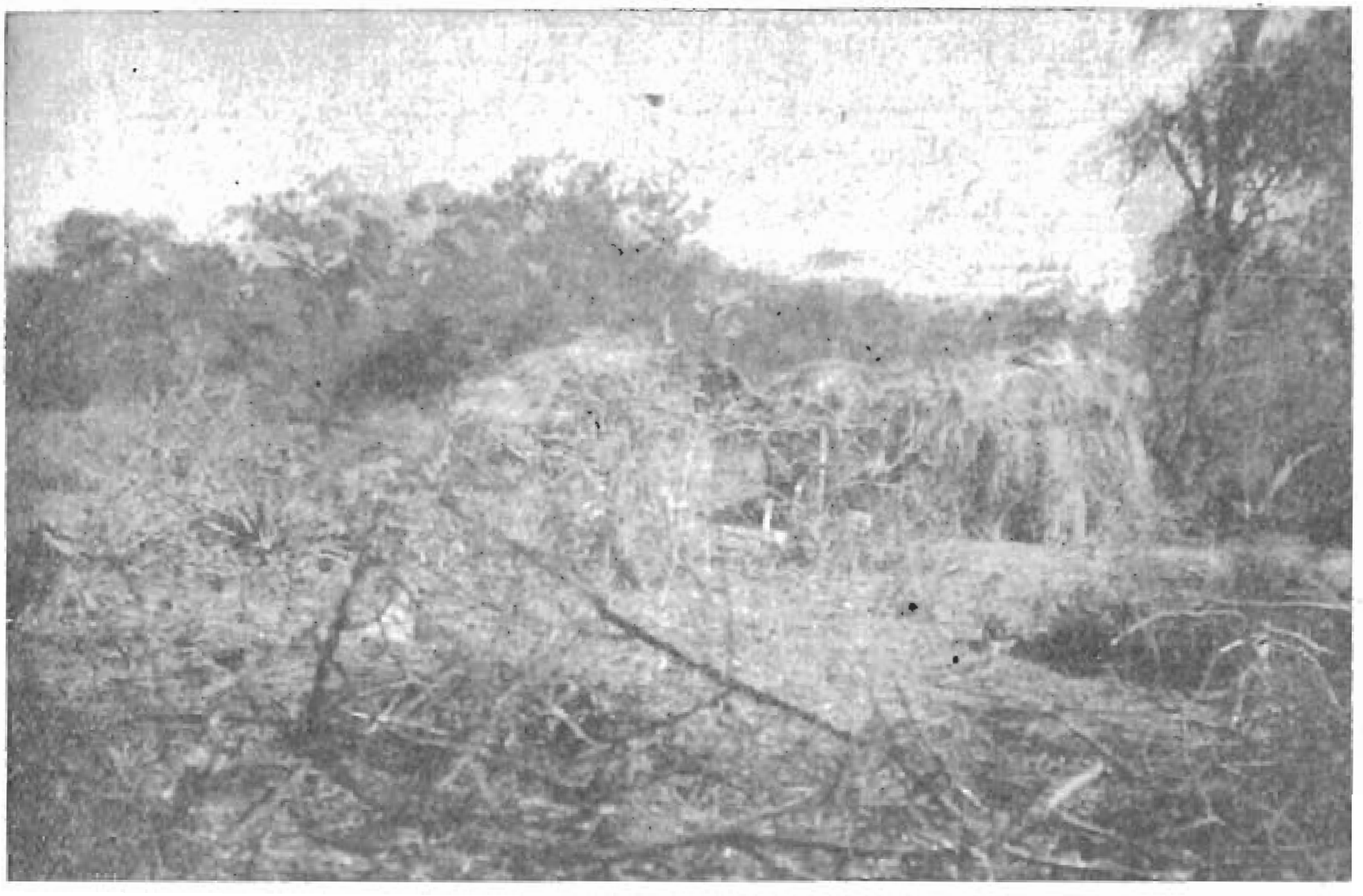
(1) La inmigración más frecuente de la frontera norte es la de chorotes, macás, chulupíes, que en realidad, uno duda si son de un país u otro de los limítrofes; pues las luchas, las necesidades de la vida, la persecución de las gendarmerías ha hecho fluctuar estos pueblos indígenas, que, como es sabido, plantan su tienda adonde ellos ven mejores perspectivas.

(2) La Comisión H. de Reducciones de Indios tiene bajo su custodia 5.700 indígenas, correspondientes a las colonias de los territorios de Formosa y Chaco.

(3) Chacas es un collar de plumas de avestruz o «mañick-lahuá», que se colocan en el cuello de la pierna, con fines de adorno en las danzas; de precaución contra las picaduras de víboras en unos casos o como amuleto contra el cansancio de las grandes marchas. No sé en realidad su verdadera significación, ante las distintas referencias.

pasa, un grupo de indios que camina, y por allá un perro flaco... y nada; nada más que altere el panorama.

Y he pensado en su suerte, y esto me conmueve.



Nido guaycurú de una tribu errante

Agólpanse a mi mente los recuerdos de aquellos acentos melancólicos que traducen en sus cantos, el reflejo fiel del estado espiritual que les embarga, cuando en noches apacibles, a plena lumbre de luna, —desde la toldería enmarañada, excitados por la aloja—, todos los años celebran como coronación festiva, el término de sus fáciles cosechas de la vaina madura de algarroba. Y estos recuerdos me dan que pensar.

Una noche de insomnio —en Estanislao del Campo—, acicateado por el calor y los mosquitos, desde el rancho que me albergaba me dispuse a oír a la distancia el eco que me traía el viento de una cercana toldería de indios tobas.

Aquellas voces tristes y monótonas, sonoras en el silencio de la noche, parecían surgidas de ultratumba; teníau la naturaleza áspera de todo lo creado que nos circunda por aquí, —desde la prosaica consistencia del quebracho, la amenaza grave del vinal, el sabor acre y cáustico de

cualquier leño, hasta la sutileza que adorna con la fragancia del aromito en flor, con las formas y colores de la floración de cualquier planta de las mil y una que surgen de estas tierras, de sus entrañas mismas—, y que nuestro sabio por antonomasia, con una intuición de iluminado ha deducido fuera un mar prehistórico. Tenían el encanto de su rudeza y la atracción de su solemnidad...

Repercutían aquellas extrañas vibraciones en mi alma de muy distinto modo, y a la sensación de miedo en que sentí erizárseme el cabello, y una ola de frío bien luego corrió por mis venas, suspendiendo la respiración por un instante, —siguió la reacción natural—, con el calor y el valor del cruzado.

Y me dispuse para oír mejor.

Y en esta complejidad fenomenal de perturbación mental, —de miedo y de coraje, de frío y de calor, que siempre termina en un sentido en el campo de la conciencia, como la fuerza resultante del clásico teorema, se me ocurre— en la misma forma de perplejidad a la que uno asiste en el campo de batalla, en que se debe de afrontar o de rehuir o, en un examen, —aquella noche de insomnio—, hubiera optado por lo primero, sin que esto signifique preciarme de valiente; hubiera querido presenciar aquella fiesta clásica en que se canta y se baila, y que tiene además, algo de rito sagrado; mas, me han dicho de lo arriesgado que es la presencia de los «cristianos» en tales circunstancias.

La bulla se prolongó toda la noche hasta el amanecer. Parece ser que se practicó en aquel nocturno un concurso de cantores, porque era frecuente oír cantar a uno u otro.

El acento era monótono y triste con pocas variantes en sus notas, que se «retorcían» onduladas en altos y bajos, con una armonía rudimentaria, nunca oída, que por ser triste aburre o deprime la atención a fuer de ser continua; pero que a la larga se hace grata, porque infunde meditación y recogimiento.

En él se expresan motivos del pasado, del presente y del porvenir. Y me han dicho que de los motivos más pueriles acaecidos en el día, hacen rememoración fingiendo los hechos, acompañados con expresiones físicas tan patentes como las que estuvieron en acción.

Por eso es que ante los espectadores que hacen corro, saltan y gritan, corren, se retuercen, accionando con la cabeza y los miembros como si estuvieran actuando, pero en el escenario circunscripto del rededor del fogón.

Y hay que verles: lo hacen encendidos por el alcohol de algarroba que les da mayores bríos.

A veces la festividad está consagrada a una joven púber que despierta a la vida y a la que el cacique la proclama apta para el matrimonio; entonces aquélla recibe de la tribu en medio de la algarabía, los mejores augurios de felicidad futura y cantando a su derredor, le van diciendo al oído: que tendrá un hijo que hará honor a la tribu, que será guapo, que será hermoso, que será resistente, que será valiente, que será cazador... y así se alarga la letanía dirigida a la futura desposada, que luego recibirá de un tatuaje los estigmas de una marca indeleble que lamento no descifrar sino en contados casos, y que hoy sólo sé como lo hacen y con qué (1).

Cuando se ayuntan, la pareja se pierde por el monte unos días, sustrayéndose del conglomerado taciturno que la expecta, al cabo de los cuales la joven pareja hace su reaparición ante el entusiasmo delirante de la indiada. El «tarait» se aparece como cazador, con las armas al brazo, mientras que la «lehuá» o «moguá», carga un haz de leña sobre el «lomo».

Esto es como algo simbólico. Y así se reintegran a la comunidad para vivir como antes.

Otras veces, no sé por qué causa, se les ve peregrinar aún siendo padres, entre los montes, que consuenan con su hechura física. Van y vienen «tragando» las distancias de una población a otra, de una toldería a otra, en su afán de efectuar sus intercambios comerciales con la población civil.

---

(1) Ese pintado es un verdadero tatuaje, como el que estilan ciertos pueblos orientales, y tienen un significado distinto a estar con algunos datos conseguidos de ellos mismos.

Unas veces el tatuaje es un motivo de belleza que ostenta la mujer joven para ser más atrayente, ante el sexo opuesto; otras veces revelan estados de compromiso de la madre o de la esposa; otras, y parece ser la mayoría de las veces, con el fin de conjurar los males, «verbi gratia», la viruela, cuando en forma epidémica diezma a la tribu y por la que siente horror pánico.

A veces, el acto nupcial cobra un contorno interesante que es digno de mención. Parece ser que esto ocurre, cuando el pretendiente es un extraño a la tribu que por intermedio de la exogamia desea formar parte de ella. Tal el caso que voy a referir, aunque sea esbozadamente: se trataba de un extranjero, europeo que se vinculó a la familia indígena, atraído por la belleza de una joven y quizá también por conveniencia, para vivir como ellos saben vivir, en el mejor de los mundos. El caso fué que el día del acontecimiento conyugal, se improvisó una rueda grande de nativos, todos predispuestos a divertirse lo mejor, con los mejores atavíos que estilan para el caso; y así, los unos con las otras, formando parejas, asidos por las manos y a los acordes del «pin-pin» (1), se entregaron a la danza después de haberse paseado con ritmo pausado en la improvisada pista. Animados cada vez más, en el calor del entusiasmo, aquéllo se convertía en una verdadera justa de saltimbanquis, porque saltos y piruetas rivalizaban de los danzantes, estimulados por la algazara y la chifla y entre los cuales estaban los novios, cuyas cabezas cubrían duros sacos de cuero que les impedía ver. Sorteando a unos y a otros, los futuros cónyuges, así cegados, debían encontrarse; y al encontrarse, él, reconocer a su prometida y tener la conciencia cierta de que era ella.

Este reconocimiento, como es claro, debía de hacerlo con las manos, después de lo cual ya estaban casados.

Ahora con el progreso entra el modernismo hasta en las chozas y la doncella indígena se casa por el registro civil, resistiendo a su tradición milenaria, bien que no sea lo común.

Quiere agradar más, pero no ya al indio a quien le resultaría poco grata su tendencia moderna, sino al galán cristiano, con quien no es raro que contraiga matrimonio; por eso es que ya no quiere pintarrajear el rostro ni horadar sus orejas, los labios y el mentón, más bien se inclina al «snobismo»; por eso es que ya se nota cundir el ejemplo en las generaciones nuevas, lo que es de observar, estando desprovistas de estos accidentes y de otras prevenciones (2).

(1) Especie de tambor que usan los indios para amenizar sus fiestas; consiste en un madero ahuecado, cubierto en su espacio libre por una piel de chivo.

(2) Es claro que el esposo cristiano tiene la suerte de no ser víctima de las uñas largas de su compañera, por eso es que no se le ve marcado, como es común verles a los indios recién casados, que declaran «que les rasguñó la china».

De vez en cuando recibía en Estanislao del Campo la visita de un indio ladino a quien los pilluelos del barrio llamaban «Pica-pica» con el solo afán de molestarle, que en su fingida admiración que le inspiraba, al saludarme, me llamaba «dotor-dios».

Era un indio joven todavía que en su infancia tuvo la desgracia de haber sido picado por las abejas «camuatí», de cuya resultancia, torció para siempre sus negros ojos, en un estrabismo convergente que le impedía ver, si no de lado.

El, en su media lengua castellana me ha contado muchas cosas de la vida indígena, pero con algunas reservas que no vulneraran su prosapia. Así me hablaba mal de los matacos de Pozo del Tigre, y peor de los pilagás del Pilcomayo.

Toldo viejo de indios mataco. — La delegada *ad honórem* Sra. Margarita González Alonso de Da Rocha, rodeada de componentes de la Nueva Colonia

Tenía una mueca de burla sangrienta para estos últimos, entre otras cosas, por la costumbre que tienen de agujerearse los lóbulos de las orejas con el objeto de introdu-

cirse unos carretes de madera a guisa de adorno, aunque el motivo, supongo yo sea otro.

Como indio toba que era le profesaba un odio eterno a los otros de su laya, en particular a los matacos.

Parece ser que esta malquerencia tiene por origen —según se desprendía de su interesante conversación— de las luchas de predominio en épocas remotas, en que la caza y la pesca, las «cosechas» de frutos, las aguadas y los refugios, serían fuente de atracción y manzana de discordia entre las tribus interesadas.

¡Ah!, la eterna lucha por los intereses creados.

Me solía contar, empleando gerundios, cosas de particular interés para mí, como los procedimientos que ellos emplean para cazar el «surí», o el «mañick», como lo llaman otros, para pescar o «anyia-có», sobre las maniobras de sus acciones en la vida, para la defensa, y de la acometividad de las fieras; y al hablar accionaba y hacía muecas, remedando las voces y las actitudes de aquéllas.

«Yagaikis taraits» de la tribu mataca del cacique Coronel

Yo le atendía con singular deferencia y seriedad, porque si no hubiera herido su susceptibilidad. Hay que ver cómo estos indios se enfadan y resienten. El indio es muy descon·

fiado y suspicaz. La mínima mueca que le hubiere manifestado en mi rostro, hubiese sido lo bastante para que lo interpretara como si dudara o le burlara, y cesado en su conversación con el consiguiente retiro.

Cuando hubo conversado hasta el cansancio, «Lorencito», como se le llamaba cariñosamente, ahuecando la mano para sombrear los ojos y mirar el sol, con saludos expresivos se retira, no sin antes haberme pedido unos centavos, cigarrillos y ropa vieja.

Y al marcharse me repite, accionando con las manos, y con la cara de lado para poderme ver, después de haberme invitado: —«Vos visitando toldería, dando aloja, linda aloja»...

Y aunque tengo desconfianza de ellos y repugnancia por el bebistrajo, le prometí ir...

Hay que decir en honor de la verdad, que el indio es consecuente con su patrón blanco cuando aquél le quiere y estimula; y hasta es generoso. Con frecuencia adquiere su nombre o apellido, el que lleva con verdadero orgullo; pero si eso es cierto, también es cierto que lo cambian con facilidad inaudita, como cambian de nombre ciertas tribus, tras el contraste que sufre la colectividad. Es frecuente conocer indios que llevan nombres de patricios, como los de Moreno, Mitre, Roca y de otro cualquiera, que les haya caído en gracia. Mas, cuando uno fallece de un mal, «dalematá», la tribu prevenida se vale de un ardid para confundir al espíritu de aquel «mal», porque se cree que la muerte les persigue, y éste es, el de cambiar de nombre y de lugar.

Como digo, con sus caciques blancos, que para el caso son hombres blancos, el indio es dócil como un «can». Recuerdo, cómo le quieren al explorador don José Cancio los indios de algunas tribus del Pilcomayo, persona ésta respetable, de Clorinda, que tiene en su haber el de haber sido quien rescatara el cadáver del malogrado artista italiano Guido Boggiani, muerto alevosamente por los indígenas en la comisión de un robo.

Mas, si alguna vez a un indio dócil se le desconfía y él se percata de esta desconfianza, su disgusto no es poco; lo ha de manifestar sin embozo y desertará sin más trámite. Alguna vez un indio le ha echado en cara a su patrón de aquella desconfianza sin que éste pudiera disuadirle de lo contrario. Traducción de su enojo fué el que desertara de inmediato.

Como he dicho, generalmente éste es un ser tímido y apático, pero alcoholizado se torna en audaz y hasta insolente; con suma facilidad pierde el control de sus actos y puede llegar hasta las vías del hecho. Este proceder es tanto más común, cuanto más acompañados están.

Por eso resulta empresa difícil llegar a la toldería cuando celebran sus fiestas, y por ende están obnubilados por el alcohol.

Desconfiados, es cuasi imposible aprender de ellos algunas palabras; interesados, a todo responden: «cuánto pagando»; pedigüeños como pocos, y glotones hasta lo insaciable. He tratado a varios y sólo he conseguido de unos pocos que me digan, cuenten, accionen, sobre algunas cuestiones que difícilmente puedo entenderlas, porque no hablan castellano, aunque apenas lo entiendan. Pero para que ello surta efecto es necesario darles algunos centavos, cigarrillos, ropa, y entonces sí, se consigue que hablen, que repitan, que accionen, hasta con locuacidad. A veces ríen con malicia entre ellos, quizá cuando están mintiendo, pero como sus conceptos no me satisfacen vuelvo a confrontarlos con los de otros y otros más, antes de aceptarlos como verdaderos. Otras veces, y es lo menos frecuente, todo se allana, el indio es más dócil e inteligente, y conversa en castellano; siente verdadera satisfacción en responder enseñando.

A todos hay que llamarles «muchacho» para que mejor comprendan; todos los hombres para ellos son «muchachos» y las mujeres «chinas».

LA TOLDERIA

Después que se aquieta la tribu de sus peregrinaciones caprichosas, improvisa una ranchada —diríamos—, que llaman malamente toldería; pero que ni de rancho ni de toldo tienen, dado el verdadero concepto que tenemos de estos vocablos (1).

En la inmediación de un abra lindando con la espesura, en lo que podría llamarse un montículo descuajado de árboles nuevos y flexibles, —dóciles a las ataduras de sus ramas

(1) Ellos llaman a la casa o al hogar: «lachaka» en pilagá; «lemá», en toba; «huete», en chulupí, o sea lo que todos comprenden por toldo.

coposas—, buscado previamente un espacío medio y simétrico entre los pies de implantación, forman el ridículo edificio atrayendo unas hacia otras las ramas más febles para uncirlas.

Toldería en las inmediaciones de una abra

Luego así, hecho el armazón de lo improvisado, la indiada se apresta a terminar «su obra» y con la hojarasca del monte, enredaderas de «ysypó», hojas de palmeras, harapos, paja; coronando, a manera de techo, hasta llegar al suelo, rápido terminan la vivienda.

Y allí se guarece esta humanidad bestia, satisfecha, hasta el día que una desgracia familiar u otro evento les haga prender fuego a la guarida, para quemar el mal espíritu que según sus creencias le persigue de continuo, y trasplantarse a otras regiones en el silencio de la noche para evitar el ser descubiertos en sus fugas

Allí viven improvisados en santa paz sujetos al albur de su destino, en la cercanía de un arroyo o, en el peor de los casos, de una laguna cenagosa, buscando siempre como se comprende, el medio más fácil que les asegure su vivir, la caza, y a veces también, la pesca (1).

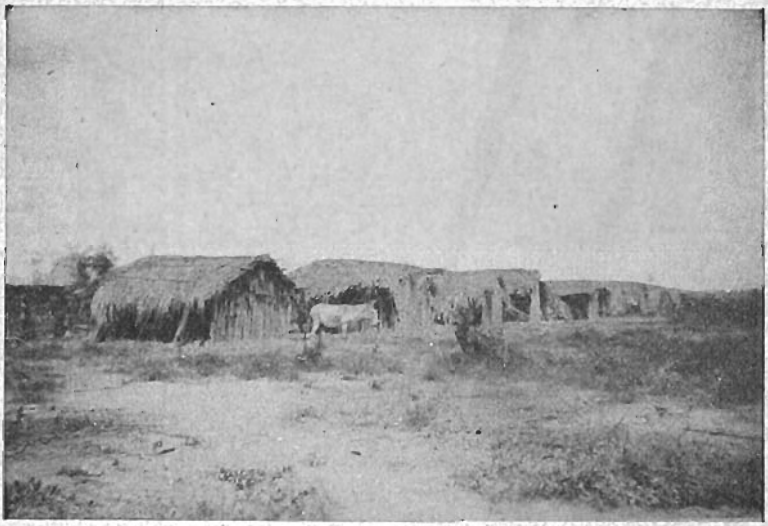
---

(1) Hay muchas tribus que poseen una majadita de ovejas o de chivas, algún mulo o burra vieja; pero lo que más consumen es la carne de animales silvestres como la de avestruz, mulita, tatú, cerdo, carpincho, etc. La carne de caballo es la que más consumen, antes que la de vaca, que les cuesta adquirirla. Todos los alimentos los ingieren hervidos, quizá previendo las enfermedades.

Es un mito la creencia general de que al indio no le haga mal la carne de animal muerto por carbunclo. Conozco casos de fallecimientos por dicha causa, a pesar de que la carne ingerida fué asada. Por otra parte, en este sentido bien se cuidan de comer carnes crudas.

Mientras los hombres, siempre más andariegos, salen en busca del sustento diario, la mujer en su sedentarismo,

Una toldería de Kilóm. 642



Ranchos construídos bajo la dirección del misionero evangelista Kaleb Hansen

se ocupa de los quehaceres domésticos y en el cuidado de los niños. Y avivando el cuadro se ven jugar a los chicuelos y a los muchachones con los «guachos» que como si fueran

parte integrante de la familia, hacen también rueda; corren y saltan con aquéllos alrededor de la fogata, —que casi todo el día está encendida, con los cacharros humeando—, y con los perros flacos que dan lástima...

El Tabacal

El Prof. Ameghino y Pincen frente a un «huete» indaga a sus habitantes que viven en plena miseria

Hay mejores y también peores tolderías que la que describimos como tipo; así es mucha la diferencia que se advierte entre las de Estanislao del Campo, a orillas del arroyo «Guaycurú», comparadas con las cercanas a Resistencia, a pocas cuadras del puente San Fernando sobre el río Negro, y con las que no pueden llamarse tales, bajo la sombra de un árbol coposo.

Pero unas y otras transpiran pobreza, desorden, inmundicia, promiscuidad... El mismo colorido triste, primitivo,

silvestre... que otros ojos pudieron ver hace ya mucho tiempo.

Recuerdo de una que por primera vez ví, al caer de una tarde nublada, cuyos lineamientos generales eran los que dejamos expuestos; jamás otra igual he visto superar: tal la triste realidad.

Y cuando todo abandonan y la acción del tiempo se acentúa sobre el terreno, aquello que fué toldo queda, quiero

Conjunto de «chuetes» en Tabacal, donde la higiene es todo un problema como en tantas otras partes en que está olvidado el indio

creer, como los remotos «paraderos» de que nos habla Ameghino en su obra, al referirse al hombre del terciario; todo cenizas que nos dénotan fuego; huesos partidos que nos revelan glotones...

EL CACIQUE

El *cacique* es el «todo» de la toldería. Es el jefe virtual de la tribu, el que actúa y manda en ella, la que le responde ciegamente.

Ya no es como pudiera creerse el más viejo y experimentado por sus años en la vida común, sino el más inteligente y fuerte, el más perspicaz y eficaz en la lucha por la vida, el que por sus cualidades y por la secuela de otros prejuicios no debe de ser resistido por su gente. Y así como él, hay varios otros diseminados por el territorio que con mayor o menor influencia dominan una extensa jurisdicción.

Es un personaje, por lo común, interesante.

Ya no se trata del fiero señor de la selva, del indomable, ceñudo dueño de tribus; de un «Tankí» toba o de otro héroe semejante con que la leyenda clásica ha perfilado a esta encarnación humana. Ahora se trata de un hombre que guarda por atavismo los caracteres atenuados de sus mayores, que va siendo paulatinamente absorbido por el progreso.

Un cacique indígena

Es el que decide de la suerte común, el que atiende y entiende en los asuntos de mayor trascendencia que deben repercutir en beneficio de la tribu; el que debe prever sus consecuencias funestas y evitarlas.

A veces es él quien contrata con las empresas y con los colonos las condiciones de trabajo y de jornales de sus «guaycurús», y así tiene que hacer: con las fábricas, los obrajes, los ingenios; con los patronos, con motivo de los conchabos que periódicamente le requieren, ya sea para las cosechas de algodón, de caña de azúcar, girasol o tártago, etc.... que es notable cómo se extiende día a día en su radio de acción.

El cacique es todo un personaje, ilustre en su medio, que conoce como un augur en el vuelo de las aves, en los gritos nocturnos de éstas, en el gesto de los hombres y de

Ascencio en el acto de jurar frente al cacique Chará y a la cacica Dominga

los animales, acontecimientos próximos que debe advertir. El ve en los astros signos de una complicada astronomía, y con el oído puesto en tierra ausculta los fenómenos que se suceden en el suelo de sus dominios, y todo lo prevé; tiene el tacto fino y el ademán severo, por eso suele ser el mejor soldado.

He conocido cierta vez a uno de estos jefes a quien llaman Cacique Moreno, siendo muy mentado en los territorios del Chaco y Formosa. En sus periódicas recorridas por los territorios, —esta vez buscaba en Guaycurú de concentrar por medio de su influencia, que es evidente hoy

El Teniente 1.º Lynch Pueyrredón y el misionero Kaleb Hansen, acompañan al cacique Moreno

El cacique Hilario en lo mejor de su vida

declina,— a la población india. para destinar los hombres capaces a llenar los compromisos de conchabos que tenía concertados con una empresa azucarera. El citado personaje venía, —con encargo de un ingenio de Las Palmas.— donde ocupaba también un cargo policial, de cumplir esta misión, seguro de ganar un tanto por cada indio que presentara al establecimiento dispuesto a trabajar; pero parece que no tuvo mayor éxito en su empresa, porque muy contados se decidieron a seguirle. Comprendo que esta actitud observada por los indios proviene de que ya está escarmentada esta pobre gente de los malos tratos que reciben, conforme lo han hecho por repetidas veces años ha, trasladándoles a pie a través de las distancias, con engaños y con los inconvenientes de la sed y el hambre.

La cacica Dominga

Hay que convenir que hoy ya no se los arrea así nomás, como animales, y esto es confortable y un dato útil para el sociólogo.

Aquel emisario, intermediario en fracaso esta vez, llegó hacia nosotros sofocado bajo el peso de sus setenta años que nos dijo tener, y habló con cierta reserva en buen castellano; mas luego, explayándose, nos contó satisfecho de sus repetidos viajes cumplidos en Buenos Aires ante el Presidente Irigoyen en pro de los derechos indígenas a ciertas tierras del territorio. Luego se lamentó de un mal que le preocupaba; ...de sus proezas, de sus bienes...

El popular cacique Cabrón

Un cacique en su cabalgadura

La esposa del cacique Chará antes de jurar, da cuenta de todos los sufrimientos y vicisitudes pasadas por los indígenas del Chaco

El cacique Méndez, es un joven interesante de una relativa buena instrucción

La postrer lumbre de la tarde que iluminaba, encendiendo el rostro moreno del cacique, dibujaba con severas líneas sus contornos de señor adusto, y en su faz de bronce se descubría el aire atávico de una generación remota, y el reflejo fiel de un espíritu en transición. La huella de los años marcadas en las arrugas de la piel y la albura de los contados pelos del bigote, contrastaban de una manera sorprendente con las retintas crenchas que coronaban en desorden, su altiva cabeza de gigante, el que, temeroso de la muerte, sólo se dejó pulsar...

LA MUJER, EL NIÑO, LOS DOMESTICOS

Es natural que la «mujer tipo» de la raza indígena no puede existir, pues sus variaciones son muchas con respecto a su hechura física y moral. Las costumbres variables de

Colono indígena con su familia

acuerdo a su psicología, como la de todas las tribus influenciadas por el medio en donde viven, acentúan más estas diferencias.

En las grandes concentraciones, como por ejemplo la de Estero Patiño, donde la población indígena suma miles. existe una variación marcada de sus maneras y procedi-

Una madre tan hacendosa como todas las madres

mientos con respecto a las tribus suburbanas que se diseminan por el territorio y con las que viven bajo la influencia directa de las misiones oficiales y religiosas.

La mujer toba, como otras muchas, corta el pelo a veces, dejándose un copete en la frente; se depila las cejas y pestañas y marca el rostro con trazos paralelos y cruzados en los cachetes y la frente. A veces lleva cómo adorno, aros, pulseras y anillos.

En su mejor edad, es natural que a la «lehuá-guaycurú» le preocupen las fiestas; entonces pone a tono su persona con la mejor belleza en los aprontes de la danza:

al adorno de un collar de mostacillas versicolores o de dientes de carniceros, de vistosos plumajes de zancudas, de aros, anillos y pulseras de hueso o de metal, agrega un tatuaje conveniente, o pintarrajéase el rostro y los miembros de colores subidos, cuando no, blanquéase con inertes polvos de trituradas valvas de moluscos acéfalos que encuentra a granel. Las «chacas» ajustadas a las piernas no han de faltar; y hay que ver, para el sexo fuerte «la china» es un primor tan sólo comparable en su hermosura con el esplendor de una estrella.

Después de la época de las danzas, de la juventud risueña y optimista, del ensueño, de la visión de la vida color

India con su niño a cuestas

de rosa, viene la materialización de las cosas y al casorio, sigue la maternidad, cuidándose de pecar con el incesto.

Cuando va a dar a luz, se aisla de la tribu; busca un reparo en el monte cercano a la toldería y cumple su noble misión sin que nadie se le arrime. Días después se presenta «la china», como ellos mismos llaman a la «lehuá», muy oronda con su «joya» en los brazos. Entonces sí, la vieja madre o «lecomena» interviene en sus cuidados.

Aquella mujer ya madre o «lateé» es tan hacendosa como todas las madres.

Todo este período pre y post-partum está envuelto en el misterio que ellas no delatan. Nos ha sido imposible conocer los pormenores, ni al mejor precio.

Luego al correr del tiempo, aquélla carga a su niño: —«capiolet»— sobre la cadera, abierto de piernas y camina con singular elegancia, contrastando la energía de su porte, con el descarne ostensible de sus miembros inferiores, sobre todo en las piernas, donde las pantorrillas no son más que esbozo.

Ya acentuaremos algunos pormenores en el decurso de esta exposición.

Entre el monte, muy cercano al toldo, a todas horas del día se siente a la distancia el rumor de voces infantiles que zumbando cual abejas dejan su eco en un lado y en otro. Es un verdadero enjambre de niños, de «yalets», «losás», «chiretes», que en sus juegos inocentes gritan o cantan, ríen o lloran, corriendo y saltando con perros y guachos; con palos y huesos que llevan como armas; semidesnudos o desnudos, cubiertos de roña y, acariciadas por el viento, las crenchas sueltas y empolvadas. Tostados por la intemperie, la piel tersa, azotados por el viento, quemante a veces; empolvados por la greda salitrosa, ¿qué importa?, calientes, sudorosos, empastados, esa niñez primitiva, modelada en barro, en su inocencia optimista alza un himno a la libertad en su reducto, pletórico de belleza en sus notas, que es tanto más armonioso en primavera, cuando todo despierta a la vida, cuando invita a soñar, cuando todo se mueve y ellos ven bajo el resplandor del sol...

El vigor de la raza se traduce entonces, el vigor patente que contrasta de manera desconcertante con los descuidos de la higiene, con la desatención a la salud delatada por la

Estos niños sin escuela se los recomendamos al Consejo Nacional de Educación

expresión de la tos, por el parasitismo de la piel y cabellos, por la cicatriz de las heridas, y que desmiente el rostro mofletudo, la encarnación del esqueleto y la actividad del movimiento, de una manera rotunda.

Los niños, como los adultos, aquí no son espectros...

Y ese gesto de los niños que no tienen los perros flacos, —los que a pesar de todo son los más sufridos—, lo tiene la vegetación misma en el verdor de la selva, lo tienen los domésticos, los amorosos allegados de esa gente que, llámense potrillo o burro, cabra o guazuncho, conviven con sus dueños y han de vivir toda la vida atados al calor de su cariño; ellos, que no ha de ser la necesidad devoradora que los ponga al borde del sacrificio, por considerárselos algo así como de pasta sagrada, tal vez manjar de los dioses...

Estos domésticos, como digo, tienen un lugar en la tribu. Podrá haber la necesidad más imperiosa en aquella sociedad famélica, que de seguro ellos no serán las víctimas a que como tabla de salvación echarán mano. Al término de su vida, que casi siempre ocurre por decrepitud, en la vejez, no es extraño de que se les llore o se les cante de manera ritual, como si se tratara de despedir, en la ida sin vuelta, a un hermano.

Pero no todos los seres gozan de ese respeto, de esa inmunidad sentimental. Los hay que son pasto de su hambre insaciable, de su acción devastadora y de qué manera, hasta llegar a la glotonería y hasta el afán de la extinción. Los hay de aquéllos que caen, ¡ay! fatalidad, bañados en sangre al tiro certero de la fuerza del arco, cortados por un filoso «nolquet» como el «anta», o atravesado de lado a lado por un agudo «baicabá», como el «tatú», o desmayado al golpe percutor del «cetena», como la cándida cnarata que no atinó a escapar.

LA INDOLENCIA INDIGENA. — EDUCACION — INSTRUCCION ESTIMULO

Esta condición del indio que, desde luego, es innata en él como en otros pueblos de la tierra la abulia, se ve agravada por la falta de educación y de estímulo que debiera impartir el gobierno, ya que no sería lógico ni práctico, pedirlos a la buena voluntad de las gentes.

Lo que se ha hecho hasta el presente, salvo excepciones honrosas, es reducido en la enseñanza, la que es casi imposible, dada la tendencia indígena de, al emigrar, arrastrar consigo a su prole, en sus continuos cambios a través de las distancias.

De tal suerte que la mediocre instrucción que reciben, si es que cuadra llamarse así al precario aprendizaje, es fugaz y sin resultado práctico.

Lo negativo resulta, pues, de que además del factor apuntado, está la evidente incapacidad intelectual del indígena, desfavorecido todavía por la incomprensión del idioma y por el exiguo roce con el medio superior. Por eso es que cuando se les pregunta de la escuela a los niños, no sabiendo que responder se sonríen, permaneciendo en un

mutismo absoluto, y, con tendencia evasiva esconden el rostro. No van a la escuela en muchas partes, bien lo sé. dado el hábito de vida que llevan sus mayores por un lado;

Estos niños no van a la escuela, a pesar de existir en el pueblo; pertenecen a la toldería de Méndez

e interrogados éstos sobre el particular, es frecuente que contesten: «cuánto pagando por ir escuela», eso, aparte de las contribuciones que solicitan y de otros reparos que oponen.

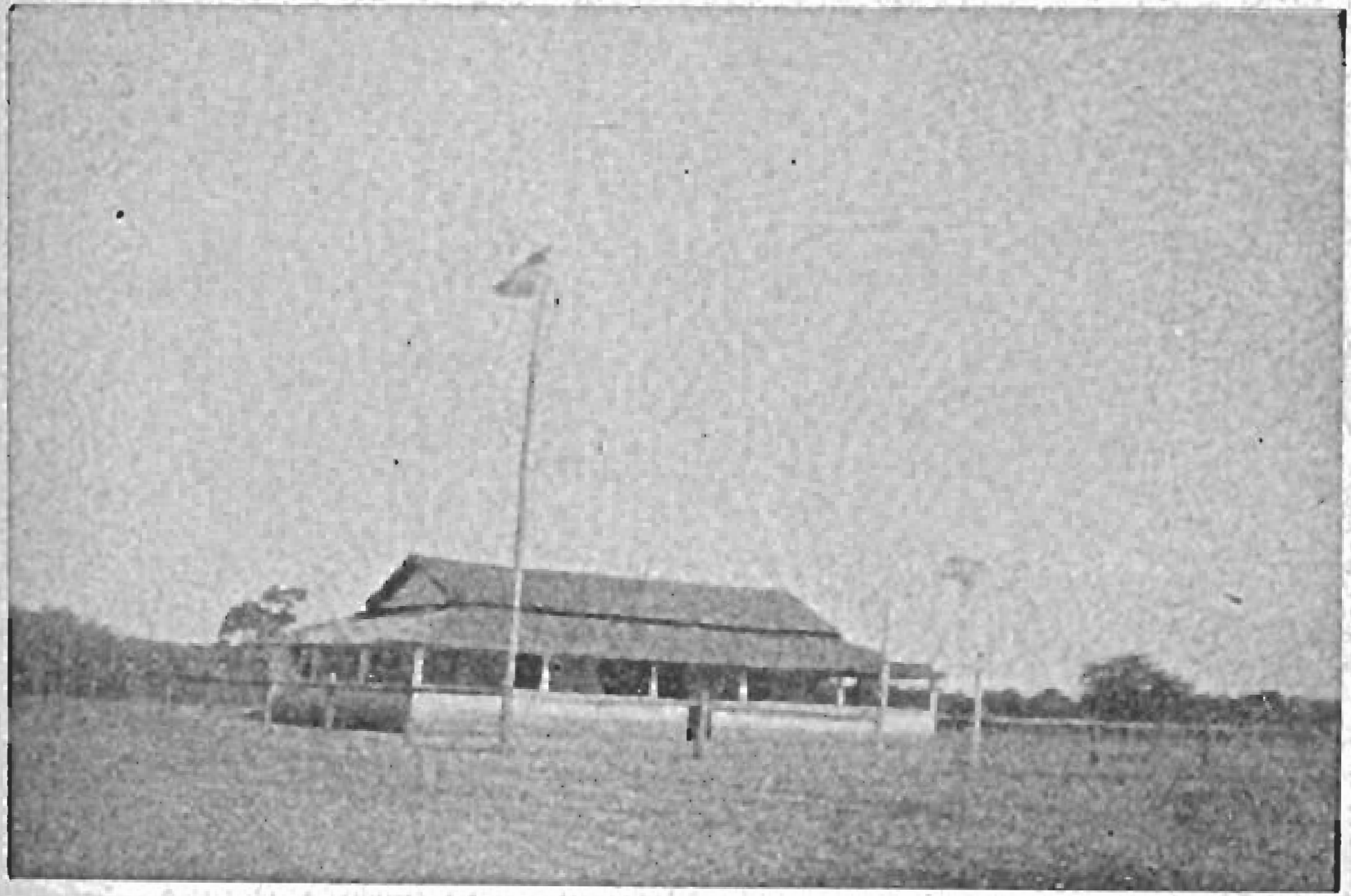
Pero esto no es todo; he notado de paso, por otro lado, que hay familias tan poco patriotas, que han prosperado quizá a costa del sudor de esta pobre gente, que se opone a que el «chirete» concurra a la escuela, donde asisten sus hijos o no mandan a éstos, por una preocupación que no sé a qué atribuirla: si es de temor o menosprecio o qué; como es natural, se favorece así a que se haga el ambiente para que medie un dique entre quienes se creen capaces de regenerar, y el que deseamos atraerle a la vida civilizada.

Este proceder no deja de ser condenable a todas luces. Y considerado humanamente de acuerdo a nuestras leyes estatales, no podemos aceptar razones de peso en contrario. Por todo esto, creo que sólo se conseguirá algún éxito con

el indígena, violentando la voluntad de padres e hijos, si no es viable actuar en otra forma; instruyendo a éstos en colegios internados, bien favorecidos y estimulados por el gobierno y por quienes directamente fueren sus cultores, como de ello hay dignos ejemplos; y a aquéllos como actualmente se procede, en centros industriales (1).

El indio adulto, verdad es que constituye un problema que raya cuasi en lo imposible de resolver, sin que con una buena dosis de amor y voluntad se le estimule en el trabajo. se le convenza de sus inclinaciones, se les dé ejemplos constructivos y vea esos ejemplos en ellos mismos.

Debe de tenerse en cuenta que será imposible pensar en su regeneración, si a sus trabajos no se les remunera



Templo de la educación en medio de la selva, dirigido por el Sr. Francisco V. Pinto

equitativamente; no se les asegure el provecho de sus ganancias con utilidades objetivas que ellos vean y palpen, que ellos sepan que tienen entre sus manos ahorros útiles que supieron amasar para casos de emergencia; que se vean

---

(1) Pero hasta sin violencia: recordemos que el director de escuela señor Francisco V. Pinto, en su patriótica acción, cierta vez eitó en Fortín Lngones, a los caciques para insinuarles la conveniencia de que los niños indígenas concurrieran a su establecimiento. Todos los concurrentes comprendieron la bondad que aquéllo les reportaría, pero las dificultades de los medios de subsistencia hizo que aquella iniciativa se malograra. Y todo por no tener asegurado un solar y en él, medios para vivir.

asegurados en el solar que ocupan; que adquieran el concepto de propiedad, de derecho, de justicia; que rompan con el prejuicio de los campos malditos y del ser invisible que juega con sus destinos (1)...

Niños de la escuela oficial, de familia toba y pilagá, futuros agentes del progreso nacional

Hay que comprender que todo esto entraña una empresa casi imposible de resolver, como decíamos, pero que hay que repetirle a los pesimistas aquella frase tan sabia y cierta de: «que no hay nada imposible bajo el sol»; que todo es cuestión de abordar con humanidad y paciencia, y más que todo, con inteligencia (2).

---

(1) Ejemplo lisonjero de esto es lo que se ve en las colonias oficiales, a las que se ha impreso un rumbo inteligente y justiciero, repartiendo en propias manos a los 256 colonos aborígenes, el saldo de la venta del algodón canchado, que alcanzó a más de 207.412 pesos.

(2) Así es cómo se han organizado dos nuevas colonias en el Territorio de Formosa y se trata de ampliar el radio de acción en las del Chaco. No he de pasar por alto estos dos gestos que en Las Lomitas, con patriótico fervor, pronuncia la señora Margarita González A. de Da Rocha, al dedicar con todo cariño su tiempo en la enseñanza de labores a la mujer indígena, y el haber dispuesto la Comandancia Militar el instruir al hombre en el manejo de la báscula, arma terrible de explotación que hoy como ayer y siempre, no solamente al indio, ni en el Chaco, sino al criollo y en la campaña agrícola de Santa Fe, he visto funcionar.

Obrar de otra manera es desentenderse de ellos y contemplar pasivamente desde el balcón de la crítica el resultado que se ve: en plano inclinado desaparecer el indio de nuestro suelo.

Con regueros de sangre y opresiones a su libertad, no se ha de conseguir más que reacciones que poco consuenan con los postulados de la civilización de que tanto hablamos y nos jactamos.

Si el indio es retrógrado e indócil, está en su naturaleza específica en serlo, la antítesis de otros pueblos de la tierra que se barbarizan con el progreso.

Y estamos así ante un dilema: y hay que aceptar que si aquéllo es de «salvajes», ésto es de «bárbaros»; no hay términos medios que atenúen esta verdad cruda. Y ciertamente que lo es; lo estamos viendo, pues ni unos ni otros, posan en los planos equilibrados de la civilización; de la civilización —he dicho—, que es amor, que es justicia, que es derecho, que es comprensión...

Frente a la única escuela de «Napalpí»
La colonia oficial y la escuela son las armas de que el gobierno debe echar mano para resolver de una vez, el problema del indígena

Por eso es que hay que educar a unos y a otros con el ejemplo, con la instrucción, con el amor. Y ahí tienen materia las distintas religiones para desarrollar sus actividades; escuchen bien los señores religiosos.

Pacheco, lenguaraz de la tolderia del cacique Coronel

Hay que comprender que civilización es «civilización» y que progreso no siempre es «progreso»; mas aunque civilización sea progreso, no siempre progreso es civilización.

El salvajismo que es la cuna, diremos, del «progreso» y de la «civilización», es como el niño hecho hombre ideal, porque el niño es un salvaje y el hombre puede no serlo; mas la «barbarie» es el desarrollo del progreso en línea recta, el materialismo desnudo, la negación absoluta de la civilización; es la que si no domina, predomina en el mundo contemporáneo y ante la que en todos los tiempos, la «civilización» ha pugnado por destruir sin conseguirlo; es la que por desgracia, como un fantasma gigante, ciérnese sobre la tierra en forma de diablo e intenciones de criminal.

Así que no nos asombremos de que tengamos al hombre en su estado primitivo; hay verdaderos indios blancos, rubios y de ojos azules, escoria de pueblos progresados, que

sofocados en una atmósfera viciada arriban a nuestras playas ávidos de respirar, con grandes aptitudes, indiscutiblemente para instruirse y tornarse por ello mismo más bárbaros, tan atrasados como el indio que, por equivocada gestión el gobierno estimula invocando la liberalidad de nuestras leyes, antes que este estímulo recaiga en nuestro pueblo criollo e indígena que sean cuales fueren los motivos para desentenderse de ellos, no hay derecho para excluirlos (1).

Y esto, adivino que así sea, porque estamos acostumbrados a ver en todo lo que es nuestro, como cosa muy inferior. Tener a menos al criollo es ya costumbre entre nosotros, por su condición inhata de ser apocado y huraño, y no

Delegados y colaboradores de la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios: Tte. Coronel Ferreyra, Mayor Da Rocha, Dres. Reyes Oribe, Pintos y Pardal, Sras. de Reyes Oribe, de Da Rocha e indios del cacique Pedro que han de constituir la nueva colonia

tener pasta de esclavo; y si esto se hace con el criollo, ¿qué no podrá hacerse con respecto al indio? En cambio siempre se aplaude la exteriorización, lo que aparenta

---

(1) Acuérdense los gobiernos olvidadizos del artículo 67, inciso 15 de la Constitución Nacional y 17 de la Ley 4167, y acuérdense bien para evitar en lo posible el bochorno de tener 150.000 argentinos excluídos de todos sus derechos, que no son ni mejor ni peor que otros pueblos aborígenes, y que sólo les falta el estímulo inteligente para encauzarlos.

ser, lo que parece triunfo por los cabales; a los más audaces que, aunque se confunde con la audacia de los elegidos, queda indefinida. Verdad que lastima, pero que hay que decirla alguna vez.

Y aunque lejos esté la crítica de la inmigración laboriosa, honrada y constructiva a quien el país debe mucho y nosotros le rendimos nuestro homenaje, creo que es injusta esta despreocupación por lo nuestro. Y esta injusticia es la que se ve con resplandor de fuego (1).

Como otras razas, la autóctona tan poco susceptible a la civilización, son aquellas de indios rubios propensas al «progreso», pero no al progreso que es civilización sino al progreso que es barbarie, y entonces, ¿por qué la diferenciación, por qué el estímulo al extraño y la orfandad de éste, al natural? No, no podemos aceptar esta injusticia que escapa a la sanción de las leyes escritas por el hombre para un plano de vida convencional.

¿Quién podría afirmar que en la guerra es más civilizado un hombre blanco, pelo lacio y rubio, que un negro mota, labios gruesos, y que los gases asfixiantes, la ametralladora y todo el stock armamentista sea obra de perfección fiel de la entidad «Civilización»?

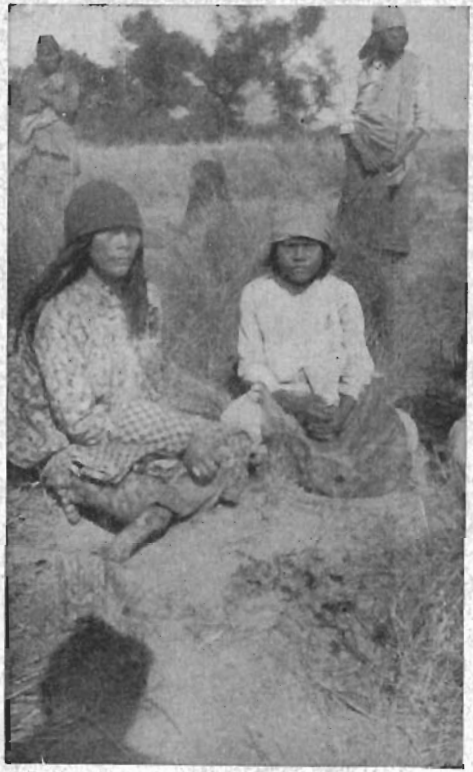
Y si es obra del progreso, ¿puede honradamente proclamarse la civilización, como se proclama en todo el mundo, mientras que hay pueblos enteros que viven en una permanente zozobra?

No, mil veces no!, repitámoslo.

Y, ¿en qué estamos, entonces? Estamos, en que —cabe esta respuesta— el mundo está sobresaturado desde que es mundo, de una atmósfera de farsa, que tiene todos los tonos, como los espectros de la luz solar, espectros que iluminan unos más que otros, que se refugian en la penumbra

(1)· ¿Cuántos niños aborígenes concurren a la escuela?
¿Cuántas escuelas hay para estos niños?
¿Por qué no se les acepta en las escuelas?
Me lleno de indignación al contestar estas preguntas y sin embargo, sobra el dinero para cuantas «inutilidades»...: El argumento de los caciques que se entrevistaron con el señor Pinto, era respetable; pero, ¿y en los ingenios, en los obrajes, fábricas, concentraciones de trabajo, donde el indio está allí porque, aunque explotado, puede vivir?, ¿qué se hace, que el gobierno no se preocupa de la niñez, siquiera dándole instrucción, la más elemental que fuera? Y la legislación del trabajo, ¿está por ventura narcotizada por la coca que nunca se manifiesta?
No. El problema se torna serio y el gobierno debe encarar este problema; no es posible permanecer por más tiempo contemplando con pasividad, ante los campos ubérrimos e inhábitos, que 50.000 indios en el Norte y 100.000 más en el Sud, fuerza en potencia, aprovechable, se vaya liquidando a su designio, sin que intervenga quien tiene el deber de intervenir.
Siembre el gobierno y recogerá su fruto.

y en la oscuridad, pero que viven todos en la emulación. Por eso vemos sus resultados día a día con mayor relieve, con mayor espanto. Y si todo esto, —como dirán algunos—,



A la espera de víveres de la Comisión H. de Reducciones de Indios

es la consecuencia obediente de leyes biológicas universales, elijamos por ventura la franja que traduce los colores a nuestro lábaro, que son los del éter, —simbólicos de pureza,— aunque también patrimonio de la relatividad, que impregnan en su argentinismo las páginas de nuestro código, de fundamentos humanos...

Estimulemos a nuestro pueblo empezando desde el indio.

Desde la conquista, ha cuatro siglos, se viene proclamando la elevación indígena que, como un sol maldito, nace

eclipsado cada vez que con inteligencia se ha querido encarar el problema. Experimentos de indiscutibles éxitos en ya pasadas épocas, —nos referimos al siglo XVII— se evidenciaron con las misiones jesuíticas al pie de la cruz. Pero si el resultado no fué completo, conforme con nuestros deseos, quedó demostrado hasta la evidencia lo que pudo esa influencia innovadora, esa gestión humana que llegó a concentrar en un ambiente de elevación a más de 12.000 indios cristianos, que se instruían, poblaban, cultivaban, bajo el influjo directo de la España heroica.

Que se hizo mucho, a pesar de todas las críticas que pudiéramos formular y que se formulan a las misiones jesuíticas, hoy nadie lo niega. Y después de tanto, abandonados por aquellas direcciones, el indio es, sino lo que fué, es peor, porque degenerado y apático en su ruina y su lamento, ha perdido hasta sus atributos de valor...

Rancho del cacique Facundo Quiroga, el primero de la primer chacra de la colonia Francisco J. Muñiz

Cobarde y miserable, se debate en su impotencia en una atmósfera viciada que le rodea y aplasta... víctima de atropellos y tirones de la «sociedad civilizada».

Su canto por eso, es un lamento que rubrica su esplendor perdido...

Campamento María L. de San Martín. Tabacal — Huetes y casillas de obreros no indios

Tratándose de ellos, este vocablo pierde su sentido; su noble sentido de trabajo, porque se trueca en recolección de la gran cosecha que les brinda Dios.

Sin embargo no por ello hemos de cometer el error de creerles incapaces para tal empresa e indignos de involucrarles entre aquellos gestores que amasan el progreso del porvenir; porque si bien el indio es holgazán hasta el extremo, ello no quiere decir que deje de ser hábil para la siembra de maíz, mandioca, caña dulce, a que la necesidad muchas veces le impele; y si lo hace en reducida escala, es porque se conforma con poco, habiendo otros medios de vida tan cerca de su alcance (1).

---

(1) Así es como no deja de haber en la tribu quien, sin mayor arte, siembre zapallos, melones, sandías, mates, etc.

Más le preocupan sus sendas cosechas con que preparar la rica aloja, que su Dios, para evitarles más fatigas cuidó de la seca y la langosta en la extensión inmensa de este Chaco, que otra cualquier cosa; por eso es que años tras años, vuelca a granel el fruto en sus manos implorantes.

Un colono toba amante del progreso

Y es de ver al terminar la primavera, la indiada ufana, juntar la vaina madura de algarroba en el monte; entonces, sí, no se verá un indio en la zona urbana; ni a ruego en las colonias...

De manera pues, que el rendimiento del trabajo en las chacras propias, si es que las tienen, en general es escaso; en la de los blancos, la recolección efectuada por ellos, mínima y eso, a pesar de la población indígena que se dedica a estas actividades periódicamente.

Realmente que esto resulta desconcertante para los que esperan la rehabilitación del aborigen y los efectos positivos de su acción; y más desconcertante esto resulta, si hemos de considerar que hay trabajo que en buenas condiciones físicas son capaces de abordar con éxito, y que más de 50.000 indios existentes en los territorios de Formosa y Chaco, —según el cálculo oficial del último censo—, se mueren de hambre, arrastrando una vida miserable, en su pauperismo consuetudinario; porque hay que decirlo: es mínima la indiada redimida y concentrada en las reducciones oficiales, misiones religiosas y aun particulares, tanto que nos inhibe para que se pueda hablar de su progreso social (1).

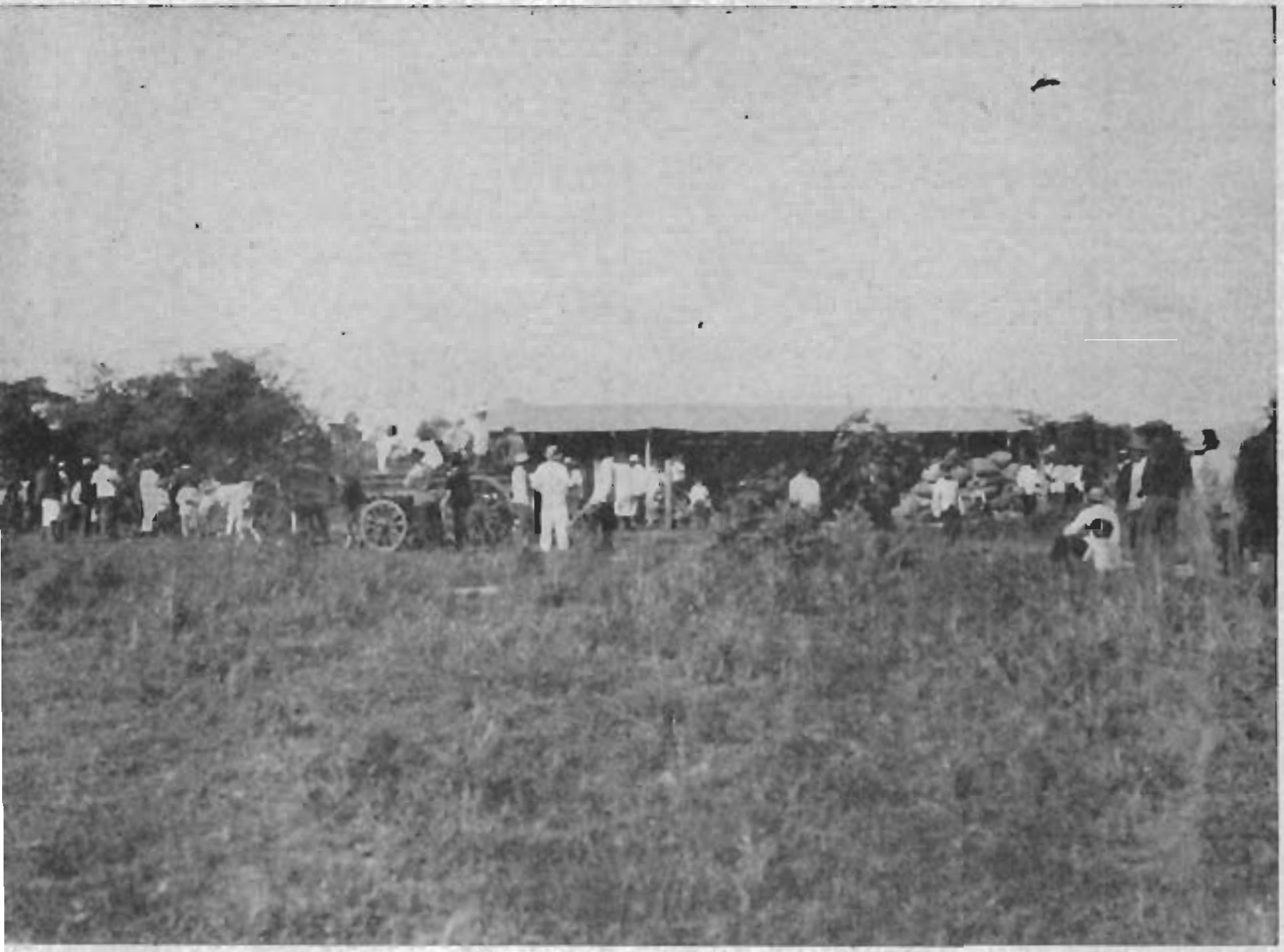
Es cierto también que se los explota, —ya lo vamos a ver—, y que a ello debe de atribuirse en parte, su poca predisposición para el trabajo.

Fontana, colonia *«Bartolomé de las Casas»*
Taraits, lehuás y chiretes en momentos del juramento a la bandera

La ayuda del gobierno con implementos agrícolas y bestias ha dado algún resultado, pero a medias; siempre

(1) En realidad el progreso es evidente en las concentraciones cuando éstas están bien dirigidas; he conocido indios que saben leer y escribir, que son buenos dibujantes, pintores y músicos. Indios que en el oficio de carpintería y herrería, han dado prueba satisfactoria, pero, como es claro, esto es reducido.

la «garra» oficial se ha puesto de por medio y en vez de estimularles para su redención, les saquea, salvo raras excepciones; actitud que también ejercen los particulares sin



«El Aguara»
Puesto de venta de algodón al más alto postor en presencia de los colonos

que haya una voz que se levante. Y así sucede que unos viven a expensas de los otros y se aboque a la eterna cuestión del equilibrio roto, entre el capital y el trabajo; y cómo se explica que haya caciques, caciquillos, segundones, que dominen a sus «manos muertas», que si no trafican con ellos —como negreros del Africa—, algo parecido hacen, con el agravante de ser indios puros muchas veces los que así proceden, aunque es más frecuente que lo sean mestizos y hasta extranjeros que viven ricos, medrando a la sombra de sus miserias.

Todo esto —lo recalco— ante la vista y paciencia de las autoridades que parecieran complacerse con su explotación, por su fría indiferencia y la inexplicable inercia que manifiestan.

Pero, felizmente, una acción más decidida de parte del gobierno puede mejorar la suerte de estos parias argentinos, que son susceptibles en gran parte de mejorarla estimulándoles, como se puede ver por los resultados que en realidad prestigian a la Comisión encargada de sus direcciones, en los territorios del Chaco y Formosa.

Así en las colonias de Quitilipí, «Napalpí», y de Fontana, «Bartolomé de las Casas», la cosecha de algodón ha dado el año 1936 para la primera, 992.658 kilos, que produjo con su venta la suma de $ 230.331, según un informe oficial; y 181.541 kilos en Fontana, que se vendió en $ 37.818, respectivamente.

Los hijos del cacique Duran aprendiendo a arar dirigidos por un agrónomo

El saldo de la primera, después de pagar víveres, deudas atrasadas, flete, se repartió en propias manos, en dinero efectivo, a los 226 colonos aborígenes que existen en «Napalpí», lo mismo que se hizo en «Bartolomé de las Casas», con los 30 colonos de igual filiación.

Hay que tener presente que no todos se dedican a la agricultura, sino que también a los obrajes, es decir, a la explotación del bosque; así por ejemplo, en la reducción de tobas y pilagás, de Bartolomé de las Casas, hay un porcentaje mayor de hacheros; en cambio en Quitilipí, colonia Napalpí, la dedicación a la agricultura es mayor y hasta existe un vivero experimental que es toda una promisión para el futuro.

Pero desgraciadamente, todo esto es reducido ante la magnitud del problema, si hemos de considerar que sólo comprende a cuatro mil indígenas de las colonias citadas, más mil de las colonias recientemente creadas en Formosa.

LA INDUSTRIA

Estos indios son poco industriosos.

Mientras que los hombres se dedican a cazar, a cosechar algodón en las chacras de colonos extranjeros o se allegan al pueblo a changar, siendo común verles en las casas, hachando leña, carpiendo patios o transportando agua en barriles, a cambio de unos centavos o la comida, las mujeres siempre más sedentarias y laboriosas, en sus rústicos telares —como las abejas del Himeto—, tejen y hacen miel. Hermosas telas surgen de sus manos hábiles, como aquéllas que destinadas a prenda de vestir, tiñen con vistosos colores, de variados tonos y que pueden ser fajas, ponchos y chalinas, sin olvidar la «yica», pequeño saco que llevan a cuesta, todo lo cual luego venden —como producto de su industria—, por miserables pesos que no siempre suelen apreciar en todo su valor y que a su falta, dan a cambio de otros menesteres de primera necesidad.

Es natural que por su ignorancia y ante la necesidad, se vean obligados a ser explotados sin consideración por gente sin escrúpulo.

Otras se dedican a fabricar en sus telares, resistentes cuerdas de chaguar, de caraguatá, que luego emplean como hilos para mallas de pesca: como es el «guananat» para hamacas, cuerdas de arco, e infinidad de tejidos destinados a la más variada aplicación. Estas cuerdas cuyos nombres toman de la materia prima que utilizan, sean de ivira o caraguatá, de chaguar o colté, correspondientes a dialectos

diferentes, son de una resistencia a toda prueba y con lo que constituyen casi siempre el «ñick», el «lequet-chique-neck», el «sogon», el «kotaikí»...

Tinturas varias hoy como ayer emplean, que ellas mismas fabrican en el laboratorio de su «lemá», extraídas de

Ella teje y hace miel como las abejas del Himeto. — Ahí, hilando lana

ciertas plantas como son: el «curupay», el «ybyrá hoby» o palo azul, el «urucurana» (1), «la pata», la «sangre de toro», el «palo bobo», el granadillo silvestre, y el mismo «ybyrá jhú» para no citar más que unos, de la infinidad de árboles, arbustos y yerbas de que guardan secreto con todo egoísmo, y sin contar con otros productos del reino animal como es la cochinilla.

Además, instrumentos de hueso y adornos de madera, de plumas y pieles, arcos y flechas, de que son especialistas

---

(1) El «urucurana», es una planta que crece con vigor: de la América tropical, cuyas hojas, de grandes limbos, adquieren un color particular rojizo, que hace que se las distinga en la selva, y que quizá por ello se las ha llamado también «sangre de Drago». Es una especie de la familia de las euforbiáceas crotóneas, que también existen en la región subtropical; el autor la ha encontrado en la isla del Cerrito Argentino y en otras partes de la región chaqueña y paraguaya.

El «crotón tiglium» que todos los médicos conocen, de donde se extrae el «aceite de crotón», clásico purgante drástico, es una de las especies, del que también los indios conocen sus virtudes.

los hombres, empleando el palo mataco o «tadeck», el «guayaibí» para los arcos o «chiqueneck» y el «cocktá» para las flechas, son motivos también de su elaboración industrial, aparte de su extensa y clásica alfarería.

Como las tribus casi siempre habitan en las orillas de los riachos, que son predominantes en estos territorios, pero también que a menudo quedan secos, la embarcación les es indispensable para cambiar de ruta en busca del «nogop» —tradúzcase agua— y deben procurarla. Entonces, improvisan un «navío» que ellos llaman «cachiveo» en el voluminoso tronco de un palo borracho, navío que ellos fabrican a fuerza de hacha y que dura una eternidad...

Como una derivación social religiosa y profiláctica, surge el arte del tatuaje que sólo he podido conocer cómo lo hacen y con qué (1), aunque no alcancé a interpretar siempre su enigmático significado.

Para preparar la materia tatuante, proceden del siguiente modo: con la corteza o tallos del «palo bobo», conocido en otras partes por aliso, que crece en cantidad en las riberas de los arroyos y ríos, como lo he podido constatar en la isla del «Cerrito Argentino», en cuyas márgenes formaba empalizadas, arrastradas por la marejada confluente del Paraguay con el Paraná, y entre las cuales surgía elegante monte, verde claro en su follaje, de nuevos ejemplares; por decocción —decía— de estos elementos, se obtiene una tinta flúida, azul oscuro, que la «china» —me ha dicho el indio—, prepara en un cacharro.

Bien; con esta tinta mezclada al polvo común o al que ellos hacen con valvas molidas o con su residuo seco a falta de ellas, se obtiene el ingrediente, el que frotado sobre la piel, previamente puncionada con una espina, forman las figuras más extrañas, los jeroglíficos más caprichosos, la marca indeleble cuya finalidad trataremos de conocer (2).

---

(1) Conocí un indio joven todavía, de nombre Calerma, que lucía como estigma, un tatuaje azulado en la frente. Este figuraba una circunferencia, centrada por una cruz, todo punteado; entre las cejas y sobre la raíz nasal, otro, figurando una hebilla; y sobre los párpados inferiores, siguiendo la dirección de los bordes, cinco puntos a cada lado.

Rayado en ziszás, desde la mucosa del labio inferior, hasta la barbilla, un sutil dibujo que llamaba dignamente la atención y por fin, en el antebrazo, sobre el dorso, figurando un sol radiante.

Este joven me confesó que había escapado a la viruela en una epidemia, atribuyendo ingenuamente, que esto era debido a que había sido tatuado a tiempo, en su conjuro.

(2) Parece ser que, como ya lo dejamos anotado, es un motivo de belleza, de estado, de jerarquía, y como me lo han declarado otros, de profilaxia contra ciertas enfermedades. Es claro que la mayor o menor perfección depende de la mano del artista, diremos; con frecuencia de la mano del cacique.

Y así, en resumidas cuentas, mientras el indio se ocupa en los trabajos fuertes, en los más arriesgados: la caza y la pesca, la mujer, que siempre es más laboriosa, dígase lo que se diga, —llámese «lehuá» en toba, o «cuñá» en guaraní, «lecomena» o «gûay-guî» respectivamente, a la vieja abuela—, se entretiene con los «chiretes» o «yalets» que, vivaces y juguetones, impregnados en roña, no terminan con los guachitos de la toldería, o con los famélicos perros que traducen en sus ojos sin luz toda la miseria de ese ambiente paupérrimo; o en los cuidados cuando es madre: «laté», amamantando a su niño, «capí», encarnación humana ésta, de inocencia salvaje, sin que por eso deje los quehaceres cotidianos y de otros que en ciertas épocas, son de su ineludible ejecutoria.

Al guarapo y la aloja, bebidas de su predilección que ella misma prepara con todo esmero de frutas silvestres y miel del monte, macerando unas y fermentando otras, como

Amamantando un niño y fabricando un cántaro

lo pudiera hacer con la algarroba y el chañar, que son motivo en ciertas épocas del año de interminables libaciones, hasta caer pesados de borrachera y de sueño en la toldería,

hay que agregar otros bebistrajos que acompañan al masticado de coca y a la «yista» que no es más que una masa que ellos preparan con ciertas harinas y corteza de «ucle».

Y de manos pródigas sabrosa «añapa» que engorda a la prole no ha de faltar, en la misma proporción que la glotona intención del indio que crece y la desea, como de aquél que en el rincón de la vejez languidece alimentado tan sólo de aire y sol...

Poco industrioso —he dicho—, es este pueblo autóctono que nos preocupa; pero si es legítima la imputación en lo que se refiere al hombre, sería injusta atribuírsela a la mujer; a ella que se ufana en todo sentido por mejorar la prole; a ella que se desvela por la supervivencia de la raza.

Ella, lo hemos dicho que prepara los alimentos y las bebidas, para colmar el hambre y aplacar la sed y por ende, entonar el espíritu caído de este su pueblo soñoliento; ella que teje y cubre contra los rigores del frío, la desnudez de sus hijos; que adorna con la puntada y el color, las telas de los más distintos usos; que sabe de los ritos y de las prácticas sagradas; que refiere las formas y colores a estas bondades; que conoce la magia del embellecimiento y embellece; que muele los granos y los conserva con fines terapéuticos y dietéticos; que hace el fuego como en los remotos tiempos y lo conserva, frotando dos maderas o chocando dos guijarros; ella no merece, porque no es justo, tildarla de incapaz y considerarla como inmerecedora del atributo honroso de industriosa.

Ella salva este concepto en la tribu.

EXPLOTACION DEL INDIO

¿Qué al aborigen se le explote?, no es misterio para nadie; se hace con los que no son indios, a pesar de toda la legislación del trabajo que se ha conseguido. La mar de veces he visto su incumplimiento y su burla ante casos que no ofrecían dudas, ya que nos da hasta vergüenza referir (1).

En las colonias oficiales y misioneras, aunque la cosa cambia de aspecto muchas veces, mientras en unas partes

(1) Expuestos en conferencias de legislación obrera en Resistencia y otros centros del Chaco, años de 1930-31-32.

el resultado del trabajo es bueno, en otras la explotación es inicua.

Por eso es que amantes de la libertad y poco adaptables a la disciplina y al sedentarismo, huyen de la «civilización» tan decantada de los blancos, y así viven a costa de su felicidad de libres, paupérrimos y escuálidos, con la piel sobre los huesos, como espectros andantes...

He conocido caciques, valerse de su influencia delegada por el Supremo, —según su conciencia—, que como aquel rey de Francia, para no dar lugar a equívocos de su poder, declaraba con énfasis: «el Estado, soy yo...» y se creía depositario del poder divino sobre la tierra; caciques —decía— que han arrastrado, y que hoy aun lo hacen, con imperio a sus súbditos para entregarles maniatados, como si fueran bestias, al capitalismo insaciable, representado por fábricas, obrajes, zafras... a cambio de una paga para su completo beneficio. Y éstos, como ya lo dije, no siempre son indios puros ni mestizos, sino que son extranjeros que han conseguido entre ellos una verdadera ascendencia.

Queda así palpitante en la misma entraña de los montes vírgenes, la eterna cuestión social de explotación por el capital insaciable y ante lo que sería bueno de vez en cuando, se hicera presente la Ley 9688.

Pero veamos este otro aspecto de la cuestión.

Cuando un poblador se radica por aquí, cualquiera que sea su condición social: de sexo, de nacionalidad, de edad, de religión, el preámbulo de sus aspiraciones ya está escrito: se abre con el consabido proyecto de explotar indios a corto precio y todo lo que se pueda. Cualquiera que sea la empresa a realizar: sea comercial, industrial, rural, la palabra «indio», germinada ya, ha sonado en los labios del empresario con la velocidad de un rayo...

Y es claro que esto ocurra en este pobre mundo; ¿a qué otro ser se ha de evocar, si se le considera a éste, nuestro semejante, como cosa muy inferior, y un caballo o un buey cuesta más?

Y el nuevo poblador lo proclama sin embozo ante los que quieran oír: «para tal cosa, le pongo dos indios; luego para la otra, conchabo cuatro indios», y si hay que roturar la tierra, «lo hago con seis indios, mientras los otros cuatro, me alambran...».

Y así, como potentado negrero del Africa, estos señores las gastan, ante nuestra impaciencia.

Si es una empresa que busca efectuar el talado de un monte, dice el gerente con toda naturalidad: «hay que hacerlo con indios; el desmonte podrán ejecutarlo veinte indios»; lo que menos le preocupa, es lo que pueda costar. ¡Ya se les pagará como en ciertos ingenios norteños, con una burra vieja, un puñado de locro, un par de botas del capataz!...

Y así, todo lo que se piensa hacer y se hace, es con indios; pero lo que menos se piensa, es pagarle «al indio», ni menos hacer el cálculo razonado de su costo «per cápita», para su manutención.

Cuando existen convenios, que es común lo traten el conchabador y el empresario, no llega a su feliz término muchas veces la obra, debido a que el indio es inconstante y «flojo», taimado y rebelde, y un mal gesto, o una palabra fuerte que se les pronuncie, es suficiente ya para que se enfade y sin más, en masa, abandonen el trabajo, guiados por una solidaridad de hierro.

Es tal su condición de explotado, que hasta el extranjero ambulante, vendedor de baratijas, busca al indio con aire de gran señor, apenas descendido del tren. Le busca primero para que le transporte las mercaderías a la fonda y luego para que mientras él haga su gira, éste, cargado, le acompañe; y esto por todo el día y por un peso, cuando suelta su mano.

Pero el convenio con el ambulante a veces es gracioso, porque el indio en su fastidio, hace con ironía de mercader, remedando las voces emitidas por aquél; pero otras, suele tornarse grave.

No siempre aquél termina explotándole con los cincuenta centavos o un peso, o con una baratija, porque por ahí, a lo mejor del «vía crucis», y cuando menos se piensa, los intereses encontrados chocan, epilogando con el asalto y el robo de parte de la tribu, que ha preparado una emboscada y a la que el «pícaro» indio conducía con todo disimulo; eso, si no termina con el crimen.

Pero si todo esto es verdad, la verdad axiomática es que al indio se le explota, una y mil veces; así bajo la organización social de cualquier naturaleza que ella sea, como la de orden particular.

Diez a veinte centavos por hachar leña, siempre la más dura; diez a veinte centavos por acarrear agua, en barriles, en el trecho de media a seis cuadras; diez a veinte centavos

por carpir un patio; cincuenta centavos a un peso por día, para transportar mercancías; setenta centavos por cada diez kilos de algodón recolectado en las chacras, sin contar el riesgo fraudulento de la báscula, evidencian esos diez y esos veinte de una manera incontestable, que al indio se le explota de todas maneras.

San Pedro de Jujuy. —«.....el indio norteño adquiere en su concurrencia a los ingenios de Salta y Jujuy el hábito de coquear, con todos los perjuicios consiguientes para la conservación de la raza». J. A. Domínguez. Helos ahí

Y, ¿qué decir de los ingenios de Jujuy, Salta y Tucumán, muchos de los cuales pagan con vales, con cosas viejas e inservibles, con coca, tabaco y alcohol? y en los mismos territorios, ¿qué decir de los obrajes y de las fábricas? aparte de los trabajos particulares en que es común se les ocupe.

Aquellas cifras y estos datos, enumerados, nomás, al leve «calamus-currente», son manifestaciones elocuentes, que hablan solas a la conciencia de los hombres.

Por eso es que ya, todo indio, cuando se le busca para hacer una «changa», sea quien fuere el solicitante, tiene como estereotipada la defensiva frase que pronuncian en gerundio, de: «cuánto pagando».

LA CAZA

En las raleras que dejan penetrar la vista entre el monte misterioso y tupido o en las abras que ponen paréntesis a la monotonía de la vegetación, de vez en cuando se ve el ganado paciendo, y entre ellos o a la distancia, el avestruz...

El indio en su periódico «mariscar», término impropio que se usa por aquí (1), se dispone entonces a darle caza, para lo cual usa el arco y la flecha unas veces, o lo que ya no le es extraño: un arma larga de fuego.

Es curioso cómo procede entonces: cubriéndose la cabeza con hojas de palmera, sean ellas verdes o semi-secas, pero a manera de hacer un casquete con sus peciolos y a los que asegura «bien» contra el cráneo con piolas de «chaguar» (2), cuidando luego al cubrir el rostro de dejar los espacios libres correspondientes a los ojos, continúa revistiendo todo el cuerpo con la broza de ciertos troncos, o más bien, con el follaje de ramas indistintas, pero previendo siempre, de sustraerse en lo posible a la visión del «surí». Así, bien entendido que a tan singular vestimenta haya cuidado el detalle de dejar aberturas suficientes para sacar los brazos y poder accionar, se dispone el cazador.

Y ¡qué disposición!

Erecta así, la fingida palmera trasládase lentamente, con todo sigilo, tras su objetivo, aprovechando los momentos en que el cándido bípedo se distrae en pastar; hace una pausa en su estatismo cuando aquél eleva la cabeza; y así, otra y otra más, hasta que al fin acercado ya, puesto a tiro, diremos, el indio ensaya su puntería tantas veces como le sea necesario, hasta que ¡zás!, herido o muerto, cae aquél, bajo la fuerza del arco, haciendo saltar las plumas tintas en sangre...

Es notable, entonces, la destreza con que maneja esta arma temible. Con ella se hacen proezas.

¡Y de qué manera!

---

(1) Por aquí a esta palabra la hacen sinónimo de cazar, tanto el criollo como el indio. Es de suponer que la introdujeron los conquistadores a estas regiones mediterráneas y que por degeneración o empleada malamente, pervirtieron su verdadero significado, habiendo adquirido tal arraigo que se ha generalizado, siendo que su verdadera acepción es la de pescar mariscos o moluscos comestibles.

(2) Chagua o chaguar es una planta difundida en el Chaco parecida al caraguatá o cáñamo paraguayo, de donde se extraen unas fibras resistentes con que el indígena fabrica hilos, aogas y otros tejidos.

Veamos en qué consiste y cómo proceden: con el **arco**, que es un trozo de madera trabajada, apenas encorvado en sus extremos, —de palo mataco o «tadeck» como lo llama el indio toba, o de otro, elástico y fuerte como lo es el «guayaibí»—, dispuesto verticalmente a veces, aunque no siempre, y atada a sus extremos la cuerda (1) por hilos de «chaguar» o «colté» llamada «ñick», el indio empuña con la

Indio del cacique Aníbal, listo para iniciar una cacería de «suri»

mano izquierda de por medio, a la vez que al arco, la caña de la flecha, mientras con la otra el extremo de esta última, en cuya muesca engrana tenso el «lequet-chiqueneck».

(1) Es el «lequet-chiqueneck», cuerda inextensible que se usa en los arcos para lanzar las flechas.

El cazador alerta, ensaya así sus tiros de mortíferas flechas que lleva a cuesta en un improvisado carcaj, las que no siempre dejan de estar envenenadas.

Oculto, en acecho

Liberados por elevación aquellos proyectiles, después de fijado el blanco: van y caen con energía salvaje sobre la presa elegida, clavándose con saña, o atravesando terribles, el cuerpo de la víctima por su extremo punzante, como cuando se usa el «baicabá», o a la vez que punzante, cortante, como cuando se utiliza el «nolqueck» y hasta desgarrante,

si el «cetena» (2)... Así es común, usar la primera flecha contra el «surí» veloz de la llanura y del que hemos descripto su caza; la segunda contra el cebado yaguareté, que lejos de huir embiste, o la «gran bestia» (3) y la tercera contra la cándida y simbólica paloma...

Estas flechas cuyo cuerpo es de caña tacuarilla o «cocktá» como la llama el indio, como es fácil comprenderlo, aunque hieran y maten y se adocenen en carcaj, no son como las de Cupido, cuyas virtudes estudiaron los filósofos y representaron los mitólogos, simbolismos del paganismo; y aunque atraviesen el corazón, ni trazas de ellas tienen. Su extremo vulnerante es un alambre afilado en unas; es una hoja de cuchillo afilado en sus bordes en otras, o simplemente un trozo de madera dura, aguzada en punta, que se las destina según la naturaleza de la caza, como acabamos de ver, pero que se las puede emplear indistintamente.

LA PESCA

Sobre el Pilcomayo o el Teuco, sobre el Bermejo o cualquier riacho de los cien que existen en estos territorios, se ve a la indiada pescar en ciertas épocas del año, desde la costa o metidos en el agua hasta la cintura; se les ve nadar o zambullir con cierta frecuencia, con baquía inimitable en persecución de algún pez que escapa; u otras, pasear orondos sobre una balsa improvisada de varas de sauce uncidas con guías de «ysypó», o en el rústico «cachiveo» construído en el ventrudo tronco de un «yuchan», con el frescor campante de su mejor optimismo.

---

(2) El «baicabá» es una pieza de metal aguzado, hecho de alambre blanco «San Martín» por ejemplo, o de otro, de unos 0,40 o más cmts. de largo, que se emplea en la caza, con el fin de atravesar.

El «nolqueck» es una pieza de metal, hierro acerado en forma de hoja de cuchillo, que el indio afila por sus bordes y que termina en punta; la flecha «nolqueck» puede emplearsela como bayoneta.

El «cetena» es un trozo de madera dura, aguzada en su extremo libre, que suele construirse entre otros, con palo mataco.

(3) Es éste, un cuadrúpedo paquidermo, cuyo cuero es de un espesor considerable; visto en la isla del Cerrito Argentino. Este animal también llamado «anta», tiene la particularidad —al decir de los isleños— de acercarse al fuego en las horas de la noche y aventarlo con las patas. Es el «mborebí» del guaraní, que se conoce por tapir en ciencias naturales, y por anteburro o anta, en la región norteña.

Aquella comisión de pescadores que se ufana en el éxito de la empresa, pasándose las horas, cuando está en eso no repara en el tiempo; por ello es que en todo momento se les ve, y hasta suelen pasar toda la noche en ciertos casos, como cuando se desea un pez determinado. Y lo que les resulta más práctico es que mientras unos pescan los otros cocinan, pero sin dar tregua para comer hasta saciarse; no en balde se complacen con el «anyia-có» (1).

EL CACHIVEO

Es frecuente ver en los riachos, aun en los secos, este tipo de navío abandonado, muchas veces hundido en la ciénaga, que espera al azar qne alguien lo utilice. Ni el sol ni el agua parecen preocuparse de él y así es eterno... No necesita de reparación.

Según el medio acuático en que actúan, la pesca como procedimiento común, cobra un interés particular entre los indígenas. A veces es la flecha el agente de pescar, que suele ser la misma que usan en la caza; otras es el trasmallo o la red, que a guisa de medio mundo llaman «guananat» y

(1) «Anyia-có» es el término con que designan esta empresa, que ellos la dicen en gerundio: pescando.

que es manejada hasta por dos hombres, que les asegurará un buen rendimiento; y en último término, la fija.

Veamos en qué consiste el «guananat», aparato que he visto usar al «pilagá» con envidiable técnica y con el mejor éxito: dos varas largas, flexibles, de palo mataco, de unos tres metros más o menos —«ipak-ante»— atado por sus extremos distales con hilos de «chaguar», y a los que se asegura luego en toda su extensión, las extremidades de una malla de «ñick», que constituyen el «sogón»; es todo.

Con este aparato el pescador introducido hasta medio cuerpo en el agua, empuña los extremos libres de los palos con firmeza, de tal suerte que al separarlos y apoyando el «guananat» sobre el extremo opuesto en el lecho, si esto es dable, la malla del «sogón» se vuelque al fondo. Entonces, el indio, eleva más el palo opuesto al otro que baja con respecto a éste y a modo de oponerse a la corriente.

Y así, de pronto, como quien ensaya embolsar el agua, eleva este último y llévalo, a la vez que acerca al primero, cerrando la malla cargada de brillantes «ñiacks» —tradúzcase pescados—, los que saltando en su nervosismo reaccional, imprimen a aquél el estremecimiento de conjunto (2). Y no faltaría un poeta que viera en aquel brillar, plata en ebullición, y en la vibración, saltar finas gotas de perlas...

Y así proceden sucesivamente, hasta terminar con la faena. Otras veces lo hacen, como digo, desde la costa con flechas, cuando el agua mansa y cristalina deja ver a su través o cuando el pez se solaza emergiendo el lomo. Es entonces que con precisión matemática, la puntería no falla en sus resultados: es muy raro que uno escape.

Luego, con el dardo atravesado, se recoge la pesca ensangrentada, la que herida de muerte tiende a escabullir al fondo, debatiéndose en un postrer esfuerzo.

Pero, como se comprende, este procedimiento que llamaríamos primitivo si no fuera tan común, no es el de mejor rinde y sólo puede hacerse por «sport» o porque esté indicado solamente para ciertos y determinados peces.

(2) Otras veces la pesca con el «guananat» la hacen entre dos individuos. Asidos por los extremos de ambos palos —«ipak-ante»— los pescadores sincrónicamente zambullen, nadando en la mayor profundidad del agua, y así, sucesivamente van extrayendo en cantidad las piezas que van colgando en unas cuerdas que llevan a cuesta.

Otras, es con la «fisca», palabra quizás degenerada que equivale a fija y que no es más que el instrumento empleado por nuestros criollos con el mismo fin. Este instrumento que se presta a igual manejo e idéntico objeto que el precitado, consiste en una vara larga aguzada en su extremo, de «bobo» o mejor, caña tacuara, que los «mochos» del Bermejo superior, como otras tribus, llaman «lata»,

El indio pilagá es gran pescador: aquí aparece en un riacho, preparando la «fija» para ensayar su puntería. A la distancia se ve la toldería próxima a un abra polvorienta que pinta la desolación de vez en cuando.
(Apuntes del Territorio de Formosa)

lata que lleva envuelta una cuerda de hilos de «chaguar», de seis a siete metros de largo, que se ata en el extremo de un arpón construído con la punta de un cuerno de ternero,

de tal suerte que afilado por desgaste lateral, constituya un verdadero gancho y que tiene por fin el asegurar la presa.

La parte hueca del asta, enchufa para entrar en acción, en el extremo de la vara, la que manejada por una mano diestra, va en tal forma lanzada sobre la presa, que haciendo impacto, queda libre, boyando sobre la superficie. El arpón, como se comprende, queda suspendido en la presa dispuesto transversalmente, el que se extrae con ella rápidamente, si se ha tenido el especial cuidado de haber mantenido en la mano el otro extremo de la cuerda.

En ciertos casos, el indio ultima la pesca asiéndola con ambas manos de un modo especial e imprimiéndole un terrible mordisco en la cabeza, por el dorso, la azota contra el suelo...

Cuando se han hartado y la «cosecha», diremos, ha colmado la medida, se procede al entrojado en el toldo. Entre cuatro horquetas, en que se ha dispuesto un piso de palos, liados con «ysypó», y sobre el cual y a los costados recubre una camada de «simbol», se acomodan las piezas hasta mayor altura para luego, cubiertas por la misma, comprimir el conjunto con maderas pesadas y hasta con barro denso para conservarlas. Y ya está todo.

Aquellas conservas de pescado así preparadas, previa cocción por el asado o el hervido, se la utiliza a medida que se vaya necesitando, hasta que por terminada, se disponga emprender un nuevo «anyia-có».

Pero no se crea que en esto estriba toda la fuente de aprovisionamiento que se puede obtener del medio hídrico: anfibios, moluscos y crustáceos, les ofrecen también bocados exquisitos a que el indio ya dedicará su tiempo con conocimiento de zoólogo: y así tortugas, rayas y anguilas; valváceas, cangrejos y caracoles, serán motivo de su búsqueda. Y con este régimen de alimentación pasarán una temporada, hasta que se manifieste algún mal en la tribu proveniente del mismo, por el que cesarán para seguir con otro muy distinto, acaso vegetariano (1).

(1) Frutas silvestres, cogollos de palma, raíces y aun cereales, etc., etc., si no siguen otro carnívoro.

DANZA INDIGENA

A la lumbre de una fogata que embellece plateada noche de primavera, sobre la cercanía siempre de un arroyuelo que así sonríe y a la vera de un soñoliento bosquecillo, donde es de regla, el indio plante su tienda, de vez en cuando Terpsícore preside animada reunión y Baco, para no ser menos, la acompaña.

Se ve en estos indios de «Las Manzanitas», su tendencia a emborracharse con aloja, a falta de otras bebidas alcohólicas

Al acorde del «pin-pin» (1), ejecutado por un indio que hace a la vez de músico, de director de orquesta, desde un lugar que se destaca, centrado entre los danzantes y que en febril desasosiego se contonea haciendo sonar bulliciosa «chaschuca» (2) ceñida a la cintura, la multitud compuesta

(1) «Pin-pin», es un instrumento sonoro fabricado con un tronco de yuchan, ahuecado y cubierto en su única abertura superior por una piel de chivo o de vizcacha, y que se lo destina a servir de noque o de tambor, indistintamente.

(2) La «chaschuca» consiste en una cuerda, lonja o cinta de cuero, que el indio músico ciñe a la cintura y de la cual pende una infinidad de colgantes de lata o de metales que fingen estrellas, soles, lunas, caras, manos, etc., pendientes que al chocar unos con otros durante el movimiento, producen un ruido sonoro y ensordecedor.

de hombres y mujeres, en parejas alternas pero en rueda continua, tomadas de las manos, ufana ensaya extraña danza, con el atento ritmo de la mejor maestría.

Y hay que ver aquel conjunto abigarrado, ataviado lo mejor; con plumas en la cabeza que llevan como airones y en las piernas, ajustadas, prejuiciosos «chacas»; que ostentan pintarrajeado el rostro los alegres jóvenes, con figuras caprichosas de distinto tono y colorido, tanto más bellas, cuanto más hábil ha sido la mano ejecutora; que lucen sendos collares de vistosos colores, anillos y pulseras, las mujeres, y una vincha roja en la frente los hombres; hay que ver —decía— cómo inician el movimiento de aquel danzar extraño, al acorde del «pin-pin», graciosa, risueña, la indiada entusiasmada.

Acompañados de un tenue silbido inicial, en aquel rondar tan uniforme y en marcha lateral, marcha que se va intensificando con la vivacidad del movimiento en progresión, aquel conjunto danzante adquiere las proporciones de un corretear, saltando en medio de un bullicio que ensordece.

Explosivas expresiones de un ¡eh! ¡eh! agudo y continuado que pronuncia la indiada, alternada con un ¡ah! ¡ah! valiente y gutural, que se combina de muy distinto modo, cual gorjeo dulce y sonoro de singular ejecutoria hiende el espacio de silenciosa selva adormecida, para llevar su eco a través de la distancia (1)...

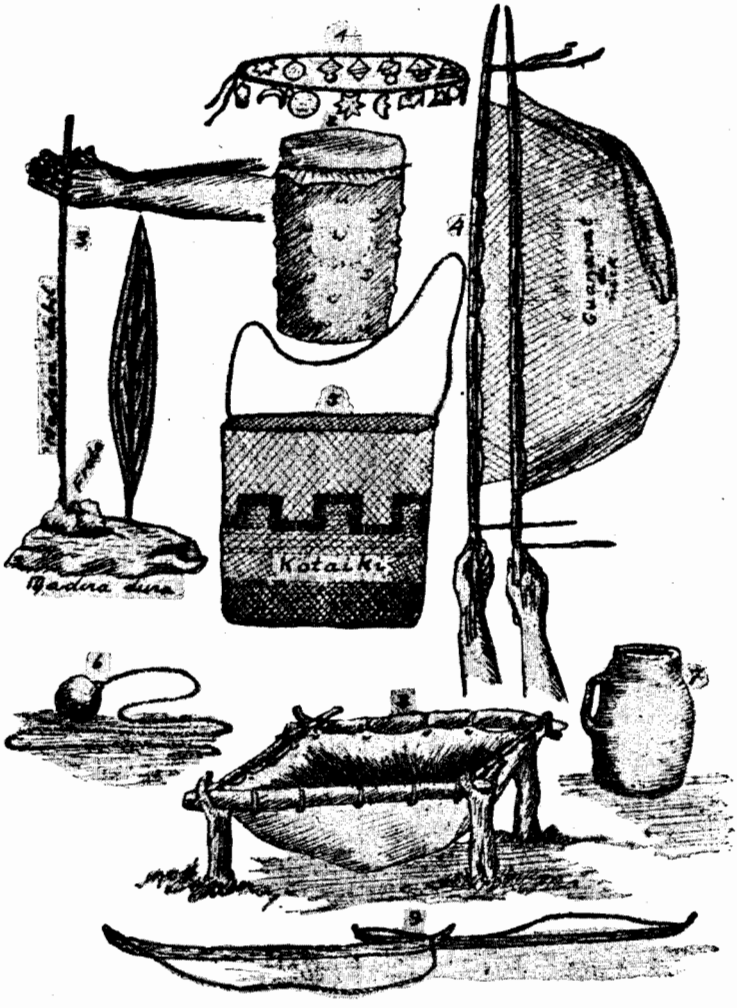
Y este danzar silbado y cantado, pleno de armonía, acompasado por el rítmico golpecito del «pin-pin» y del sonar de lata de estrepitosa «chaschuca» o del granizar en seco de los huecos mates empuñados por algunos, pone fin de pronto, antes de silencio, vibrante bufido salvaje de la indiada entusiasta, que deja un eco sonoro, como descomprimiéndose.

Luego a este término, la alegría continúa, el desorden reina. Córrense los unos a los otros en chacotones juegos de mano. Las bromas menudean y a la «vistiada» gaucha que no es extraña por aquí, sigue el exótico catch-as-catch-can, del que por lo visto, son maestros a su manera.

Otras veces, las bromas epilogan frunciendo el gesto en un disgusto provocado por la caída de alguno a fuer

(1) Las voces de aquellas bacanales se oyen a largas distancias, influidas por la humedad de la noche, por el viento, y favorecidas por el silencio, tanto que lo hemos podido comprobar a más de media legua.

de tracciones ejercidas por las piernas y que no ha dejado airoso al «mozo» que resultó víctima ante las «lehuás» que no disimulan la tentación de risa que les provoca, y la burla consiguiente.



1. Chaschuca. — 2. Pin-pin. — 3. Uyaquco para hacer fuego. — 4. Aparato para pescar. — 5. Yica o kotaikí. — 6. Bola forrada. — 7. Cántaro de barro. — 8. Noque de cuero para preparar la aloja. — 9. Arcos con sus cuerdas

Y con las manos sucias, untadas de saliva, uno a otra, con fruición infinita le restrega sobre el rostro, alcoholizado y riendo, a pesar de las repulsas y protestas de la afectada, y de la reacción que despierta, quizás, en uno de los pretendientes de aquélla.

Así continúa la fiesta hasta el amanecer; tumbados los más por el alcohol que apuran, pero dispuestos siempre a continuar en las noches siguientes hasta que se haya liquidado la última gota de la reserva (2)...

LA ESCENA

Pero no todo ha de ser danza en las diversiones.

Aquel ambiente de belleza en que celebran sus fiestas y que está por demás decir, animada por infaltables libaciones de aloja y de otros bebistrajos, predispone también a que la escena se desarrolle con más o menos armonía, dentro del marco salvaje en que han de actuar los protagonistas.

La representación teatral tiene también sus personajes caracterizados, que son indios artistas; decir que casi todos lo son, no sería exagerar, y a cual más. Pintarrajeados o ataviados como mejor pueden, con algunos de los caracteres típicos de a quienes representan, aquéllos se disponen a actuar ante la atenta espectativa de la indiada risueña.

Y así, es notable observar cómo unos actúan de zorro, otros de tigre; los que imitan al perro y al gato, a la mula; los que actúan de hombre... Por eso es que en el desarrollo de la escena, el drama se torna estrepitoso, intensamente movido; y el bramar agresivo del que es tigre, se alterna con el interrogante maullido del que es gato; con el ladrar en retirada, del que es perro; con la actuación astuta, del que es zorro; y el zarpazo con la coz, tienen sus encuentros a porfía; como el salto meditado con el corretear saltando en cuatro pies, el mordisco fiero, la palabra impetuosa...

Estas alternativas tienen, como se comprende, momentos de emoción infinita, capaces de conmover al menos pusilá-

(2) No se concibe fiestas sin bebidas, —esto es como una ley universal—; de manera que esta gente, cuando la tiene, está de fiesta, pero hasta que se termine. Por eso es que en el período de sus «cosechas», preparada la aloja, pasan semanas y meses emborrachándose, siendo común que lo hagan durante las horas de la noche.

Así es como, unos hacen fiesta para emborracharse, mientras otros se emborrachan para hacer fiesta; de donde queda nivelada la sociedad progresada, con la salvaje.

nime de los espectadores; sobre todo en lo que se relaciona con el dolor manifestado en gritos, con la desesperación temblorosa, pudiendo llegar al estupor, cuando la víctima, personaje de sus simpatías, cae inánime, bajo la furiosa acometida que con saña, ha ejercido uno de los protagonistas.

A veces la emotividad es traducción de alegría, de placer, y el goce riendo es infinito, tanto, que hasta los ancianos reviven bajo esas impresiones acariciadoras de recuerdos y se asocian también desde sus retiros a las manifestaciones bulliciosas.

Otras, la gracia con que se desenvuelven los personajes poniendo notas de hilaridad en los espectadores, —adivino—, no es por lo que dicen o hacen, sino más bien por lo que ellos representan, siendo fulano «zorro» y zutano «burro»; ellos, personajes conocidos de la tribu, con todas sus mañas y todas sus virtudes.

Pero lo cierto es que todos terminan, —sean motivos de alegría o de tristeza lo expuesto, encierren o no la verdad selvática, más o menos en grado perfecto—, en que: tigre, zorro, gato, perro y burro, sin olvidar al hombre; más los espectadores —para que la cuenta salga justa—, sin distinción de sexo ni de edad, amanezcan caídos en el mismo teatro de su vida, aplastados por la borrachera y el sueño.

Epílogo típico de aquel ambiente festivo, —¡oh, gran vida!— en que todos, como por ironía del destino, abrazados a Baco, resultan ser actores...

LITIGIOS

Una cuestión interesante que se suscita entre ellos, son los cobros de daños y perjuicios: las indemnizaciones.

Resulta que en sus camorras de vecindad, si un indio de una tribu cae en poder de otra vecina o ha sido muerto o herido en la refriega, ésta debe cobrar por la liberación de aquél o pagar el daño ocasionado. Entonces, en el primer caso, para pagar el rescate, la tribu damnificada, entrega a cambio del preso, animales u objetos y aun dinero, y en santa paz; mas, en los otros casos de heridas o de muerte, la cosa se torna difícil y no se han de satisfacer con el cobro; la reacción será violenta y sólo la venganza ha de lavar la afrenta recibida.

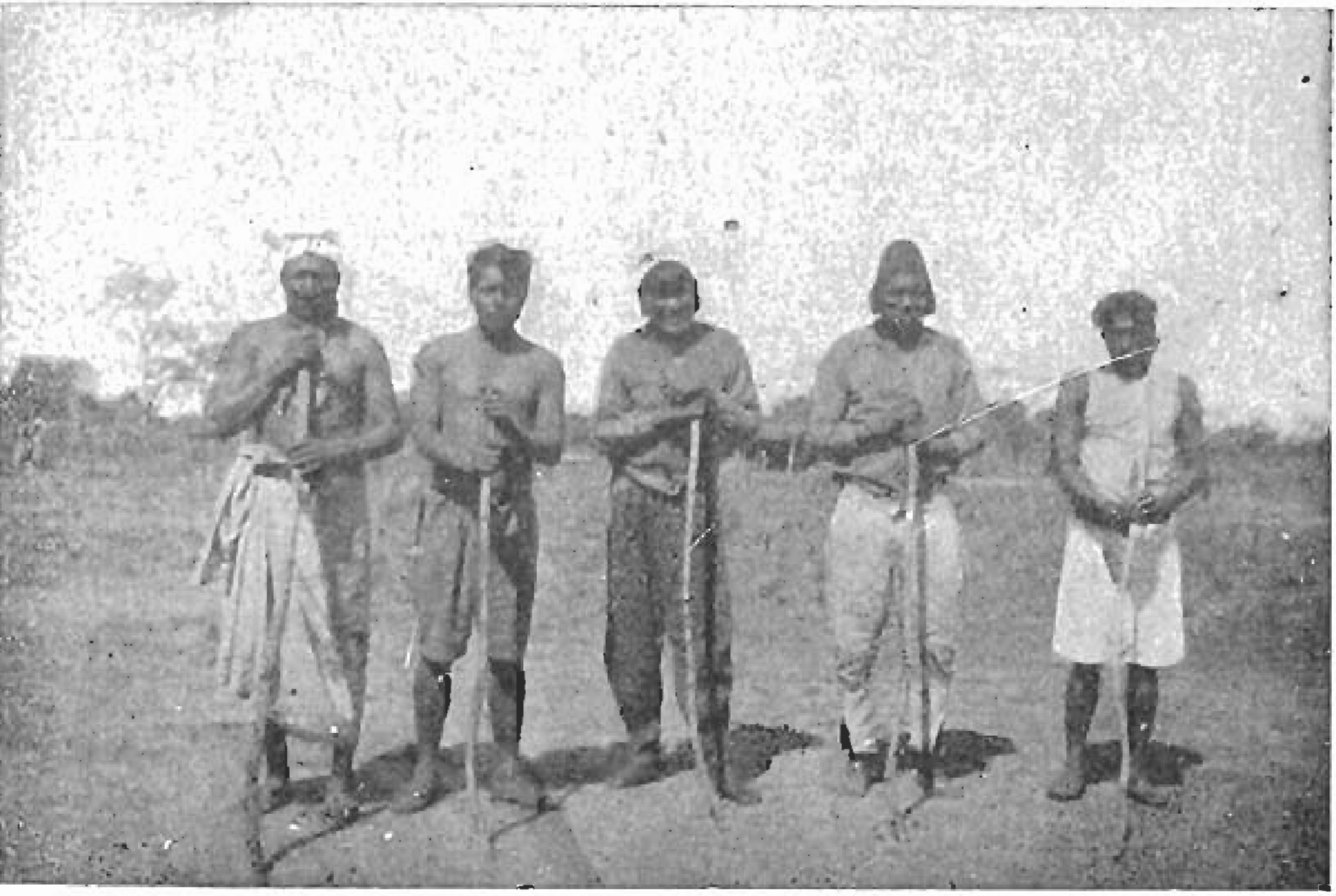
Estas rencillas que han desaparecido ya entre los indígenas de manera notable por la imposición del orden en la zona militar, o por influencia de la policía en otras partes, sólo reaparecen hoy en contados casos, en lugares muy apartados del territorio, donde casi llevan una vida salvaje por entero.

Por la zona de influencia de la vía férrea, las luchas frecuentes se concertaban entre tobas y matacos; no así con los pilagás, que parecen ser aliados de los primeros, hasta que el gobierno oficiando de árbitro, asignóles a los tobas, la parte nordeste de la línea del F. C. C. N. A. y a los matacos la parte opuesta, es decir al sud-oeste de la precitada línea. Y en santa paz.

Pero aun así, se siente el resquemor de sus antiguas pendencias.

JUEGO

Esta preocupación humana que tiene sus cultores en todos los planos de la sociedad, desde el más rico hasta el más pobre; desde el más culto hasta el más ignorante; desde el hombre a la mujer, en toda edad, con otros vicios, no puede faltar en la sociedad primitiva. Y el indio juega.



Jugadores del «dole», empuñando los palos que usan para el objeto

He visto jugar a los niños, usando como si fueran bolitas, con cocos; luego a los muchachones, al fútbol, en forma admirable; a los adultos, en un juego movido propio de ellos, que llaman «dol» o «dole», y para lo que emplean una bola de madera y una serie de palos de madera fuerte y elástica que empuña cada jugador de ambos bandos. Pero esto no tiene nada de extraño ni de criticable hasta cuando se juegue por sport y a son de puro ejercicio de destreza.

Terminado el partido, celebran el triunfo

Mas, es que la cosa no para allí; la tribu busca a otra rival y entonces se empeña todo; y ahí van mulas, armas, comestibles y hasta prendas de vestir. Otras veces las cartas han llegado a sus manos, y hasta el truco ya se juega en el toldo...

El juego es complementario de la danza y de la escena, y de él, la bebida y el masticado de coca, en la dilatación del tiempo. Estoy por creer que en esto son sobresalientes, como sobresalientes son en «el dulce no hacer nada»...

(Estas fotog. nos han sido cedidas por la Com. H. de Reduc. de Indios, lo que agradecemos)

SEGUNDA PARTE

LA FAUNA Y LA FLORA

DESDE las épocas más remotas, antes que apareciera el hombre sobre la tierra, la vida orgánica manifestada en animales y plantas, ya seguía su curso evolutivo de transformación ascendente, yendo de lo más simple o elemental a lo más complejo, de lo más efímero a lo más vital, adaptándose al medio, seleccionándose en él, hasta llegar a nuestros días de complicada organización biológica-social.

Durante esta larga trayectoria, el individuo animal y vegetal contemporáneos, hubo de relacionarse biológicamente y mientras unos y otros sucumbieron a su inadaptabilidad, otros se transformaron según lo preconiza Darwin y antes que él, Lamarck.

El hecho es que, entre la fauna y la flora de hoy se encuentran representantes de las más antiguas épocas —como son los armadillos entre los animales y las coníferas entre los vegetales—, así como en las profundidades del terreno, se descubren las improntas de seres pertenecientes a ambos reinos que desaparecieron y que no he de entrar a considerar porque iríamos lejos, y ese no es nuestro objeto.

Sólo diremos que los animales, más que los vegetales perseguidos por el hombre, tienden a desaparecer. Los ejemplos huelgan en la historia del mundo y sin ir más lejos, de ello, el autor es testigo con respecto a la vizcacha y de otras especies animales.

Hace más de 30 años, en Barrancas de la Provincia de Santa Fe, los campos estaban minados de este roedor. Se les persiguió a muerte por disposición de la Defensa Agrícola en aquellos momentos de transición en que la época pastoril dejaba paso a la agrícola, y se abrió el surco.

El hecho es que hoy no se encuentra ni para «remedio» una vizcacha; los niños campesinos de hoy tendrían que ir a un jardín zoológico para conocerla. Lo mismo ocurre con

ciertos pájaros, peces y en otro orden, con ciertos vegetales como lo es el trébol, el preferido trébol que tanto apetece el ganado y que cubría los campos en otras épocas, y al que el autor, ha podido referir la muerte por «empacho» del glotón, hoy ya no se lo ve.

Ha desaparecido el trébol, y como por una ironía, cubre los campos el «abrojo porteño»... el Xanthium itálicum, dirían los botánicos.

Por ello, en todos los países civilizados han surgido leyes protectoras de uno y otro reino, tendientes a evitar la extinción —aunque es más evidente la que favorece al reino animal (1)— tal ocurre con respecto al elefante.

El Chaco como he dicho y repito, en uno y otro reino cede al mismo postulado de la ley de la extinción. Y esto es lógico que suceda ante el progreso social del hombre, que todo lo ambiciona, que todo lo necesita en su afán insatisfecho de superación.

La consecuencia así se ve clara y terminante, porque todos echan mano con fines de lucro en primer término, o con fines de ilustración en segundo; como es común que lo haga el mercader, en su febril tráfago y como lo hace el coleccionista, en su noble misión.

Y así, animales vivos, —pieles y plumas, caparazones y esqueletos, astas y huesos—, plantas de adorno, gomas y resinas, hojas y frutos, tallos y raíces, variedad de maderos, todo ha sido motivo de tráfico, que en pálidas cifras representan las estadísticas tímidas ante la majestad de la diosa Verdad.

La fauna chaqueña que es una de las más ricas del mundo por la variedad de sus especies, está representada en primer término por los inteligentes primates, que con serlo, no son los más destacados de los simios; por el tigre y el puma, entre los carniceros más temidos; por la corzuela y la liebre, entre los herbívoros más pusilánimes; por el

(1) En Buenos Aires hay una institución: La «Sociedad Protectora de Animales» que tiene jurisdicción en todo el país, como así una «policía de bosques», dependiente del Ministerio de Agricultura que no cumplen sino medianamente su misión.

gato y el zorro entre los más astutos; por el tapir y el topo entre los más torpes; por el venado y el avestruz entre los más veloces; por el perezoso y la tortuga entre los más lerdos. Luego tiene el guazuncho entre los más hermosos por sus ojos; el gato onza, entre los más bonitos por su pinta; al lobo de agua, entre los más costosos por su piel; a la mulita entre los más exquisitos por su carne; al carpincho y a la nutria entre los más nadadores, que con el caimán y el yacaré, forman una tetrada acuática de lo más perseguida; a la corza y al guazú-virá entre los más estimados por su piel, que con las del «mborebí» y oso hormiguero, nada se le iguala en resistencia (1).

Tiene además entre los armadillos al tatú-carreta, que es el de mayor tamaño entre su especie; al tatú-mulita, que se diferencia de los otros por ser negro y semejar las orejas a las de la mula; al tatú-peludo de color amarillo y de cabeza grande y chata; el tatú-piche, parecido al anterior, cuyas cuevas las hace verticales, y por último, al tatú-naranja, también llamado «quirquincho», que tiene la virtud de replegarse bajo su caparazón articulada. Es notable éste si lo hemos de considerar por sus procedimientos: al menor movimiento o ruido producido por otro ser que pueda constituirle una amenaza ya se recoge; así se comporta ante el hombre y así burla al tigre. Impotente para toda otra determinación, ¡pobre «quirquincho»!, se sustrae inmóvil, —dejándose rodar al más leve impulso—, convencido quizás de su «inmunidad inexpugnable».

Con respecto a los zorros, la fauna tiene a sus representantes en el hermoso «aguará-guazú», cuyo pelo marrón, sedoso y brillante, túpese en el cuello y la cola para hacerse largo. Este cánido cuyo tamaño es el de un perro grande, ataca al hombre.

Luego al «aguará-chaí», que es el zorro común de las pampas argentinas, por todos conocido, y por último al «aguará-popé», que tiene las manos como de mono y es hábil en trepar a los árboles.

En cuanto a los félidos, además de los citados, existe el gato montés, que aunque parecido al casero, de pelo barcino, es más grande. Como el onza, que ya hemos dicho,

(1) Pocas pieles habrá tan gruesas como la del «anta» o «mborebí», a la par que resistentes; y al lado de ella entre otras, debe figurar la del «yurumí» u oso hormiguero, tan apreciada en los trabajos de talabartería.

1. Cuero íntegro de tatú-carreta. — 2. Comadreja. — 3. Guazú-virá. — 4. Guazuncho, cráneos de. — 5. De carpincho. — 6. Instrumento de pescar: «fija». — 7. Flechas de distinto tipo. — 8. Métodó de conservar los peces, cubiertos con barro y una cubierta de simbol.

se le parece al tigre, acompaña en franca hermandad a sus congéneres: el moro, el colorado, el aselato, todos los cuales viven entre las ramas, cazando o regalados a largos e interminables sueños.

Notables figuras extraídas de un «loek de quiruck» hembra es decir de un cuero de tigra cazada en la selva formoseña por don Alberto Kinsinger. Como es fácil interpretar: la figura N.º 1 traduce una calavera; la 2.ª una raqueta; la 3.ª, que se reedita hasta lo infinito, una huella del pie de la misma bestia; la 4.ª una G mayúscula con cierto adorno; la 5.ª un eslabón, con doble orificio incrustado en una ganga; la 6.ª cuatro panes dispuestos longitudinalmente y algo simétricos, en la región del dorso, repitiéndose hasta el tronco de la cola, que se torna negra hasta la punta y la 7.ª representa tres círculos casi perfectos.

Estas caprichosas figuras que hemos podido descubrir en un cuero, son casi perfectas, constituídas por pelo negro y sedoso, sobre un fondo regular, amarillo-crema; —porque hay que tener en cuenta que siempre es más pálido el amarillo de la hembra—, que el del sexo opuesto.

Después están los cerdos salvajes: el chancho «moro», el «gargantilla», el jabalí, diferenciados unos de otros por el tamaño, el color y la forma, pero que tienen sabrosa su carne, a pesar del gusto particular que algunos les encuentran. Estos puercos deambulan errantes en jaurías enormes, que a veces suman cientos, llevando el terror a cualquier punto en que se dirigen, como las hordas de Atila.

El mismo hombre se estremece a su presencia llenándose de pánico, cuando al trote, en número semejante, le acomete, haciendo sonar el marfil de sus dientes enormes... y no solamente el hombre: me han afirmado que también el tigre, con todo el coraje que le es peculiar, les teme y huye.

Pasto de su voracidad fueron muchos cadáveres insepultos en la reciente guerra del Chaco Boreal.

Además del lobo antes citado, tiene el «montés», negro y grande, con pescuezo amarillo y blanco, que trepa con destreza las ramas, como pudiera hacerlo un gracioso «caí» —llámese mono—.

El ciervo que vive en los esteros, cuyos cuernos arborescentes pueden llegar a tener hasta veinticuatro ramas, es de un color «sui géneris» que poco interesa; pero hay algunos ejemplares que hacen excepción a este tipo, y son los ciervos blancos (1). Es digno de verles a estos matreros huir entre el verdor de la maleza.

El venado que es más pequeño, también vive como aquél escabullendo, pero se lo ve con más frecuencia en los llanos. Sus astas como las de la cabra, aunque adquieran también ramificaciones, lo hacen, pero en mucho menor número que las del anterior. Este es uno de los cuadrúpedos más veloces que existen, como lo son, el corzo y el guazuncho, además de otros citados.

La corzuela, que es el guazuncho colorado «guazú-pytá», de mayor tamaño que el guazú-virá, da como éste mismo, un cuero tan apreciado por los campesinos, que los paisanos norteños no encuentran otro igual para fabricar con sus lonjas, los lazos más fuertes, los tientos más delgados, boleadoras y cabestros tan elásticos que, cual la goma, si bien se estira no se corta, mereciendo por ello tan justa fama (2).

El «guazú-virá» como lo dejamos dicho, que es más pequeño, es de color moro y de astas como las del anterior, pero en extremo afiladas. Por eso es que hay quienes las emplean como alesna; ellos son simples como los de la cabra, pero su tejido ebúrneo más compacto. El guazú-virá, es tan veloz como los anteriores y puede competir con los «ases» de la carrera.

---

(1) El ciervo chaqueño, cuya edad se adivina por las ramas de sus cuernos y que según dejamos establecido, pueden ser más de veinte, presentan unas protuberancias en la superficie, más evidentes en la raíz de implantación, que tienen un significado particular. En efecto, se acepta de que aquellas protuberancias, son tanto más pronunciadas, cuando los campos en que se ha criado el cervato, le han sido más propicios. Y a la inversa, serán los cuernos menos accidentados en la superficie, en los medios precarios, en los campos carentes de buen pasto...

(2) Hay que decir, que no sólo el cuero es el que va a garantir la resistencia y sí, la zona de su aprovechamiento; por eso es que como las del vacuno, las lonjas se las elige del pescuezo y de otras regiones del mejor conocimiento.

Esta población zoológica que así se ve al pasar, se estremece ante el «ser» hombre, resonando su eco hasta la entraña silenciosa del bosque cuando de súbito aquel «rey» que todo lo perturba, se presenta...

Y aquel rumor de ramas secas que se quiebran a su paso, de febles yerbas que al rozar chasquean, de aguas que se agitan, de sonar metálico, ponen la nota álgida de alboroto salvaje, al grito avizor de aves guardianas, en aquel vivir apacible, sobre tierra y agua, en que desliza sus días, toda una fauna.

Y para qué hablar más, si sobre el barrancón sombreado por la espesura del monte, de árbqles fuertes, hierbas crecidas, enredaderas caprichosas, bordeando el riacho mediterráneo que se alarga viboreando en el territorio, en cuyas márgenes de pendientes suaves, a veces alternando con la ribera opuesta, vive agraciada, acechando el agua, toda una población de seres minúsculos, que como los precitados, desde sus cuevas, desde sus guaridas, desde sus paraderos, ven pasar los días con todo optimismo, no importa que ellos sean de calor o de frío, de luz o de penumbra, de sequía o lluvia...

Y ahí están a la vista del viandante, las cuevas infranqueables de ramas secas que la vizcacha opone; los nidos de junco y camalote entre el cenagal que habita el yacaré; los hoyos negros y profundos en que inverna la iguana; el tronco hueco y seco, en fin, que alberga al vaguareté... Y en el ramaje umbrío de la espesura salvaje, entre las ramas frondqsas y apelmazadas, se cobija el mono.

Y allá, en el limpión lejano que una estéril abra deja ver, bruñida por lqs cascos de las bestias, —como por una ventana—, se distinguen entre amarillentos pajonales, la liebre y el zorrino...

El «caraú» estridente, en su lamento nocturno que sume en meditación al hombre en su sosiego, en las noches largas y caldeadas del verano; y el buitre y el cuervo escudriñando el terreno desde la altura, en pro de la rapiña; y el carancho y el chimango en sus actitudes de gauchos glotones alrededor de la res; y la nívea garza y el ceniciento tuyango

de pesca en la laguna; y el mirasol y la cigüeña cruzando el espacio infinito en su designio; y el «mbiguá» que anuncia y el «tero» que denuncia; y los silvestres patos y los «ypacaas» que no advierten, sumidos en la búsqueda en inaccesibles esteros; y el halcón y el «caburei» que ponen pánico a las avecillas del bosque: ¿quién duda de que no estén regidas sus acciones, en las leyes universales de la armonía, de la supervivencia; en las de la eternidad?

Y el negro tordo, y el verde loro y la azul urraca, en sus contrastes de color y brillo; y el zorzal y la calandria en sus melancólicos cantares; y el casero y el boyero en su singular construir; y la púrpura, el armiño, el oro; y los espectros mismos robados a la luz, ostentados en cien plumajes, que pareciera una aberración deslumbrante, tocada por la varita mágica de Dios, ponen la nota de color y de música, de alegría y de amor que puebla el espacio: todo armonía y estética; y para que nada falte en este mundo fantástico, de tristeza y de dolor... De dolor infinito, en el pinpin del «chôchí» (1)...

Así también ocurre con la flora, variadísima y rica, representada por los ejemplares más asombrosos, desde los más esbeltos por su talla hasta los más minúsculos; desde los más fuertes por su fibra, hasta los más débiles; desde los más hermosos por su silueta, por sus flores, hojas, frutos, hasta los más feos y vulgares.

Y así tenemos entre los fuertes, esbeltos, apreciados, al quebracho: al portentoso representante de la flora americana, autóctono de nuestro continente y en especial de la Argentina, Paraguay y Brasil (2).

---

(1) El «chôchí» es un pajarito hermoso, pequeño y grisáceo que llaman «Crispín». Tiene una leyenda que ha creado el pueblo guaraní, llena de prejuicios. Lo cierto es que este pajarito pimpea noche y día, con tono de tristeza infinita, y al parecer vive solo en el bosque.

(2) Hay tres especies de quebracho entre otros menos comunes: el llamado «blanco» que abunda en los territorios del Norte, y que tiene una de las hojas más perfectas conocidas; terminan éstas en una espina en el extremo y se asocian de a tres o cuatro en el mismo plano del tallo, es decir, en verticilo. Es el Aspidosperma quebracho blanco.

El quebracho coronillo o santiagueño, que presenta hojas compuestas, de una hermosa disposición y hechura, que a la vista de un lego, le chocaría el contraste de su sutileza, frente al rollizo, y que es el Schinopsis Lorentzii. Y por último el quebracho colorado o «hembra», el más rico en tanino, cuyas hojas duras, ásperas y nervadas, se alternan, sin conservar un plano de implantación transversal al eje de la rama y que es el Schinopsis Balansae de los botánicos, el «queta-kait» indio.

Hagamos constar de paso, que en estas tres especies, sin tener en cuenta sus denominaciones de blanco y colorado, todos los follajes cuando son tiernos son de un rojo-granate muy especial, que tiene su natural explicación.

El constituye una riqueza de primer orden, sobre todo en nuestro país, de donde se extrae el tanino en cantidad para curtir, ocupando en este sentido el primer puesto en la estadística mundial.

1. — Quebracho coronillo. 2. — Toro cuarahí-â. 3. — Yuquiriguzú. 4. — Quebracho colorado. 5. — Quebracho blanco. 6. — Palo santo. 7. — Guayacan. 8. — Samohú. 9 — Lapacho

La industria y el comercio que han sabido aprovechar a este coloso, lo elaboran en sus fábricas, que en número de

una veintena funcionaban hasta no ha mucho solamente en el Chaco Austral, en donde se empleaban miles de obreros que con sus familiares han dado vida a estos territorios, antes desolados y pobres.

Pero el quebracho (1) no solamente ha sido utilizado para extraer tanino, —que sabemos ha provisto hasta el 80 % del consumido en el mundo—, sino que también, al lado de su exportación y en virtud de una ley protectora del trabajo, se lo elabora en forma de durmientes, pilotes y postes que se permite salir, con excepción de vigas, las que en cambio con el quebracho bruto, pueden circular libremente en el país.

Ya sabemos de sus diversas aplicaciones.

Construcciones eternas son de su patrimonio casi exclusivo: puentes, caminos de hierro, infinidad de cosas muebles e inmuebles, han podido referírsele. Para las curtiembres, ya lo hemos dicho, y otras industrias; como para la misma preparación de drogas en medicina. Nada es tan común como la de su empleo para combustible en las máquinas de tracción, teniendo en cuenta el número de calorías que es capaz de desarrollar, y que si no tiene la virtud de superar a la hulla y al petróleo, la suple en nuestro medio, aunque bien de una manera limitada.

Y ya que hablamos de quebracho, de tanino y de curtir, —permítanos el lector recordar de paso—, que en la mayor parte de los vegetales existe tanino, pero que en la corteza de la encina y en la nuez de «agallas» (2) es de donde se lo extrae en mayor cantidad, principalmente en Europa, con el fin de preparar el cuero en las curtiembres; es claro que aquí no nos referimos a la preparación sintética.

Entre nosotros se emplea también para curtir, además del quebracho, que no es uno como vamos a ver, el «curupay», el «ybyrá-pytá», el «urunday», el «timbó-pytá», el «manduvi-rá» entre otros y que como el anterior, también se los emplea en las construcciones rurales más diversas y hasta

(1) Se consume por toneladas como combustible destinado para las máquinas de tracción, aparte del consumo doméstico, sustituyendo a la hulla que es más cara y al petróleo. Pero hay que tener en cuenta que para ese objeto no es único; hay muchas otras maderas que lo acompañan o aun lo sustituyen. Su poder calórico es de 5.000 calorías por kilogramo, es decir, inferior al carbón de piedra o hulla, que desarrolla 8.000 calorías y que el petróleo, que llega a más de 12.000 calorías, en igual cantidad.

(2) La nuez de agallas es una excrecencia que se produce en la corteza de ciertos árboles, y en especial de la encina en virtud de la picadura que le practica un insecto llamado «Cynips» y cuyo contenido es rico en tanino.

para la fabricación de muebles, embarcaciones, vehículos y viviendas.

Más escaso que el quebracho es el «tayí», nombre guaraní con que se designa al lapacho: hermosa planta que florece en rosa al principiar la primavera y que impresiona al turista como un gigante duraznero perdido en la selva. De su madera densa color verde aceituna, que se utiliza en marcos, puertas y ventanas, tirantes y aun viviendas, está construído todo el maderamen de la colonia-hospital del Cerrito Argentino.

El «ypack-lateí» como también se llama en pilagá, tiene en su haber el de ser más que otros, mejor reconocido en el país; sus hojas grandes y compuestas se prestan a confusión con los del yuchan, aunque son más duras y ásperas al tacto. Hay de éste una variedad que se los distingue por blanco, rosa, amarillo y aun negro, cuyos nombres técnicos son: para el primero Tecoma avellanedae; para el segundo, Tecoma ipé; para el tercero, «tayí-say-yú», Tecoma ochracea.

Otro ejemplar sencillamente hermoso es el «palo santo»: el resinoso «cosakait» pilagá, que es todo una maravilla estética, —como lo es el «palo mataco» y el mismo «quebracho blanco»—. Muebles lujosos de elevado precio se fabrican de él, pues que, aparte de ser su fibra eterna y de veta armónica, está dotado de exquisita fragancia que perdura en el tiempo.

De su madera quebradiza el indio industrioso se sirve para hacer fuego durable, cuando a la intemperie requiere de luz y de calor, como ocurre en las noches de frío y de lluvia en que para evitar las mojaduras de las harapientas ropas, queda como Adán.

Aquella fragancia sumada a la que exhalan las resinas quemadas, bien sabido es que actúan, no solamente sobre los porfiados mosquitos, que es plaga, sino que contra todos los parásitos del hombre, que por un tactismo particular, buscan de atacarle en las horas nocturnas, en la oscuridad, con el calor y el sueño; por eso es que el «cosakait» es requerido en su demanda por todas las tribus.

Otras veces un palo encendido que alumbra como una luminaria, basta para pasar la noche...

Este hermoso ejemplar que nos ocupa, cuyo talado está prohibido por el gobierno, también se lo usa en medicina empírica y en la industria de la pólvora. Ya vamos a ver,

Y como si nada fuera, oficiando de eslabón, para arrancar del secreto la chispa genial para hacer fuego (1)...

El «palo santo» es el Bulnesia sarmientii de los botánicos.

El «algarrobo», es una planta de los que hay que considerar el macho que es el «hú» y la hembra, que siendo más claro en su verdor, da flores amarillas y la vaina que se emplea como alimento y para bebida. Uno y otro, llamados en guaraní con los nombres de «hú» y «morotí», correspondientes a negro y blanco, respectivamente, dan una madera más o menos fuerte, que bien se la emplea para horcones, en las construcciones rurales de ranchos y alambrados; maderas en tabla, puertas y ventanas, mesas y otros muebles. Con los postes se hacen empalizadas y «piquetes», como llaman por el norte a los potreros, aparte de las mazas y camas de ruedas de vehículos.

La dendrología reconoce a estos ejemplares por Prosopis alba, al algarrobo blanco y por Prosopis hassleri, al algarrobo negro del Chaco, que es el «ybopé-hú», diferente del Prosopis nigra, que es otro algarrobo negro de la región andina.

Aparte de los citados, hay otros de la especie que se distinguen por sus hojas: así el algarrobillo, cuyas hojas compuestas son mayores que las ya grandes del algarrobo negro que carece de frutos o por mejor decir de vainas, cuando se trata del «macho».

---

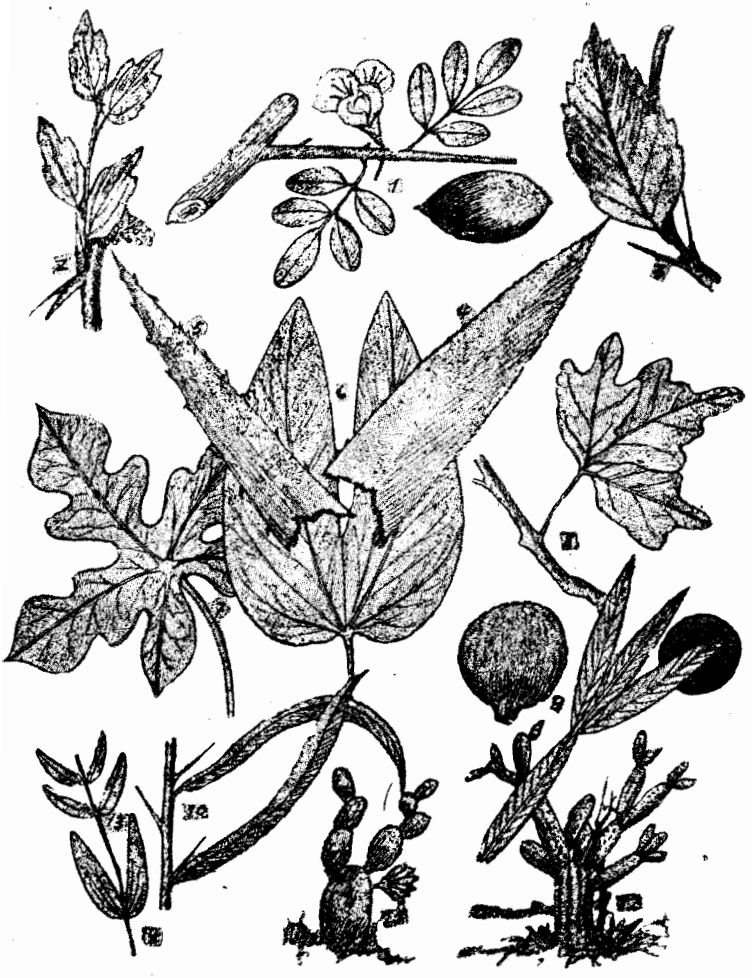
(1) Todos sabemos cómo estilan ciertos extranjeros para hacer fuego. Ponen la yesca primero; la que puede ser: (hilachas de trapo, hongos llamados así, fibras variadas), sobre el pedernal, que generalmente es una piedra de sílex, y sobre él y con fuerza, se golpea con un eslabón de acero.

De igual suerte procede el indio, con maderas duras, piedras y aun con metales, empleando como materia combustible: paja seca, caapí-pé, algodón extraído del fruto del «copadañick»...

Pero aquí lo que nos interesa, precisamente, no es este procedimiento de conocimiento tan común, sino el que produce igual efecto, por el frote enérgico desarrollado entre dos varas o trozos de madera seca, como lo vamos a ver. En efecto, unas veces haciendo girar entre las palmas de las manos una varilla de «suncho»: (uyaquear), cuyo extremo inferior, se acomoda en la muesca u hoyo que para el objeto se ha practicado previamente en un madero de «palo santo», —teniendo el especial cuidado de que se interponga entre ambas superficies, el capullo o la hilacha de la yesca elegida; o de otra manera, haciendo girar, enarbolado el «palo santo»— engastado en el extremo de la vara, para lo que se ha interpuesto el combustible elegido, e imprimiéndole con energía una velocidad tal, como quien maneja una boleadora; la fuerza resultante, es claro, que en ambos casos concluya por producir calor, y la llama aparece.

Semejante proceder, hay que buscarlo, en un origen muy remoto, desde luego, prehistórico, ya que el fuego es tan antiguo como el hombre.

Aparte de su empleo como combustible en las máquinas de tracción y en otras, se dice que por medios químicos,



1. — Chañar. 2. — Talo. 3. — Talo. 4. — Caraguatá alesna. 5. — Caraguatá gancho. 6. — Pata de buey. 7. — Batata de los cerdos. 8. — Mecho-acá. 9. — Palo bolilla. 10. — Ybá heé. 11. — Tunal. 12. — Ucle. 13. — Tataré. — 14. — Timbó-atâ

a estas especies es susceptible de extraerles numerosos colorantes para emplearlos como tintoriales.

De su vaina el indio y el que no es indio fabrica la «aloja» y el «patai», de riquísimo sabor este último, que estimula el comer su pan seco y astringente (1).

Existe además otro tipo de algarrobo, que es el llamado «panta», —Prosopis panta—.

Luego la «espina de corona», más fuerte y más esbelto que el algarrobo, sirve como aquél para combustible y construcciones; su vaina el «ivopé», se usa como jabón desinfectante y fragancioso, para tratar las erupciones y el lavado de cabeza, y su follaje, como substancioso forraje del ganado, cuando aprieta la escasez en la sequía.

Es la «espina de corona», la Gleditschia amorphoides de los botánicos: el «coronillo» de los chaqueños.

Hemos hablado del «curupay» tan utilizado en las curtiembres por su riqueza en tanino, agreguemos que es un gran tintóreo y estimulante querato-plástico de ciertas úlceras incoercibles, como pudieran ser las de la lepra. Este ejemplar ¿es el cebil? —si lo es, es la Piptadenia macrocarpa—.

El llamado «zapallo caspi», árbol grande parecido al ombú, que como éste y el palo borracho, presenta una madera fofa, liviana y poco consistente, es de fácil corte con el hacha estando verde; mas, ya seco, tiene la virtud de apelmazar sus fibras, y entonces su corte con el mismo instrumento se hace cuasi menos que imposible.

El «yuquiriguzú», como también se lo llama, tiene una madera ideal para la fabricación de monturas y bastos, bateas y tacos, y hay quien con el tronco se fabrica un «cachiveo». Es el Pisonia zapallo de Griseb.

El «palo borracho», es otro ejemplar que aparte de la aplicación india conocida desde las más remotas épocas, no ha de faltar mucho para que se lo industrialice (2).

---

(1) Para hacer la «aloja», se muele la algarroba en un mortero, a la que se agrega agua, siempre lo más fría que sea posible, con el objeto de evitar que el preparado se avinagre. Luego, todo se tapa con un poncho o bolsa, agregándosele a veces, un poco de madurativo: levadura. Al día o día y medio, la fermentación se produce y la aloja es apta para beberla. Para hacer en cantidad a tan deseado bebistrajo, el indio lo prepara en un noque, que ellos improvisan con un gran cuero vacuno crudo, el que va fijado por su contorno con tientos a cuatro palos que descansan sobre otras tantas horquetas plantadas en tierra.

(2) El indio, de su gran vientre excavado a fuerza de hacha, construye un navío que llama «cachiveo»; una batea o recipiente similar para elaborar la «aloja» y el «patai», amasar la harina, o juntar el agua y conservarla. Digamos que, como defensas en la guerra, se han utilizado sus troncos para construir trincheras; y algún travieso ha modelado, en la contienda del Chaco Boreal, un muñecón risible, en son de mofa.

Para hoyas y moldes, tejidos y algodón; para utilizar de yesca, la fibra de su fruto; para tantas otras cosas, se le ha podido buscar.

Es el «yuchan» salteño, el «samohú» guaraní, o «samohuí», el género «schorissia» de los clásicos; y al que el genio toba, le ha dado el nombre de «copadañick». El «copadañick» es pues, un hermoso árbol de gigante talla que florece en rosa, cuando no en amarillo, blanco o lila, y que corresponde a otros tantos tipos conocidos... Sus hojas compuestas, son grandes, de siete foliolos, de bordes aserrados como las de rosa, y se parecen en conjunto a las del lapacho, aunque bien, más blandas, más cortas y tan bien nervadas y lustrosas como las de éste, pero en cambio de un gris más acentuado en el dorso.

Su poblado follaje que proyecta fresca sombra en el estío, amortiguan los rigores del calor, y es de ver, entre ellos, pendientes frutos enormes, que se preparan para abrir sus valvas y liberar el capullo de un algodón hermoso, entre cuya seda brillante se distingue el contenido de un centenar de semillas oscuras de formas «sui-géneris» (1).

Su tronco ventrudo de un color verde-amarillento, que parece un «botellón», cúbrese de aguijones caducos, como los aguijones de la rosa, que ya no hincan y sólo sirven de adorno para la epidermis tersa. Ese atributo de Sancho, que algunos justificarían una leyenda mataca y que no hemos de referir aquí, llega a tener a veces un perímetro de más de 5 a 6 brazadas, correspondiente a un diámetro medio mayor de dos metros en su plano de sección.

A veces en el tronco, por disposición natural de las ramas o por otro accidente, es dable ver acumularse la rica agua llovida; por eso es que alguna vez he visto correr a su presencia al sediento, en demanda de aquélla que, como una bendición del cielo se conserva fresca y pura.

El ombú, inspirado árbol solitario de las pampas argentinas que a más de un poeta ha hecho sonar el cordaje de su lira, poco se lo encuentra por estas regiones, a pesar de ser muy nuestro y de tener semejantes que, con parecido follaje y con igual naturaleza en su fibra, han arraigado, constituyendo diseminados, frecuentes motivos de confusión (2).

---

(1) Conté una vez, 173 semillas extraídas de un fruto maduro y las he podido sembrar, con relativo buen resultado, en tierras santafesinas. Esta no es otra que la «schorissia speciosa» de los botánicos, cuya distribución geográfica es la del litoral y norte argentino.

(2) Uno sería con el ombú-rá, llamado también «palo bobo», «zapallo caspí» y que los técnicos no quieren entender más que en su idioma, que es de Pisonia zapallo; conociendo por Phytolacca dioica, al evocador ombú.

Su frondosa copa que corona corpulento tronco y exuberante raigambre, cuya follaje espeso proyecta fresca sombra en el verano, donde se guarece el ganado en días de sol y repara del viento y del agua en días de frío, en las llanuras despobladas; aquí no es ya, la representación o símbolo de albergue de la pampa inhóspita, ni el sitial frecuentado por la calandria canora, ni el alero plácido del gaucho de antaño, donde en su vida errabunda iba a solazarse, a entonar en inspiradas estrofas las armonías rudimentarias de su vida simple; por aquí, el ombú es más solitario, diremos, y tan escaso, que es difícil encontrar un ejemplar.

El «mistol» precioso árbol, muy común en los montes, presenta sus tallos, ramas y tronco, lisos; de un color gris plateado muy atrayente. Su fruta dulce y coloradita, se come y hay quien de ella hace «aloja». Se las utiliza en medicina casera, a sus hojas y en aplicación industrial, a su corteza, como para el llamado «jabón de palo» o quitamanchas, lo mismo que el «quillai».

El carácter de sus tres nervaduras en el limbo festoneado de la hoja, hace que esta planta, difícilmente se confunda con otra; aunque es grosera la semejanza con la del tala. Es el Zizyphus mistol de los botánicos, parecido al zizyphus vulgaris de los mismos.

Otro ejemplar que llama dignamente la atención, es el «palo mataco»; el mentado «carandá», también llamado «tadeck» por los indios pilagás. Es un ejemplar quizá sin semejanza en el mundo; yo no he visto en las botánicas extranjeras, algo que se le iguale.

Es un árbol éste no muy alto, coposo y denso que, lo que podría ser follaje y ramas, no son más que espinas rectas, que varían de unos 0,20 a 0,60 centímetros de largo, de color verde oscuro, que se multiplican al infinito, articulándose unas con otras, y dejando ver en las ramas principales los caracteres de lo que antes fué espina. En síntesis, puede decirse del «palo mataco», que es en sí, un monte de lanzas agudísimas, aunque bien poco firmes y más bien elásticas.

Da una leña durable y un tinte seguro, y sirve para curtir; el indio hace de él el arco para la flecha, porque además de ser fuerte, es flexible como pocos.

También se lo emplea para horcones y postes; pero hay que decir del «carandá», y esta es su gran virtud, que bajo

1. — Membrillo guaycurú. 2. — Tusca. 3. — Lechiguel. 4. — Espinillo. 5. — Brachichito. 7. — Quino. 8. — Llantén. 9. — Ysypó yboté pytá. 10. — Palto o aguacate. 11. — Espadaña. 12. — Cardón

la tierra o el agua que sea, su fortaleza y duración es eterna, quizás más que la del quebracho. Es duro como el acero, se ha dicho de él, y con razón (1).

El «palo cruz», llamado también «palo sinvergüenza», es un árbol sin espina, de madera blanca, pero de corteza oscura, que se utiliza en ciertas construcciones por ser relativamente fuerte (2). Sus ramas dispuestas en cruz, que le da su nombre, no siempre son tan regulares como podría creerse, pues en la mayoría de los casos, los brazos laterales se inclinan hacia arriba, más bien como los brazos del crucificado, antes que los de la cruz. Ramilletes de hojas fibrosas, dirigidas hacia el cenit, caen con frecuencia, deásperas al tacto, de tamaños diferentes, verdes oscuras y algo jando al árbol desnudo largo tiempo.

Como florece en amarillo (3) en medio de su apariencia de árbol seco, cuando es presumible que llueva, los chaqueños lo han bautizado también, con el nombre genial de «Martín Gil»; quizás por aquello de pronosticar.

En Corrientes se le llama al «polledokoik» pilagá, «toro rata-í», porque al decir de los campesinos, «chispea», a los golpes de los cuernos del toro, cuando éste jugueteando, los afila sobre su tronco. ¿Es la Tabebuia nodosa?

El «guapoy» es un árbol gigante, que crece sobre el tronco de otro, absorbiendo su savia, atado a él por un verdadero tejido de raíces, que se confunden unas con otras, a manera de un estuche alrededor del tronco de la víctima. Las ataduras son tales, que estrangulada ésta, perece y cae...

Este parásito arboricida, que bien merece ser considerado en juicio, por las leyes de protección de la flora, tiene una vida y desarrollo digno de un apartado filosófico, que no lo hemos de considerar por la naturaleza de esta obra.

---

(1) Este carandá, tiene su follaje tan múltiple, que proyecta una sombra sin solución de continúidad. Y es tan fuerte, que además de emplear su madero para el arco, se hace la flecha «cetená», que es tan agresiva. En el verano, da una vaina negra azulada, grande y carnosa, que contiene semillas, y de la cual se extrae (de su corteza) una tintura azul que el indio la emplea, entre otras, para tatuar. ¿Es acaso el Achatocarpus praecox?

(2) Como ser: catres, sillas, etc.; pero lo que interesa en materia de construcción, es que del «palo sinvergüenza» el indio hace utensilios: cucharas, tenedores, aros.

(3) Este mismo ejemplar, que vive con el aspecto de árbol seco, deshojado, cubierto de polvo y telaraña, florece en amarillo cuando va a llover, cubriéndose, en medio de su desnudez, de hermosas flores de pétalos tenues y felpudos, rayados con vetas rojas en tres de los cuales, es decir en los que se dirigen hacia el suelo.

He visto el epílogo de la lucha trabada, cuya víctima lo era un «tataré»; —«tataré» que yacía pálido, anémico, seco, en un rincón del Parque Caballero, de Asunción—.

El «palo bobo», es otro de los tantos palos que se echan al fuego, pues no tan sólo por ser «bobo», como por la abundancia que está a mano; así lo he visto formar empalizadas en las costas cenagosas de la isla del Cerrito Argentino y alimentar hornos en la cremación de ladrillos en Corrientes. ¿Es el aliso? —si lo es, es también la Tessaria integrifolia—.

La hoja es gris verdosa, de olor y sabor agradables, algo picante, como las anteriores; crece a orilla de los ríos y sus varas rectas, formando empalizadas yacentes, se esparcen bordeando las playas. Las hojas se disponen alternadas.

Su madera blanca, poco resistente, se utiliza para tijeras de rancho y para armazón de techos; porque debemos hacer notar que al aire, sus varas rectas, adquieren larga duración y no ceden al peso, una vez secas.

Del «aliso», preparada su corteza por decocción, se obtiene un tinte azulado, con el que el indio hace el ingrediente para tatuar, según un procedimiento especial. Este es, como vamos a ver, el siguiente:

Previa punción de la epidermis del sujeto con una espina desinfectada al fuego, una vez de engrasada, el artista hace las figuras más caprichosas, los jeroglíficos más indescifrables, para luego untar sobre la parte cruenta, el polvo residual de la decocción, o aquella solución misma, mezclada con polvo común, que adquiere en los comercios urbanos: y eso es todo.

El «ybyrá-hú» o palo de tinta (1), es un árbol relativamente pequeño, de hoja verde oscura, muy parecida a la de mandarino, aunque de consistencia algo más blanda; por decocción de ella o de la corteza, se obtiene un tinte

(1) Sabemos por química, que la tinta es un tanato de protóxido de hierro que se ennegrece al aire; preparada con ácido tánico obtenido de la infusión de la nuez de agallas ya citada, más la disolución de sulfato de protóxido de hierro y a la que se agrega goma arábiga. Bien; cuando se pela una rama de «ybyrá-hú», la corteza extraída y las partes que quedan adheridas al palo, en contacto del aire, inmediatamente adquieren un color negro; el instrumento empleado también se tiñe de violeta oscuro. Si aquellas partículas de corteza se ponen en maceración, el agua se oscurece, tanto más, cuando más concentrada es la solución; con mayor razón si se practica la decocción. ¿No le faltará el sulfato de protóxido de hierro, para ser como la tinta común? Sin eso, los indios tiñen de negro sus tejidos.

negro susceptible de teñir. Es el «lamakait» indio, de madera blanca y fácil de quebrar, que también ellos emplean para las tinturas de sus tejidos y el tatuaje. ¿Es acaso el Acanthosyris spinescens, orden de las santalales?

El «cedro», conífera, al que se le atribuye una longevidad de miles de años, se lo encuentra en mayor cantidad en el Chaco salteño especialmente; es un árbol esbelto, siempre verde, de hechura piramidal. Su madera aromática tiene la virtud de no picarse y se la emplea en muebles, puertas y ventanas. Como madera es universalmente conocido, siendo el «pino del Líbano» el más costoso.

Recordemos que si es común llamar a los magnates en otras tierras «Cedros del Líbano», por algo será...

El «cebil» de la familia de la mimosa, es otro ejemplar, de cuyas hojas y cortezas en maceración, los indígenas se sirven, para en forma de emplasto, tratar las llagas incoercibles de la lepra, como con el «ybyrá-payé» —planta hechicera—, lo hacía Bonpland. Es el «curupay».

Hay dos clases de «cebil»: el colorado y el blanco.

Otra de las plantas que abundan en el Chaco, es el «chañar», cuyas hojas gris-verdosas, florecitas compuestas de color amarillo, frutos dulces de tinte marrón, adornan su tronco y ramazón, los que con fruición, descascaran en primavera, dejando la epidermis verde claro, de un bonito aspecto.

Al lado de su fraganciosa floración, aparece un fruto agradable al gusto, harinoso, seco, que contiene un carozo marrón-café, de cuyo medio se fabrica la chicha o aloja, como cerveza, que tiene la virtud de «emborrachar» fácilmente, quizás por su mayor porcentaje de alcohol. No solamente al indio le sirve de bebistrajo, sino que también el paisano se sirve de ella, que lo bebe con desenfado, como si fuera «champagne». Es la Gourliea decorticans. La medicina empírica emplea la corteza, con éxito. como más adelante veremos.

El «tataré», parecido al «timbó-atá», presenta sus hojas pennadas como las del mismo «timbó», aunque de un verde más acentuado y hojas más pequeñas, con nervadura única en el limbo. Se parece también al «timbó-pytá», ejemplar de mayor tamaño que, con el nombre de «cambanamby»

1. — Palo mataco o carandá. 2. — Espina de corona. 3. — Vinal. 4. — Timbó-atá, fruto de Cambanambí o pacará. 5. — Guayaibí. 6. — Pata. 7. — Granadillo. 8. — Melón guaycurú. 9. — Sachasandía

—u oreja de negro—, elegante adorna calles y paseos de la ciudad porteña, lo mismo que lo hace el jacarandá y la tipa. Este timbó, también sirve para curtir, como ya lo hemos dicho y acompaña entre otros, al «ybyrá-pytá», y a

una infinidad de tintoriales y curtidores, que aun no se emplean en la industria por ser poco conocidos.

Pero volviendo al «tatarê», tan común en el Paraguay, diremos que es un árbol elegante, de color verde claro, con tendencia amarillosa; atrayente por su porte, está defendido por espinas y de cuya madera muy apreciada, se fabrican muebles, puertas y ventanas. Se dice de él, que es incombustible. «Pithecolobium Scalare».

El «ybyrá-ro» llamado así en guaraní, traducción de «palo amargo», es un árbol de hojas alternas cuyas láminas con nervaduras pronunciadas le dan una consistencia elástica; sus hojas lustrosas, color verde, sin brillo en la parte opuesta y cóncavas por replegamiento de sus bordes, son algo parecidas a las del quebracho colorado. El sabor de éstas, es amargo, sin serlo en extremo, y dejan una astringencia como la mayoría que poseen tanino. Como el «ybyrá-romí», da una madera fuerte, y entre otras aplicaciones se lo utiliza para varas de sulky. Es el palo mortero.

Mas, el monte no se agota en darnos ejemplares, y en mi afán de conocer la flora, empujado por la curiosidad, penetro más y la contemplo desde arriba abajo. Hundido entre la espesura, a veces plácida, a veces agresiva; arriba, coronando el cielo azul y a mis plantas la tierra virgen, húmeda y sombreada, voy sorteando, paso a paso, las vallas de mi camino, «salpicado» por los rayos de luz que pueden penetrar en aquel dédalo con que la diosa Flora ha prodigado este solar americano.

A mi frente, el «guayacán»; el férreo guayacán, cuya sutil hojilla no parecería pertenecer a su tronco de corazón negro, que contrasta. Es, éste, un árbol esbelto, de tronco y ramas lisas, de color verde claro, muy atrayente (1). De su madero denso, se extraen durmientes, pilotes y postes que duran una eternidad; el doméstico mortero para la molienda y también el garrote defensivo, sin faltar la dura flecha que el indio emplea en el azar de su vida.

Como combustible, acompaña, entre otros, al quebracho, al palo mataco, al urunday, en las máquinas de tracción, y hay quien lo emplea en medicina empírica para confortarse. Esta rutácea que también se la ha llamado «quiebra hacha»,

(1) El «quiebra hacha», como han dado en llamar al «guayacán», se lo ha usado como medicinal desde tiempos inmemoriales, como reconfortante para tratar la «tisis de los pulmones». Así lo preconiza el protomédico Pedro Montenegro en su obra, aunque hace una confusión entre éste y el «palo santo», que también es medicinal.

por algo, posee hojas compuestas, flores blancas en racimo, fruto carnoso marrón oscuro, que la hacen aparecer en el bosque de una belleza notable; se la ha bautizado con el nombre de Caesalpinia melanocarpa.

Es tradición en lenguaje vulgar llamar, parodiando en la frase, «guayacán», a un individuo fuerte y desarrollado, como pudiera ser un jayán.

La «tala» trabada en su ramaje, en abrazo fraterno con el «ucle» gigante (1), de cuya corteza el indio, ya hemos dicho, extrae la «yista», se la encuentra aquí y allá. Es la tala común, cuya madera fuerte y flexible se usa en construcciones, y sus pequeños frutos carnosos y amarillos, como apetitoso alimento, gasta el aborigen, el ave y el ganado. Y es común, porque es la más conocida de otras especies que faltan describir entre las ulmáceas.

A sus plantas, una alfombra de «caraguatás», que no dejan dar un paso sin precaución, porque se corre el riesgo de que cobren un girón de ropa o de carne. Y a su vera, otras especies que poco se le diferencian (2)...

---

(1) El «ucle» es un ejemplar de la familia del «cactus»; crece entre el monte, en clima seco y terreno giedoso; alcanza una talla de más de siete metros. Espinosa, de su corteza el indio prepara la «yista» para coquear, es decir de su ceniza amasada con harina. Su fruto es comestible y diurético.

(2) Caraguatá o cáñamo paraguayensis, es una planta cuyas hojas largas, duras y armadas en sus bordes por espinas dispuestas en punta o en gancho, tienen unas fibras longitudinales sumamente resistentes. Hay dos clases que se patecen: el «caraguatá gancho», que es de hoja afilada hasta su extremo, a veces rojo carmesí: «caraguatá pytá» y defendida por garfios amarillo-pardos, dirigidos en dos sentidos con relación a su eje mayor; y el «caraguatá chuza» o alesna, de hoja más ancha y terminada por una espina rígida que consideraremos aparte de las que bordean la lámina.

Este caraguatá, —vaso inestimable que Dios guardó—, por disposición de sus hojas, tiene la virtud de juntar el agua llovida: «caraguatá-í», que apaga la sed en los calores del verano; y que en su búsqueda, acuden las aves y cuadrúpedos y el hombre de la selva, qué parecen poseer su ciencia aparte.

Los soldados paraguayos, en la reciente guerra, eran ya baquianos para encontrarla; observando en el cielo la dirección del vuelo de los pájaros, al amanecer o en las horas vespertinas, descubrianla a la distancia y allí acudían presos de alegría infinita, para saciarla, llenar las caramañolas y cebar el clásico «tereré»... Jamás agua alguna hubo de ser tan rica como aquélla.

El autor, la ha bebido fresca y pura, de la misma procedencia.

Cortada la planta al ras de la superficie y asida con cuidado de sus hojas extremas, después de desbrozada, se la punciona luego a través de su cuerpo, con la punta de un cuchillo; y así, llevada en alto, con la boca abierta, se recibe el agua fresca que cae a chorros hasta quedar satisfecho.

El que esto escribe, ha podido obtener de una planta sometida a este procedimiento, hasta cerca de un litro de agua, que bien podría calmar la sed de cuatro sedientos para evitarle de una muerte segura, en un momento especial, como es el de la guerra y que por desgracia podemos traer a colación.

Otra planta parecida a las anteriores, es la de «ivira» que se emplea para análogos fines industriales; muy común en el Paraguay.

Con todas las citadas, el indio prepara el hilo, la piola, la cuerda para el arco, el sogón del «guananat»; tejidos para cinchas, para la «yica» o «kotaiki»; llámense aquellas «chagua», «chaguar» o «yagua» y que dan el «ñick», el «lequet», el «lequet-chiqueneck».

El ceibo o «zuiñandí», tan conocido en las costas de la región litoral, da sus flores rojas en forma de «patito» que hacen de esta planta atrayente a la atención, sobre todo en primavera, algo así como un helicón de la poesía, en donde también el nido de un hornero va a armonizar escondido entre el follaje. Arbol grande; es el «erythrina crista galli» de los botánicos; especie de chope, cuyas hojas gruesas y regulares, duras y afelpadas en el dorso, visten la ramazón cubierta de aguijones, de aguijones caducos que surgen de la epidermis gruesa y arrugada, y que al descascarar, torna a la planta de un bonito color gris-amarillento.

Al seibo o ceibo ¿quién no lo conoce?; su madera fofa, liviana, de escasa consistencia ¿para qué otra cosa puede servir, que no sea para aislador o boya?

A mi diestra, el flexible «guayaibí», de donde el indio se sirve para construir el arco, por esta misma razón de flexibilidad y los «cristianos», cabos de herramientas como: los de hacha, horquilla, pala... y yo un bastón irrompible, cuya trabazón fibrosa, permite arquearse en todo sentido. Guayaibí, cuyas hojas y corteza son parecidísimas a las del duraznero en su tierna edad, que ha motivado más de una vez la confusión más crasa, al novicio en botánica y que es la Patagonula americana, de la clasificación oficial.

El membrillo del monte con sus hojas cordiformes. felpudas, gris-amarillentas; el guayabo o arazá, de cuyas frutas se hace dulce tan rico, como de los que pudieran proceder del fruto de la huerta; el «guaycurú-coá», de tan extraña hoja, que en infusión cauteriza las heridas; la «espina colorada», de hojas tan simétricas en sus nervaduras, y espinas rojas tan perfectas; y otros que escapan a la atención, abundan entre la espesura infinita.

Y a mi siniestra, me acecha el «quimilí» (1); el atrevido «yuquerí» o garabato que, en el más leve descuido ¡zás! ha clavado sus garfios puntiagudos y ponzoñosos, arrancando la ropa y la epidermis; el «espinillo», el «aromito» y la «tusca»; que a más de un práctico, ha de colmar de impaciencia para, con inteligencia, practicar su recono-

(1) Tunal de pencas grandes que da un fruto amarillo y agrio, defendido por espinas largas y blancas, de una longitud que oscila entre 0.12 a 0.15 cmts. De ellas se obtiene unas concreciones llamadas «grana», que el indio y el campesino junta para teñir tejidos. La grana, que por extensión se ha dado al tinte rojo que tiñe el paño, no es sino la misma cochinilla que abunda en estos plantíos y en estos climas.

1. — Mbaracayá pyá-pé. 2. — Guaycurú coa. 3. — Espina colorada. 4. — Arbol de la brea. 5. — Bobo. 6. — «Micheck» o cina-cina. 7. — Aromito Santa Fe. 8. — Teatín. 9. — Yuquerí. 10. — Colqui yuyo. 11. — Caabo tyrehy. 12. — Limoncillo

cimiento (1); el «teatín», que no está por demás el describirlo, como así a la «cina-cina» y al «árbol de la brea».

Es éste, el «teatín», un arbusto también llamado «garabato negro»; tiene como los anteriores, un vistoso color verde aceituna, pero algo más oscuro, con viso amarillento; sus hojas pennadas, verde oscuras, son menudas y parecidas a la de la «brea»; sus flores, son amarillas también, pero muy claras y casi nada fraganciosas. Lo que mucho hace para que se lo distinga del «árbol de la brea», son los aguijones, como los del garabato, es decir, de color rojo y dirigidos en sentido caprichoso. Su madera es elástica y dura.

El «teatín», es una plaga en el Chaco, que conserva su carácter de rastrera; es la Acacia furcata.

La «cina-cina», es un árbol de un hermoso color verde claro amarillento, que, al parecer, ha sido introducido por el gobierno a la colonia indígena de Fontana, de donde el indio, lo ha hecho cundir por el territorio. La verdad es que no acierto a comprender cómo, si es de origen extranjero, esté representado en los montes; ¿o es que será autóctono?

El indio lo llama «micheck» y alguien lo confunde con la «brea»: tiene unas largas hojas compuestas, de 0.25 centímetros, que surgen de a tres pares del ángulo de implantación de las espinas; son fuertes como éstas y terminan afiladas en punta. Las ramas, están armadas por particulares espinas rojas en tridente, recta la mediana, entre dos garfios más pequeños. El «micheck» crece a orillas de los riachos y es medicinal. ¿No será la Parkinsonia aculeata? Parece que sí.

---

(1) No por ser imposible, deja de ser difícil establecer un conocimiento exacto de estos ejemplares, tan vulgares y comunes. La «tusca» es algo parecido al «garabato»; mas, se la confunde con el aromito y cou el espinillo. Esta, florece sin adquirir mayor desarrollo; da una vaina color marrón cargada de semillas poliédricas, una flor amarillo pálido poco fragante; posee espinas grandes y blancas. En cuanto a las hojas pennadas, es difícil reconocerlas porque varían si se las considera; más tratándose de su edad. Es la acacia macracantha de Humboldt y Bonpland; el algarrobillo.

El «aromito» o aromita, tiene unas hojillas hermosas, compuestas, finas; espinas alargadas y blancas, que surgen de a pares como en la anterior; su flor amarilla intensa, es muy fragante, cuyo olor puede durar años. Su fruto es de un color marrón-negro, que tiene un intenso olor desinfectante, conteniendo una cantidad de semillas redondeadas de color verde-claro aceituna. Como el anterior, este árbol forma monte en terrenos anegadizos, y su madera sólo sirve para leña y poco o nada para construir.

El «espinillo», es un árbol espinoso que se cría en los montes, cuyas ramas cubiertas, de trecho en trecho, por dos espinas cortas que se alternan en distintas direcciones, se caracteriza por surgir de entre ellas, tres a cuatro ramitas, divididas en dos, con sus foliolos pennados correspondientes. Da como fruto, una vaina comestible, enroscadita, color marrón oscuro. Es el «churqui» de Jujuy; la Acacia cavenia de los clásicos.

El «árbol de la brea», de aspecto general parecido al anterior, ha podido ser confundido con el «teatín». Hermoso ejemplar, de un color verde claro, de epidermis lisa, de hojas compuestas, pennadas, tiene dos espinas, de las cuales una es de mucho mayor tamaño que la otra, que es rudimentaria; sus hojillas recuerdan a las del «chañar», aunque mucho más pequeñas y más acercadas a las del «teatín»; sus flores amarillas, asocian con frecuencia, pequeñas vainas angostas y violadas.

El «gualagañick» toba, o «brea del campo» también llamado, posee en su corteza una resina especial: «la pez de Castilla», y que no es más que un derivado químico de la trementina, la cual se usa para afinar las cuerdas del violín, si es que no se la prefiere a la misma corteza.

Sirve también, esta planta, como droga empleada en medicina empírica y hasta para dolores de muela; técnicamente se la llama Cercidium praecox.

Y hacia atrás, guías enormes de «ysypó», que como las del «mbaracayá pyá-pé», retorcidas, sirven como cables, que enredan anudadas a la amarga «sachapera» o «ybáhé-é», y a cuanto ejemplar existe por allí...

El «naranjillo», de madera frágil y fruta rojiza, alimento del «surí»; el «poroto guaycurú», de hoja verde y fibrosa que da una vaina, buscada por el indio y las aves (1); el «molle», cuya hoja de olor acre y desinfectante, verde oscura, de más o menos nombradía, que se lo emplea para curas caseras como tantos otros que allí abundan, son de una atracción particular, al objeto de la caza.

A la fresca sombra del molle negro, acude el ganado en el verano, cuando su follaje espeso está en todo su esplendor; y también el curandero, para arrancar la rama y tratar el reumatismo con el agua de su infusión, seguro de calmar los dolores de la faringe y de arrastrar la saburra de los febriles (2). ¿Es el Schinus molle o dependens?

El «sombra de toro» llamado en guaraní «toro-cuarahí-â», por otros, «chuan», «peje», etc.; es un árbol de la elegancia del «tatarê», cuyas hojas de un color verde negro,

(1) El «poroto guaycurú», da una vaina cuya semilla, por decocción, tiene la particularidad de imprimir al agua que se emplea, un tinte violado, lo mismo que se traduce en la excresión urinaria, teniendo en cuenta que el indígena lo emplea como alimento; alimento que apetece también una gallinácea silvestre que se llama charata, y que frecuenta bajo su sombra.

(2) Hay dos clases principales de este árbol frondoso: el molle negro, que es el «aguaraibai miri» o «lentisco negro», y el blanco: «aguaraibai guazú», según lo anota Montenegro en su «Materia Médica Misionera»; pero los botánicos hablan otro lenguaje, y se extienden en clasificaciones.

lustrosas, duras y quebradizas, tienen una forma romboidal terminada en sus tres ángulos armados por una espina amarillo-crema. Estas hojas, se disponen por sus peciolos cortos, alternadamente en la rama donde asientan, pero con la particularidad de ocupar la parte supero-externa de ella.

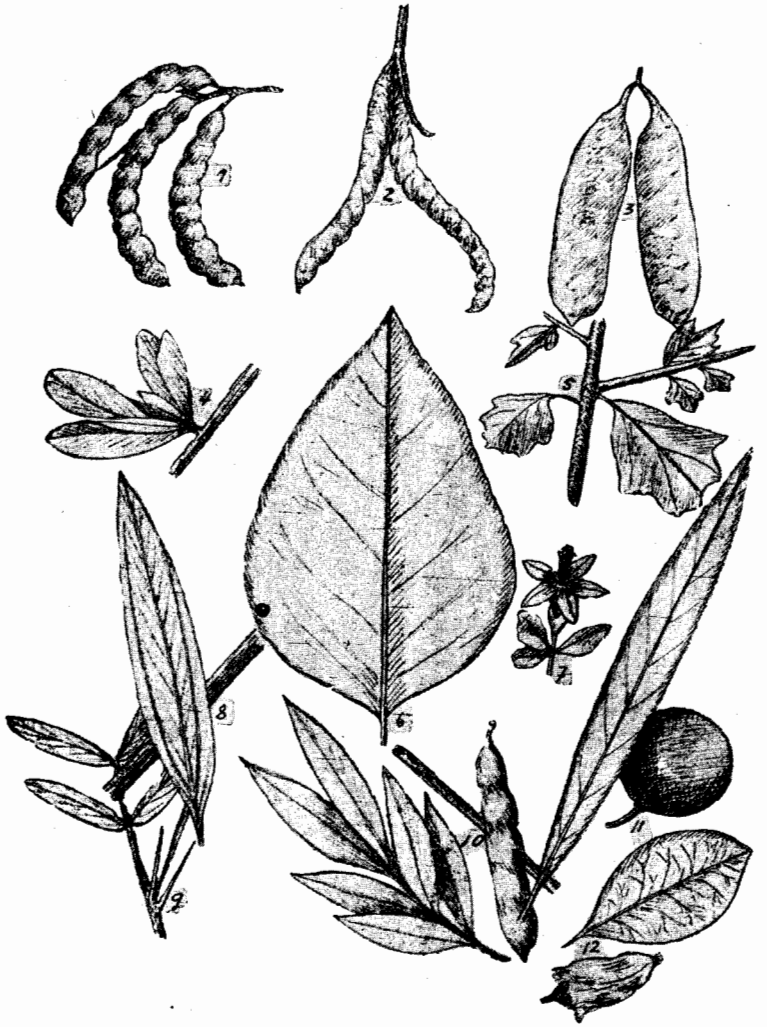
La «topua», como también se la llama en el Uruguay, tiene de particular, además de la forma de sus hojas, el de que en los limbos, presenta las nervaduras transversales, a partir de los dos ángulos laterales. Se dice, para explicar el origen criollo de su nombre, que se llama así porque constituye un refugio para el toro o el vacuno, cuando es acosado por los perros u otros carniceros que temen al aguijón de sus hojas; aparte de la sombra fresca que amortigua el rigor de la canícula. Esta es la Yodina rhombifolia de los botánicos, el mal llamado «quebracho flojo».

La «sacha-sandia», de hoja verde, untuosa al tacto, que da un fruto veteado en blanco perseguido por los cerdos salvajes; el «limoncillo», arbusto aparente, que da un fruto que por su semejanza, justifica el bautismo vulgar; el «meloncillo del monte», que aprovecha el indio y los herbívoros, en particular el yeguarizo y el vacuno, llegan a ser plantas tan vulgares, que ya nadie las aprecia por su abundancia...

Aquí, el «hoja-zapallo», de que se vale el indio para curtir con su corteza; corteza roja oscura que da un tinte marrón claro; y a su planta, el «ivirá», de la familia del «caraguatá», de cuyas fibras se hacen las cuerdas más fuertes, ya para elaborar las mallas y hasta para las cinchas de las cabalgaduras.

Allí, el «ybyrá hoby», tan afamado como diurético y antivenéreo; de sus hojas carnosas y grisáceas en maceración, —incluídos sus gajos—, se obtiene un hermoso color azul, como el añil; y a su lado el «ñapindá», que es una mimosa; el «ñandubay», duro como el quebracho; el fragancioso «ñangapirî»...

Allá, una especie de «alcornoque», de cuya corteza es susceptible de extraer, como de aquél, el corcho; el «teatín», acariciado por la «pasionaria» o «mburucuyá», cuyas sugestivas flores y sabrosos frutos son tan conocidos en el país, y a su lado, el temido «romerillo» que ha de hacer víctima a la bestia que lo ingiera, motivo por el cual está decretada su extinción por la Defensa Agrícola.



1. — Vainas de algarrobo. 2. — Vainas de vinal. 3. — Vainas de Yuquerí. 4 — «Aguaraibai miri». 5. — «Aguaraibai guazú»: Molle negro y blanco, respectivamente. 6. — Sangre de toro. 7. — Chivil. 8. — Suncho o chilla. 9. — Algarrobillo. 10. — Pito-iba. 11. — Soliman. 12. — Coca

Por aquí, el vulgar «cardoncillo» (1), cáctea que resiste una eternidad a la seca; el «ysypó yacaré», cuyo nombre involucra tres significados guaraníes: —agua, madre, mano;— que se trenza a la tusca y al aromito, para elevarse luego en espiral, en el tronco firme de un «espino de corona», y a sus pies, la «brea del campo» y brotes erguidos de una almáciga de «yukyrîguzú».

Y bajo el limpión inevitable que deja la sombra del vinal (2), el «cardón» y el «cardoncillo»...

Por allí, el «ñuatí-curuzú», que traducido, significa espina en cruz, cuyas ramas con sus troncos principales se alternan en verdaderas cruces, en un plano y en otro. Su espina puede ser ponzoñosa y se la teme; constituyendo este árbol un ejemplar llamativo del bosque.

El vurgar carandillo, la penca de tuna (3), la «pasacana», que siendo también una penca delgada que crece en alto, da también un fruto parecido al tunal; lo mismo que las difundidas «quis-queloro», que gozan de una vitalidad a toda prueba en estos climas secos (4).

El «jacarandá», digno de nuestra atención, que puebla gran parte la América tropical y de cuya «madera de rosa» el ebanista fabrica los más preciosos muebles; es un árbol esbelto, de la familia de las bignoniáceas.

Sus hojas compuestas, verde oscuras, más claras en el dorso, blandas al tacto, de sabor amargo, pero agradables al gusto, caducan en el otoño; sus flores lilas, arracimadas,

(1) Como el «cardón», es una cáctea muy común entre los montes, donde el terreno es estéril para la vegetación menor; nace y crece a la sombra, o fuera de ella, del «vinal». Está erizado de espinas en los bordes salientes de sus segmentos y en su extremidad capital, da flores y frutos, que las abejas persiguen.

Está carnosa, por tener agua en sus tejidos, en cierto momento el ganado la come.

(2) El «vinal», es una planta tan grande como el aromito, que abunda en el Chaco, cuyo tronco se bifurca desde abajo; tiene hojas pares, y sus ramas son más delgadas que las enormes espinas que las defienden.

A su rededor, no crece otro vegetal que el cacto. Esteriliza el suelo, quizás por algunas emanaciones no bien determinadas; el hecho es que el Gobierno declara su exterminio. Y la sección «Bosques» del ministerio correspondiente, consiente su talado sin permiso y sin pagar derecho previo.

(3) Es una cactáceas, especie de nopal, que existe en Centro América y en Méjico, como aquí; es la higuerilla de tuna, española. En sus hojas o mejor dicho pencas, se encuentra un insecto llamado cochinilla o grana, utilizado para colorar de rojo subido.

(4) Se llama «quis-queloro», a una pencácea de tunas pequeñas, coloraditas, abundantes, que cría en sus segmentos unos microparásitos que utilizan los indios para teñir las telas y la piel, en ciertos casos. Estos parásitos, pueden ser el quermes o la cochinilla, llamada también grana, cuyas excreciones transmiten a las telas el color referido. En Méjico y Centro América, esta cochinilla se cría en las pencas del nopal y tiene igual aplicación. (Ver «quimilí»).

si bellas son en sus pedúnculos, no menos pintan el cuadro esparcidas por el suelo como alfombra regia. El fruto, está constituído por una cápsula marrón, dura y resistente, que contiene infinidad de simientes pequeñas y aladas, como las del quebracho blanco. El jacarandá crece bien en clima húmedo, en la región subtropical, y se eleva a unos siete metros de altura. En las ciudades modernas, adorna calles y paseos, y constituye un motivo de admiración, sobre todo cuando está florido.

Y entre la espesura del monte, de abajo arriba y de arriba abajo, el vulgar «chivil», que a pesar de sus espinas, es un rico forraje que apetece el ganado (1).

Por allá, el apreciado «duraznillo», de hojas picadas, herrumbradas en rosa, con el «colqui-yuyo», gris plateado, del que se valen los indios para salar los alimentos y tratar las llagas; «colqui-yuyo» también llamado «sal de indio», que es un arbusto cuyas hojas grises, grandes y carnosas, son también friables y de sabor referido; el «ybyrá morotí» o también «lechiguel», que se asemeja en todo al anterior, y que es un arbusto visitado con frecuencia por un colmenar de abejas montaraces, que el entomólogo sólo podría distinguir, abejas que extraen el néctar de sus pequeñas flores blancas, le acompaña e infinidad de otras, desconocidas para mí, que abundan.

El «duraznillo», que es el «guâyguî-piré» de la botánica guaranítica, es un árbol de dos metros y medio, más o menos, que da una madera relativamente fuerte; sus hojas son duras y ásperas al tacto, de color verde claro, que con facilidad tórnanse marrón, por un proceso de sequedad, adquiriendo un aspecto herrumbroso; por eso es fácil descubrirlo en el monte. Este «guâyguî-piré» descascara al principiar la primavera de una manera intensa y así se mantiene por largo tiempo, sin voltear aquellos rastros de epidermis, imprimiéndole al tronco y ramas, un aspecto tal, que por arrugado, se le ha dado en llamar con el nombre que lleva, de: piel de vieja.

(1) El «chivil», es parecido al «lechiguel» en sus hojas, aunque éstas son verdes y blandas, más elásticas; actúa sin serlo, como enredadera; entre las ramas del monte se extiende de una manera notable, cubriéndolo todo; su flor pequeña es blanca lila en los pétalos, con rayitas negras; el pistilo y los estambres alargados, son visitados con frecuencia por las abejas.

A pesar de poseer espinas en sus ramas, es una buena forrajera para el ganado, en la época de sequía.

El «timbó pytá», es decir el colorado, es el «pacará» salteño. Hermoso ejemplar, símbolo del amor paternal según una leyenda india, adorna calles y paseos de las grandes ciudades, como el «jacarandá» y la «tipa». Sus hojas compuestas, de un hermoso color verde, son pennadas, y por sus follajes frondosos, brindan una fresca sombra que neutraliza los calores.

Da un fruto grande, negro, reniforme, que se ha querido semejarle a una oreja, por cuya causa se ha llamado también al timbó: «cambanambí», u orejas de negro, aparte de otras denominaciones regionales.

El timbó colorado, es muy apreciado para curtir, por contener en cantidad, tanino; su madera es fuerte y durable; difícilmente astilla, por cuya causa los naturales de tiempos pretéritos lo utilizaban en construir canoas y muebles.

Esta enorme leguminosa, aparte de otras aplicaciones, es muy apreciada por sus frutos, cuyo hervido es de utilidad doméstica, porque se le extrae una substancia jabonosa que se utiliza, además del lavado de cabeza, para quitar manchas. Es el Enterolobium timbouva.

El soberbio «ybyrá-ro», rodeado por un monte de lozanas «typychá áta»; y apilados en montón, —como meditada obra de indios—, cilíndricos cuerpos desmelenados de «pindó» (1), cuyas palmas enormes son muy apreciadas para techos de ranchos y para una infinidad de menesteres.

Y más allá, en el declive del terreno que anuncia una aguada, enrareciéndose la espesura, se distingue el «timbó âta» (2), rodeado del «suliman» y la «pito-iba», por la

(1) Como los «cainguá» del Paraguay, los indios suelen cortar las palmeras de «pindó», entre otras, durante el novilunio, en cuyos cogollos parasita un gusano blanco, del tamaño de un dedo, que ellos llaman «tombú». ¿Cuál es su objeto? Veremos:

De este verme espeluznante, puesto al fuego, se extrae una grasa, como un aceite que ellos luego lo destinan para tratar las heridas, y a su cuerpo así freído, o atravesado por un alambre para asarlo, lo comeu, como si fuera «chicharrón». Parece ser que este parásito, «tombú», fuera la ninfa, llegado a la adultez de un artrópodo conocido, de largas antenas, negro y grande, mayor que el escarabajo, que llaman «ybyrá-kití-jhá»: cortador de madera.

(2) Es éste. un arbusto que nace cerca de los riachos, cuya madera es de poca consistencia; sus hojas pennadas, parecidas a las del «tataré», son más grandes y de triple nervadura; color verde claro. Es el llamado «visco», en otras partes, y se lo utiliza para «uyaquear», es decir, para producir fuego, frotando un pedazo con otro, del mismo palo, o con otros.

1. — Mistol. 2. — Palo azul. 3. — Payaguá labon, cuchara india. 4. — Jacarandá con fruto y semilla. 5. — Ybyrá-ro. 6. — Poroto guaycurú. 7. — Palo de tinta. 8. — Duraznillo silvestre

«chiná» y la «casita» (1), por una alfombra de «caapi-pé». que pone un paréntesis a la atención y: la exhalación de un suspiro.

El «granadillo» silvestre, de cuya raíz se extrae una tintura y un curtiente; «la pata», que como el anterior, se la emplea con igual fin, tiñendo lanas e hilos de un hermoso color amarillo rojizo; el «lecherón», sin objeto apreciable; el «ybá heé», parecido al sauce; la «palma de coco», que se va al cielo; una infinidad de árboles y arbustos, de matas y yerbas, de enredaderas caprichosas...

Por ahí, entre la maleza, de pronto se abre un paréntesis, que ya no es el abra que da tregua a cielo abierto, para exhalar un suspiro; ni la laguna que se muestra en su estanco silenciosa, reluciendo; ni la pampa que, descorrido el velo, se expande en árido aspecto de páramo, lo que atenúa la compleja elaboración de las ideas impuestas a la atención; sino que, es el palmar, el evocador palmar, que suavizando el gesto ante lo abrupto, torna al ambiente placentero..., al paisaje hermoso.

Palmares infinitos se suceden desde entonces, franqueando el monte, a veces, el monte ramadiento y huraño que se obstina en reaparecer cien más, como una aberración natural, casi consciente diría, sobre su terruño y bajo su cenit...

Ramilletes de palmas, en grupos homogéneos, se disponen con singular belleza, a un lado y a otro del camino; grises sus troncos tallados en cilindros y coronados de verde-amarillento en sus follajes, no sé por qué, en su elegancia innata me hacían recordar aquéllas, a grupitos de niños en sus recreos, cuyos portes elegantes y gráciles, —batidas por el viento sus melenitas rubias—, se entregaran a la meditación al caer de la tarde, o, a lo que es más natural en ellos, a sus juegos inocentes.

Palmares que han crecido y que embellecen; palmares evocadores, que parecieran surgir para contar las estrellas...

¿Quiénes son? ¿Cuántos son?

A eso vamos: trataremos de identificarlos.

---

(1) Es el «palo bolilla», o llamado también «palo coco», que nace a orillas de los riachos. Es planta anual, cuya fruta comestible utiliza el indio.

La corteza del fruto es amarilla, y contiene un verdadero carozo de color negro, cuya pulpa blanca tiene un sabor agradable a maní, aunque más atenuado.

En varios pueblos pobres, lo consumen tostado y molido, como si fuera café.

Unas veces se trata y es lo más frecuente, de la «palmita» o «carandillo», cuyo tronco semicubierto de broza, abunda en el territorio; otras, es la «palmera de coco» la que nos interesa, la llamada «mbocayá» en guaraní, cuyas espinas negras, largas y lustrosas, erizan el tronco; espinas que son temidas, porque al decir de las gentes, tienen «ponzoña» y «caminan» una vez introducidas en los tejidos alcanzados.

Es el «mbocayá», una palmera tropical, indígena de nuestro continente, que existe en el país y abunda en el Paraguay y el Brasil. Produce un fruto: el coco, que a veces llega a tener el tamaño de un huevo de avestruz, o algo mayor, cuyo contenido pulposo, blanco, muy agradable al gusto, con frecuencia está parasitado por un verme que lo devora todo, y que suele ser alimento exquisito del indígena.

La cáscara de este fruto, que es dura y resistente, se la ha podido emplear como recipiente útil.

Hay otras variedades de palmeras que es necesario distinguir para clasificar: así una de ellas es la «palmera grande» o «pindó» —coco Romanzoffianum—, cuyo tronco duro y elevado, carente de espinas, se utiliza para construcciones: Viviendas campestres, empalizadas, techos, han podido referírseles, amén de las hojas que se utilizan en los ranchos...

Es el «coco Romanzoffianum» de los botánicos, además que una farinácea apreciable, poseedor de un fruto especial del que ya hemos hecho referencia. Pero eso no es todo; el «pindó» tiene otra virtud; al cogollo lo preconiza la farmacopea guaranítica como algo muy superior para el tratamiento de la diabetes, habiendo escrito el doctor Domínguez, como «rival de la insulina».

Otras, como las «copernicias australis», son tan utilizadas para construcciones, que se las prefiere. Una de ellas, la «palmera de tejas», como se la ha dado en llamar, se la utiliza no solamente para ese objeto, tan común en el Paraguay y norte argentino, sino para muchos otros, como ser empalizadas, cercos, cumbreras; para calzar pozos y cisternas, etc. Las más usadas son las de «caranday-hû» o sea negra, que, con las de «caranday pytá» y «marotí» o sea colorada y blanca, respectivamente, constituyen tres tipos semejantes, tan sólo diferentes por el color con que se las designan.

Hay que decir, que las tejas construídas con estas palmeras, duran una eternidad; sobre todo con la primera, y mucho más, si se ha tenido la precaución de untarlas con bleque u otros, que las haga impermeables al agua y al aire, y las resguarde de la acción destructora del calor y de la luz.

Las tejas para techos, así preparadas, se disponen de canto unas sobre otras; de tal manera que entre dos, cuya concavidad se muestra hacia arriba, se aplica una tercera. cubriendo las anteriores y afirmándolas, no por cemento alguno, que no necesita, y sí por pura gravitación de su peso: es decir, un techo movible.

Este techo así construído, es muy fresco e ideal para los climas tórridos, pues tiene la ventaja sobre otros, de que además de su duración, pintado, embellece el aspecto de la vivienda, aparte de que es el más económico para la región.

. . . . . .

De vez en cuando, entre los montes, aparece una laguna, de la que es difícil afirmar que se mantenga por mucho tiempo, ya que generalmente es la consecuencia de la acumulación de aguas pluviales que por una ley fatal está condenada a desaparecer a breve plazo, porque razones de clima, de terreno, de vegetación, así lo exigen.

Mas, cuando aquella fuente persiste, —que es la excepción— y se mantiene de manera permanente, aquellas aguas acumuladas se tornan algo salobres, cubriéndose en la superficie de una película oleosa, oscura y amarga, que algo denuncia (1) y de plantas acuáticas que nadan sobre ella.

---

(1) Esta substancia, encontrada también sobre la superficie de otras aguas, como las de pozo, con iguales caracteres y en terrenos donde el agua es salobre etc., motiva el que nos atrevamos a pensar sobre la existencia de petróleo.

En efecto, es oscura, oleosa, se acumula en la superficie del agua, se recorta en líneas curvas, tiene un viso multicolor, es untuosa y amarga antes que salada...

Hay más, las emanaciones de gas por infiltraciones del terreno que es de suponer, se acumulan en las zonas bajas de la atmósfera, se ha evidenciado cierta vez en un pozo que se pretendió ahondar en Pozo de Mortero (Formosa) donde perecieron dos hombres y un tercero se asfixiaba al descender.

Este hecho prueba, aparte de la existencia de gases mortíferos, que es posible que exista petróleo, ya que es bien sabido que en las profundidades del terreno hay una estrecha relación entre aquéllos y el «oro negro», y de cuya constitución química ya no se discute.

Los técnicos dirán alguna vez de qué se trata; yo no hago más que anotar y suponer.

Pero, con todo, la sed no respeta; el agua es rica; y cuando no es el ganado que husmeando se viene desde lejos en su demanda, son las fieras y las aves las obligadas concurrencistas que cotidianamente la visitan.

Aquella fuente, como de plata herrumbrada, que se la encuentra refulgente, perdida entre la espesura agreste de la selva infinita, que pinta así de vida ese panorama, muchas veces espectro de la muerte, viene a ser providencial.

Y con ella, el cenagal que la circunda, la atmósfera viciada que la satura y las acuáticas que conviviendo la purifican, son como las fuerzas en potencia de sus mejores creaciones y ahí, el llantén y el camalote, la espadaña y el junco... la hermosa victoria regia (1).

Y como para idealizar la armonía del paisaje, la cigüeña... La esbelta cigüeña, con el pescuezo extendido. las alas desplegadas y las rojas canillas, prontas para aterrizar...

(1) El «llantén» o «caá yuquí», es una acuática esponjosa, de superficie sedosa, cuyas hojas arrepolladas, nadan, terminadas por una raíz flotante sumergida en el agua. El «llantén» clarifica el agua, y es medicinal. Pedro Montenegro asegura en su «Materia Médica», que es capaz de cohibir toda suerte de hemorragias, aparte de otras aplicaciones empleadas por los indios.

El camalote, es otra acuática llamada «aguapé»; es el nenúfar, que el mismo autor de «Materia Médica», lo preconizaba para deprimir las exaltaciones sexuales.

Tiene flores compuestas, de color blanco y celeste y sus hojas son ovales.

En cuanto a la espadaña, es una acuática como el junco, parecida a la enea, y cuyas hojas tienen la forma de una espada, de un desarrollo considerable. Lo mismo se puede decir del junco, tan conocido en el litoral, y empleado para tejidos y techos de ranchos.

La victoria regia, es el «yrupé» guaranítico; fuente hermosa, a la que se le atribuye una leyenda; que vive amarrada a su raíz, en las aguas quietas, apenas desplazada por la brisa, y donde es común ver asentar el vuelo a las aves del monte.

Cual barquilla que se mece, este hermoso ejemplar es plataforma elegida de pescadoras zancudas, que así complementan el cuadro del más pintoresco paisaje.

El «quimilí», de que ya hemos hecho referencia más adelante, es un tunal de grandes pencas, que da un fruto tuna, de color amarillento y de sabor agrio, defendido por

largas espinas blancas de unos 0.12 a 0.15 centímetros, que surgen de su superficie; tunal cuyos segmentos están poblados de unas concreciones producidas por unos insectos llamados cochinilla y de donde se extrae una materia colorante que llaman «grana». Para juntar aquellas concreciones, se procede con un cuerno de vaca atado al extremo de un palo, y con el cual se raspa sobre la superficie de la penca, hasta llenarlo; hecho lo cual, se reduce a polvo en un mortero y se hace una masa. Todo esto es tan común en el norte argentino, que no es necesario que lo refiramos al indio solamente.

El producto así elaborado, es lo que ya hemos dicho, se llama grana, y que no es más que la excrecencia que forma el quermes o kermes en la penca; otras veces, y en otra parte, en la «coscoja», la cual, exprimida, produce el color rojo tan apreciado, cuya riqueza industrial y comercial huelga mencionar.

Con una cantidad de este producto, las manos hábiles preparan una solución en agua caliente hasta constituir una tintura que se la emplea para teñir telas, lanas, etc., previo mordiente de alumbre.

El «quimilí», o «quimilo» —Opuntia quimilo,— resistente ejemplar para la seca, tiene sus secretos en la montaña: y en columnas interminables cerca los predios de la zona urbana...

Hay entre la maleza, otros miles de ejemplares que sólo podrían empeñar a un Humboldt, o a un Bonpland; y así ocurre con el «mecho-ácâ», útil para las afecciones venéreas; con el «mbaracayá-pyá-pé», que puede reemplazar a un cable; con el «caáné mirí», que expulsa los vermes del intestino; con el «carachí», tan útil para tratar las quemaduras; con el «caapií catí», usado como diurético; con el «caá cambí curií», empleado como drástico; con el «calapogonium sericeum» de Hassler, que no es más que el «catú-abá»: «que hace fuerte y alarga la vida del hombre», según la creencia de cierto autor; con el «caá-piky», o «parietaria debilis», que según la farmacopea guaranítica, impide la coagulación sanguínea; con la «urtica dioica» que se usa como hemostático; con la «yerba del hurón», antiponzoñosa; con la «yacaré caá», contra las mordeduras de víboras; con el «ysypó morotí» o ipecacuana, incorporada a la terapéutica oficial; con el «caá-rurú-pé» o Broerhavia

hirsuta, preconizada por Montenegro en su libro contra los cálculos renales; con el «soliman» o colmillo de víbora, para tratar sus mordeduras; con la «chilla», para hacer fuego por el frote; con el «mío-mío», veneno del ganado; con el «caá-hen-en», técnicamente llamado Stevia revaudiana, notable planta conocida en las Misiones y en el Paraguay, por tener la virtud de dulzurar con sus hojas el té, mate o café, como si fuera azúcar; con el «caabo tyrehy», para el estómago; con el «cokotá», para las flechas; con el «tatâ yubâ», que sirve para curtir y hacer tablas para muebles; con la esbelta tipa, ya muy conocida en el país; con la totora o «chiná», como la llaman los indios, para hacer sillas; con el «pynó», que como el «andaí» y el «caá-piky», evita que se coagule la sangre; con el mastuerzo índico, medicinal y comestible; con el «iuranick», contra la saburra de la lengua; con la mimosa o sensitiva, que moviliza sus foliolos al contacto, cerrándolos; con el «manduvirá», útil para curtir, que tiene un fruto como el duraznero; con el «mboy-rembiú», con cuyas raíces cocidas con las del «caá-rurupé», disuelve los cálculos, según la experiencia guaraní; con el nepanta, que se apodera de los insectos y los digiere por medio de un apéndice tubular del extremo de sus hojas; con el «ñame», que se la emplea como alimento en varias partes de América; con una infinidad de orquídeas; con el «añangapirí caá», o «añachiuna morotí»; con la «aristoloquia rotunda», usada contra las ponzoñas; y, en fin, con una infinidad de plantas que hasta hoy escapan del conocimiento de sus virtudes y que constituyen materia de difícil resolución.

Y sobre la costa del riacho, de la cantidad de riachos que cruzan el territorio, el laurel y el sauce; un monte tupido de «varillas» y «sunchos», de juncos y camalotes, que en su firmeza, de pie los unos, o mecidos por la corriente los otros, parecieran rendir honores religiosamente, al paso de sus mansas aguas (1).

---

(1) Es ésta, el suliman o soliman que crece en los bañados; da una flor violeta y un fruto negro del tamaño de una uva grande; se dice que es muy útil para neutralizar la acción de la ponzoña de víbora, aplicándola en la mordedura.

En cuanto al llamado «suncho», denominado por otros «chilla», recordemos que se lo emplea para —por medio del «uyaquear»— conseguir fuego, según ya lo dejamos consignado. Este, es poseedor de un tronco delgado, esbelto, frágil, que se puebla escasamente de unas hojas lanceoladas, cuyas nervaduras tienen por carácter disponerse en tres principales, en toda la longitud del limbo.

Y para no quedar en el aire, como la «flor del aire», el «caábo tyreî» o «yuyo huérfano», parasitando sobre otros, como lo he visto sobre el vinal y el algarrobo, revelando en sus hojas carnosas y lozanas su buen vivir, a pesar de su desgracia solitaria (1)...

Todo un garabato infernal resulta así, este jardín cultivado por la diosa Flora; pareciera que un Dios, con la mano de un niño, se hubiera entretenido en forjar sobre el raso virgen, con el pincel de un Miguel Angel, las formas y los colores más caprichosos, las revelaciones más enigmáticas; porque líneas y rayas, más fuertes y más tenues, colores chillones y apagados; policromía, entre sombra y luz; confusión de contornos, de tonos y de armonías, vivifican aquel cuadro que nos presenta la naturaleza.

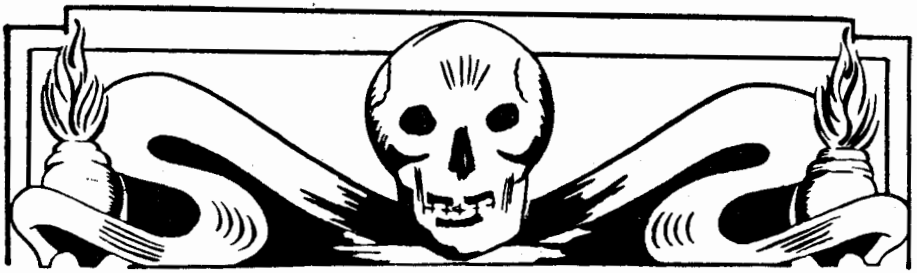
Labor imposible sería el traducir ese laberinto del medio agreste, áspero y salvaje, sahumado de fragancias exquisitas y transpirando acritud; donde el aguijón acecha a cada paso, a cada movimiento, para clavar su diente viperino; donde el polvo cernido y reseco, nimba lo creado; todo bajo un sol de fuego que calcina; imposible sería el traducir —decía—, todo ese complejo de luz y de color, multiforme, al mejor lienzo.

Y, con todo, su armonía de grandeza es sublime.

---

(1) Es el también llamado «liga» y muérdago, que parasita en otro árbol y vive de su savia. La hoja es carnosa, verde oscura, quebradiza, no fibrosa, de sabor amargo. Planta de unos 0.60 cmts. que anuda íntimamente a la rama o al tronco de su huésped, y que se la utiliza en medicina empírica.

TERCERA PARTE



LA MEDICINA

UN personaje que no falta en la tribu, es el que oficia de médico: el hechicero, «Aiawú». El es quien hace los tratamientos más asombrosos, cerrados en un empirismo a toda prueba. Sin embargo, no es general que se atienda al enfermo cuando el mal aprieta y se rehuya ante la impotencia de las artimañas empleadas, por temor al contagio.

Los herboristas, que también ejercen el comercio de pieles, pájaros, tejidos y plumas, suelen llegar a las poblaciones civiles, cargados de maderos, de yerbas, de raíces medicinales con destino a la venta, que fulano o zutano le encargó. Y cuando no es el cura, o el comisario de la aldea, es el juez, el vecino o la vecina, que en su demanda, estimulan ese curanderismo castigado por la ley y que ha hecho del indio un consultor, que le traerá «cola de caballo» o «doradilla», yerbas diuréticas que gozan de fama, cuando no «palo santo» y otras maderas, cortezas y raíces e infinidad de yuyos bien conocidos por sus ciencias ocultas, como por la farmacopea guaranítica, llegando a veces a constituir algunos de aquellos ejemplares, algo así como una panacea para mitigar el dolor y «curar los males» más diversos.

De esta manera, los que hemos estudiado, quedamos insignificantes ante el esplendor que surge de aquellos conocimientos empíricos que tienen de las plantas y de sus aplicaciones para calmar los males, según el criterio de algunos. Conocimientos algo digno de los pastóforos o de los asclepíades de la edad antigua que, recibidos por herencia de sus mayores han mejorado quizás por la práctica en sus manos expertas, a través del tiempo (1).

(1) Cierta vez en Méjico, un indio incitó al gran Humboldt, a llevarse un yuyo que le brindó, a la nariz, para que lo oliera; el sabio al complacer a aquél, experimentó de súbito una hemorragia que llamaríamos epixtasis; a raíz de ello dice la leyenda, el indio sin conturbarse, con otro, bien pronto cohibió la hemorragia, ante su admiración. Preguntado por el sabio alemán, sobre el nombre de aquel yuyo, el natural le respondió que no podía revelarle el secreto.

De ello puede ser documento fehaciente la «Materia Médica Misionera», escrita por el protomédico jesuíta Pedro Montenegro el año 1710, y en la que se consigna el estudio de 141 plantas, con sus virtudes medicinales, muchas de las cuales fueron inspiradas por el genio guaraní, entre otros, que como en otras cosas, fué sobresaliente.

El hecho de que anduvieran desnudos, a la intemperie, hizo que la piel se curtiera en ellos por la acción del sol, del calor, del viento, con el agua, con el frío; pero todo esto no fué suficiente para que se sustrajeran a las picaduras de los insectos, de los mosquitos en particular, con el agravante del insomnio que acarrea, y el indio se ingenió para contrarrestar todo esto; y quien sabe cuándo, a un primer paciente, se le ocurrió un día la feliz idea de untarse todo el cuerpo con grasa de «surí» o de «mañick», como llaman al avestruz, o con la de «huahate» o de «ñiack», como nombran al pescado, mezclada con otros ingredientes consistentes en resinas de las más diversas plantas; acaso con las del oloroso «cosakait».

Y el indio así deambula hediondo...

Parasitado por los piques (1), actuaría de mediocre cirujano, extrayendo las bolsitas engastadas en los engrosamientos epidérmicos de los pies; y atormentado por los pruritos de las dermatosis, con pomadas a base de grasas y polvos de cantáridas, como para el tratamiento de la pelada...

Las úlceras incoercibles de la lepra, tendrían también su tratamiento especial (2), como las de la tuberculosis y de la sífilis, de la leishmaniosis y de las más diversas dermatomicosis que absorberían su atención, y con grasas fosforadas como las que llaman almizcle de yacaré, restaña-

Indio atacado de «Mal de Lázaro»

(1) Es la «nigua»: insecto americano muy parecido a la pulga, que se introduce en la epidermis engrosada de los pies, donde pone pequeños huevos de color amarillo.

(2) Aparte de otros, Bonpland trataba el «mal de Lázaro», o sea la lepra, según dice la crónica, con una planta hechicera: el «ybyrá payé» o sea el «myrocarpus frondosus» de los botánicos, con óptimos resultados.

rían aquéllas, como pudiera ser la de una repulsiva lepra.

Y así en otros casos; infinidad de yerbas, de infusiones y pociones, de una «lista» interminable, echarían mano, como bien se conoce del pueblo guaraní.

Hasta las intervenciones quirúrgicas, —ya hemos dicho—, han podido imputárseles; no otra cosa son las sangrías que acostumbran a practicar, cuando congestionados los miembros por las enormes marchas, se hallan cansados. En estos casos de emergencia, el médico: «aiawú», sin más trámites, practica unas incisiones sobre la piel de ambas piernas y a las que deja sangrar; entonces, la descongestión se hace y el descanso es consiguiente, no preocupándose más, ni del bacilo de Nicolaier siquiera, que a otros le acarrearía un tétano, a buen seguro.

Otras veces, como en las picaduras ponzoñosas, a las incisiones le sigue la práctica de la succión, previo masticado de tabaco o sin él y a manera de ventosa escarificada. Es frecuente que procedan así con las mordeduras de víbora (1), y sin escarificar, con los abscesos, las tumoraciones, etc., como lo he podido comprobar en un indio que se negó a ser intervenido por mí y al que afectaba un tumor péndulo en la región sub-maxilar.

Luego emplean otros procedimientos como ser: cataplasmas de barro, de hojas, de raíces y semillas, con grasa o sin ella, con resinas o no, con polvos de valvas, para las más variadas afecciones, cuya aplicación, porque Dios es grande, cura a veces los males sin complicaciones lamentables

Pero más que todo, el hechicero emplea la sugestión. Todo lo hace cantando, bufando y haciendo gesticulaciones con el rostro y actitudes con los miembros. La medicina indígena debe de estudiarse todavía; está envuelta en la bruma de un egoísmo concentrado de que Hermes es guardián.

---

(1) Las víboras ponzoñosas que he podido conocer en los chacos argentino y paraguayo son:

La cascabel, que es la crótalo de los estudiosos o «mboi-chiní» guaraní; la del coral o «elaps frontalis», de los mismos o «mboi chumbé»; la yarará, que es la «lachesis alternatus» de los científicos; la de «la cruz» o «lachesis neu wiedii», que se conoce también con el nombre de «kyryry-ó» y que hemos bautizado con el de: «mboi curuzú acá», cuya traducción castellana es la de: víbora, cruz, cabeza; por fin la denominada «ñandurié», que es más bien pequeña y de vientre rojizo.

De otros vipéridos carentes de ponzoña, nos hemos de ocupar en capítulo aparte, dado lo interesante de su vivir y de la acción profiláctica que desempeñan.

Hay en las plantas como una irradiación sapiente de sus virtudes, en la mente del indio; sobre todo si se trata del indio viejo, en que la experiencia de la vida, corre de manera pareja a sus conocimientos.

Por eso es que ellos tienen un concepto distinto de los ejemplares que los circundan, de cada uno de aquellos que le han visto nacer, crecer y terminar, y aprovechan la influencia de la tradición en sus necesidades de emergencia; y así, ellos saben, de cada palo, de cada hoja, de cada fruto...

Por eso que, no es de extrañar, que entre otros pueblos indígenas, los antiguos guaraníes, conocieran la virtud de la quina, para contrarrestar las fiebres; del «pindó» para tratar la diabetes, usando sus cogollos; del «molle», para actuar contra el reumatismo; del «mboy-rembiú» con el «caá-rurupé», contra el mal de piedra; del «catú-abá», para fortalecer al débil y al anciano; del «carachí», para usar en las quemaduras; de la «canchalagua», como antivenenoso; del «capií-catí», contra la anuria; del «pynó», contra el coágulo; del «caá-yuquí», contra las hemorragias; del «caá-cambí-curi-í», contra la constipación intestinal, y así, sería interminable...

El hecho es que, si a sus conocimientos llevados a la práctica les negáramos bondades, que es de presumir que tengan, seríamos injustos, pero siempre, es claro, con el reparo lógico que es dable...

Uno de los accidentes a que con frecuencia se expone el indio, son las picaduras y mordeduras ponzoñosas; la cantidad y variedad de víboras y arañas, de escuerzos y escorpiones, de insectos varios, hace, como es de suponer, que estos menudeen; y para todos ellos —adviértalo el lector— tienen sus drogas en la farmacia de la selva...

Así es que para las ponzoñas, toda la población autóctona del norte argentino, como la de los países vecinos, tienen, con nombres que varían con la variación de la lengua que hablan, infinidad de vegetales tan ricos en virtudes curativas, como son los que para estos casos cito a continuación, en idioma guaraní: el «caápi-í iropitá», llamado en Chile «canchalagua», el «capí-i-catí», el «carachí», el «tupací-yetí», el «yacaré-caá». la «ita-rata», el «taropé», el «soliman», el «mocaguá ysypó», el «zuinandí»...

Hagamos notar de paso, cómo surge de sus mentes obcecadas las supersticiones que en este caso tienen una repercusión favorable para la raza. Por ellas, consideran a las mordeduras o picaduras venenosas, inferidas por estos agentes que tratamos, como castigo de Dios, cuando ha habido estupro o contacto carnal de primero o segundo grado. Y esto influye, como es claro, para que la consanguinidad no exista en la tribu.

Habíamos quedado de considerar otros vipéridos, los que teniendo un interés particular por el hecho de ejercer una acción profiláctica —diremos— y carecer de veneno, son de un valor inestimable para el hombre.

Y en efecto; algunos de estos ejemplares tienen por costumbre, —como es sabido—, de devorar a sus congéneres poseedores de veneno, por lo que el Departamento Nacional de Higiene les ha dado «carta blanca» como premio de esta acción ofidicida, asegurándoles la libertad por un decreto.

Estos agentes carentes de ponzoña y por lo tanto de peligro para las personas, que gozan de prerrogativas estatales en varios países, son todos los reptiles que se conocen por culebras y que hay que distinguirlos de las víboras y de las serpientes, que son venenosas en mayor o menor grado, según la clase, el clima, el sexo, la estación, el estado de inanición.

Ellas son: la «ñandurié hú» y no la overa, de vientre colorado, que es más pequeña y muy ponzoñosa; la «ñuasó», que como la «curiyú», especie de boa trepadora, ataca a los pollitos, a los pájaros y come los huevos; la «ñaca-niná» negra o «hú», que tiene por costumbre atacar a las personas y a los animales, hasta hacerles correr; lo mismo que la «ñacaniná say-yú» o amarilla; luego la «mboi roy», la «mboi yaguá»; mas no así la «mboi pemí», la «mboi pé say-yú», que poseyendo glándulas de veneno, carecen de dientes perforados y son peligrosas, como la «mboi jhobí» o víbora azul, que posee una «flecha» en la cola y ataca a los pajarillos en los nidos.

LA SARNA DEL QUEBRACHO

Algo de leyenda y de verdad hay en lo que se ha dado en llamar «sarna del quebracho», pero que en realidad no es tan sólo del quebracho, ya que otras plantas también la transmiten a determinadas personas a quienes «aborrecen», según los sugestivos prejuicios de los hacheros, mas sin saber por qué. El «urundel» sería uno de los malignos, en este sentido.

Esta famosa «sarna» de que es común que nos la cuenten los hacheros, con toda naturalidad, —sean ellos criollos o indios— por sus maneras de explicar, nos mueven a que la consideremos con parsimonia, con ironía y escepticismo. Producto de los obrajes, digamos, revelada por hacheros que viven bestializados en el trabajo bruto ¿qué viso de verdad les podrá asistir? A eso vamos. Había sentido ya comentar sobre el tópico varias veces, pero hasta ahí, no pasó.

Un día, de los tantos, en que viajaba a través del territorio, desde Charaday hasta la capital del Chaco, me tocó ir acompañado por un criollo correntino, cuyas manos, antebrazos y piernas, cubría con sendos trapos sucios, impregnados por fétidas secreciones, empolvadas, que era de admirar cómo atraía las moscas, tan audaces e inquietas, que en su porfía ya impacientaban.

Aquel criollo, así maniatado en su fingida compostura, me mira con intención; y así me atrevo a hablarle con pausa. Requiérole entonces, sobre la causa de su mal, mientras puedo notar que también el rostro, el cuello y parte del pecho estaban rubicundos; descamada la piel y todo, tostado por el sol.

El hombre me contesta reeditándome lo que ya conocía de oídas; mas, con prudencia le asiento algunas afirmaciones no carentes de verdad, pero mal interpretadas, que ha dejado sedimentar en su conciencia.

¿De qué sufría aquel «amigo» accidental, compañero de viaje? Es cosa que entro a referir.

Pues ya me había dicho: de la «sarna del quebracho». El quebracho le había aborrecido desde que le vió; no le había caído en gracia su persona; y esto, cuanto más explicable, yo sugería, cuando él era el ejecutor activo de su muer-

te. Y en su malhumor, aquel gigante de la selva milenaria, en un postrer suspiro que en quejumbrosa caída exhalara, le había transmitido la «sarna», en su conjuro...

Me aborreció el quebracho, —me decía,— reiteradamente, y enseñándome, trabajoso, sus lesiones cáusticas de manos, antebrazos y piernas, con el objeto de que las viera «bien» y le recomendara un tratamiento, sabedor ya de mi profesión, acomodaba las vendas inmundas y hediondas, que solamente yo y él podíamos soportar. Todo en una atmósfera de polvo y de humo, coloreada por la luz y caldeada por la canícula. Y, en efecto, la «sarna del quebracho» le había mordido con rabia.

¿Qué podrá ser? yo me preguntaba antes de haber visto aquellas lesiones extensas, ya ulceradas; y suponía lo que otros colegas hubieran supuesto: una verdadera sarna retransmitida por contacto, entre el paciente y su víctima previamente infestada por el parásito específico, que algún lobo, perro o zorro sarnoso, apremiado por el prurito que le ocasionara, le hubiera transmitido, al rascarse sobre el tronco.

Mas, después que ví, otras fueron mis presunciones; expliquéme las cosas en otra forma, cuyas causas son las que mantengo y que a renglón seguido expongo, antes bien, que a riesgo de equivocarme, pero que no pueden menos que aceptarse, tan encuadrados están en el marco de la lógica.

Cuando un hachero trabaja, que es de suponer, siempre a la sombra, bajo el follaje del árbol que tala, lo hace arremangado hasta los brazos y rodillas, generalmente descalzo, y no es extraño que hasta semidesnudo. Los árboles víctimas de su mortífera hacha, generalmente se los elige en los obrajes: o para leña fuerte, o para extraer tanino, que sabemos de tan rica producción es el quebracho, entre otros.

Aquellos hombres acometedores y estos ejemplares indefensos, se ponen frente a frente; y ante la fuerza fatal y el sudor que se destila, se opone el estremecimiento de la fibra y el dolor que grita. Y en medio de ambos, el filo del hacha.

Las heridas abiertas, tienen entonces su modo de sangrar y las esencias y principios volátiles del tanino, en cáusticos efluvios, su manera de actuar. Y bien pronto se ve

manifestado en sus consecuencias, que entre otras que escapan a nuestra observación, son evidentes en la epidermis desnuda, a veces menos resistente del desprevenido hachero. Por eso es, que unos más que otros, sufren estas lesiones y a los que se les atribuye maliciosamente lo que es inocente: el gozar del triste patrimonio de recibir las iras del quebracho.

Esta sería para mí la verdadera explicación de la dermatosis, el verdadero origen de la «sarna del quebracho». Y así se lo expresé a aquél.

Pero ya que hablamos de una semileyenda, permítanos el lector que continuemos narrando, cómo se curan estas pobres gentes de los obrajes la malhadada lesión; cómo en su ingenuidad, proceden.

Me decía una curandera, cierta vez, contestando a mi pregunta: «De la manera más sencilla». «Hay que untarse las lesiones con las cenizas del mismo palo y con grasa de animales silvestres, como con la de «surí» por ejemplo; atar luego, —proseguía—, al tronco del ejemplar ofendido, en su raíz, una tira roja». Hecho lo cual, había que retirarse con cautela, «sin mirar para atrás». Y terminaba satisfecha, después de su larga como interesante conversación, convencida de haberme enseñado.

Al referir esto, viene a mi mente el recuerdo de nuestro malogrado profesor de terapéutica, que nos decía, cierta vez, cosas muy conocidas por cierto, pero que no está por demás citarlas: que para actuar contra la acción de los ácidos, había que oponerle los alcalinos y a la inversa; y que para tratar las quemaduras, se debían emplear elementos oleosos y nunca el agua.

Aquellas lesiones de mi «amigo», que eran verdaderas quemaduras de segundo grado, producidas quizás por la acción cáustica del ácido tánico, si no me equivoco, debían, pues, tratarse con alcalinos, y con elementos oleosos. Y así apruebo y me explico, qué éxito podrían obtener los que así procedían, empíricamente, contra la famosa «sarna del quebracho», con cenizas y con grasa, que no son, sino, aquellos mismos elementos preconizados por mi sabio profesor.

Por eso es que, aquel compañero de viaje, aquejado por la «sarna de quebracho», a estas horas de escribir, estará curado de su mítica sarcoptosis.

EL ENFERMO

El ahuyentar el espíritu del mal que aun es práctica entre los indios, cuando alguno de ellos está enfermo, sería la primera y la última medida de la tribu; eso, si no es lo permanente.

El canto y el movimiento que circunda al lecho en tales circunstancias, es continuo, a veces día y noche, con un acento grave y de vez en cuando explosivo, acompañado de ademanes y gesticulaciones que suelen infundir pánico a las personas ajenas que lo oyen o lo ven.

El enfermo postrado, de semblante revelador; pálido, demacrado, anhelante, —se me ocurre, de pulso frecuente e hipotenso—, bajo el toldo unas veces o la ramazón, otras; arropado en demasía, hasta la sofocación, con un poncho grueso, sucio y amplio que hace de pantalla aisladora de los males; purgando el calor de su fiebre y el dolor de su sensibilidad, asiste extasiado al monótono rum-rum que apenas alcanza a percibir, deprimido por la debilidad, a pesar de las voces dirigidas de una agudeza continuada, emitidas por el «aiawú» o hechicero, con el concurso infaltable de toda la indiada.

Después de las sangrías, de las unciones, de las bebidas prodigadas, —según sea el caso—, el hechicero se ufana por salvar al paciente; pero, si a pesar de todo no logra su intento, si no entrevé el éxito inmediato: la salvación del enfermo, su desazón no es poca; y en algunos casos, consecuente con la tribu, le abandona; y prendiendo fuego a la toldería, acelerados se van en el silencio de la noche, de aquella triste noche de infortunio, «no vaya a ser que el ser invisible que juega con su destino: «Dalematá» les posea».

Esto es tanto más común que lo hagan, en los casos epidémicos de viruela, a la que tienen un horror pánico, porque siendo contagiosa, presienten la gravedad del momento y como digo, sin más trámite le abandonan a su suerte y huyen [1]...

(1) Dejemos anotado de paso, que esta pobre gente, aun las concentradas en las reducciones, carecen de la atención médica y farmacéutica necesaria, la que si bien es lógico, no podría ser impartida a las tribus que medran a su capricho, no es aceptable que así ocurra con las que asociadas por centenas, hoy constituyen poblaciones en franco progreso de civilidad, y que están bajo la tutela del gobierno nacional, de misiones religiosas y aun de empresas particulares.

Si el enfermo sobrevive a su desgracia, en convalecencia se vale de sus propias fuerzas para alejarse de aquel lugar maldito que no poblará más. Mas, si sus fuerzas flaquean, quedará en lo intrincado del camino, víctima de su debilidad o como presa fácil de una fiera, cumpliéndose así el sino fatal de su vida, tal vez presagiado por alguna sibila o por el pájaro misterioso que llora en el monte...

He visto cierta vez a la distancia, iluminar la noche una fogata, y aquel espectáculo majestuoso que trasuntaba el incendio de la antigua Roma a impulsos de caprichos pirománicos, colorar la oscuridad y poblar el silencio con notas inarmónicas de formas y de sonidos, percibidos por los oídos y la vista, y adquirir en su furor, proporciones colosales, que ni el pincel ni la pluma podrían traducir.

Era aquéllo una toldería incendiada, cual la Roma de Nerón, cuyas llamas, avanzando el monte, no tendían sino a extenderse cada vez más, estimuladas por la brisa, que en desesperante indiferencia, corría tibia y cargada de humo; toldería estremecida por la llama, animada por la mano incendiaria de una sílfide que, para darse placer, quizás pondría un vórtice a la obra de destrucción para que fuera más completa y así se cumpliera mejor el designio a que había sido sometida; toldería en desgracia, recién abandonada, que había sido visitada por el espíritu maléfico de un «Dalematá».

En aquella lumbranada, en que todo estaba tocado de color de fuego y de carbón, veíanse correr despavoridas las bestias aturdidas en diferentes direcciones, así como las aves alucinadas que, en vuelos desmayantes, no acertaban a trasponer la luz para salvarse de una muerte segura.

El rumor, entre el calor sofocante y el humo denso de la vegetación desesperada y quejumbrosa, abrazada entre lenguas de fuego, que parecían incitadas a no saciarse, buscando de tragar el espacio, hacían más lúgubre aquel cuadro espantoso, aquel infierno indescriptible, aquel que, en días más, transfigurando su fisonomía de tétrico a conmovedor, sintetizaría, en campo suave, blanqueado de cenizas, bajo un cielo de celeste indiferencia, y todo, dorado por el sol...

Era aquello, el epílogo de una lucha, librada entre el indio supersticioso y el espíritu del mal.

LA MUERTE

A veces el indio llega a una edad provecta que él ignora, según nuestra cronología, pues entiendo que ellos cuentan el tiempo por lunaciones o primaveras, cuando no hablan de soles.

Así suele verse indios momias, de ojos vivaces a pesar de todo, que aun respiran entre la tribu y a los que es difícil adivinar su edad.

«Lecomenas» hay, que viven rodeadas de cariño, que constituyen algo así como un símbolo de majestad de la raza; que viven bajo el peso de largos años, entre dolores y lloriqueos; y que en su impotencia física, ya no constituyen más que un armazón de huesos cubierto de apergaminada piel, animada tan sólo por un alma infantil.

Pero si todo esto no es de extrañar que ocurra, otras veces no sucede así; y aquí viene lo increíble, lo espasmódico; me refiero a la eutanasia, aquel procedimiento tan discutido en los círculos científicos, de entre otros países, en Inglaterra, y del que no hemos de entrar a discutir si conviene, o no. Otras veces —decía— en tratándose de viejos, se los ultima «porque ya no sirviendo más» —dicen— muy sueltos de cuerpo. Así lo declararon cierta vez unos indígenas delincuentes, ante la justicia letrada, cuando enjuiciados por un crimen cometido en Las Palmas, se le sorprendió a un indio, despedazando el cuerpo de otro con un hacha, con el fin de reducirlo a pedazos y echarlo al fuego, para que se consumiera más pronto.

Y esto, ellos quisieron explicarlo luego, que no lo hacían de malvados, sino procediendo de acuerdo con un concepto natural que tienen de la vida.

Así, suele acontecer, que cuando un «yagaikí» o «graina», como llaman los tobas, o también «catelo» o «catela», como nombran los «mochos», a los viejos de ambos sexos, respectivamente, —se encuentra postrado e impotente para la acción de vivir—, ciertos indios, de común acuerdo, no es extraño que se decidan a practicar la eutanasia como

cosa muy natural y complementaria de aquel vivir cuasi imposible, lleno de penas y dolores; de la misma manera con que proceden otros pueblos salvajes.

Si mal no recuerdo, los lapones ahorcan a la que ha de ser su víctima, después de recibir sus bendiciones. Pero aquí no, la cosa cambia; bien que los hechos no sean tan frecuentes o por lo menos, pasen ignorados.

Y de qué manera es este cambio. Veamos:

Uno o varios de los victimarios, de pie y con soltura, camina o salta sobre el cuerpo caído del anciano, pugnando de tal suerte para hacer presión, hasta que: ¡crac! se rompan las costillas y si es posible el raquis en toda su extensión; luego, hecho lo cual, esperan la muerte, la que si no sobreviene rápidamente, sin más trámite inhuman los despojos palpitantes o los incineran.

Una vez, entre el monte cercano a Resistencia, un poblador llevado por la curiosidad que le provocaba el ladrar continuo de un perro, se acercó al lugar, y ¡cuál no sería su sorpresa, al descubrír entre la ramazón umbría, la cabeza de una anciana que emergiendo de la superficie removida. quejumbrosa, en desesperados movimientos se debatía por liberarse de su entierro!...

Por los rastros, era de presumir que hacía horas se había consumado la salvaje inhumación.

Exhumada que fué, pudo constatarse luego, el procedimiento que en este caso se había frustrado, pues la infeliz anciana había sobrevivido a su martirio.

Pero todos estos hechos, no son los más frecuentes y si los cito, es para consignar el estado de alma que pueden manifestar ciertas tribus salvajes que aun no han recibido la influencia del progreso, y en las que domina por atavismo. una sensibilidad remota.

Cuando el indio muere, se le entierra en un pozo hasta la cabeza y de pie. Una pira de leña le corona luego, a la que prenden fuego; y cuando todo arde y queda semicarbonizado el cuerpo, los objetos que usó en vida le acompañan en la muerte, a veces, hasta con alimentos.

Pero no siempre ocurre así; otras veces, las cosas son de otra manera; antes de proceder a la cremación, cuentan doce soles de intervalo, es decir, a partir desde el día del fallecimiento, pues hay la esperanza todavía de que «Onagait», espíritu del bien, haga el milagro de la resurrección, al cabo de los cuales, si aquél se ha mostrado indiferente, entonces sí, suspendido por una cuerda el cadáver en una rama, putrefacto ya y envuelto en una atmósfera mefítica, rodeado de leña y de hojarasca, le prenden fuego a ese término.

Y aquí, como en el caso anterior, cuando todo empieza a arder y a chisporrotear la grasa, desprendiendo una humareda negra, densa y olorosa, que en cierto modo neutraliza la fetidez del ambiente, todos los presentes se entregan a un simulacro salvaje de pelea.

Es de ver: con los puños crispados y haciendo gesticulaciones de combate; con expresiones sonoras que terminan en ruidos explosivos, pronunciados con la boca y las narices, la indiada se entrega bullanguera a conjurar los espíritus invisibles, a los que atribuyen sus males, con el fin de ahuyentarlos...

¡Qué espantosa resulta así aquella ceremonia!

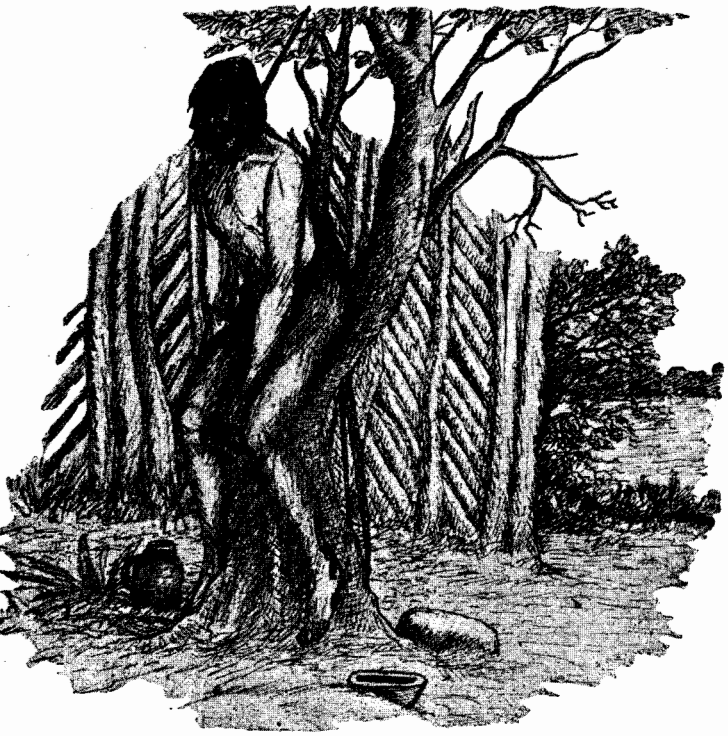
Mas, no se procede así, cuando se trata de un cacique, de un futuro héroe de la gesta...

Sus exequias son algo diferentes, —salvándose por lo menos de las llamas—, y el llanto de la tribu contrita, le acompaña sonora, balbuciendo bendiciones y mascullando recuerdos de su acción en la vida, como póstumo homenaje...

Entonces, suspendido por el cuello a la rama de un árbol elegido, y sentado en cierto modo cabalgando sobre el tronco accidentado, así lo dejan descansar, rodeándole luego de las armas que usó en vida, de cacharros y utensilios, sin que falte el alimento, el agua y hasta el fuego, ya «que puede serle útil en el viaje eterno»... Todo, cercado por un «quincho» de simbol, esmeradamente entretejido, y con el fin de resguardarle de la introducción profana de un hambriento.

A raíz de este acontecimiento fúnebre, conmovedor desde luego, a la «leñuá» del cacique, —una de las tantas mujeres que es común posea—, se la somete entonces a de-

terminadas pruebas, como sería una la del encierro, en pro de su purificación, cosa que se cumple de manera ritual y de lo que no estoy suficientemente informado.



Exequias de un cacique

Aquel lugar del «habiat», será en adelante rincón de recogimiento, fuente de inspiración de sus direcciones futuras; y bajo el «piguin» que los cubre y del «katená» que les da lumbre y calor, aquella «aleguá» les ha de prodigar todos sus frutos, bajo su advocación.

Luego, al ser querido, al cacique inmortal, que desde entonces ha de vivir en el recuerdo, adentrado en el corazón de la tribu, se le han de elevar todas las preces para que les conceda su gracia desde el cielo...

El «habiat», es el monte; «piguin», cielo; «Katená», sol; «aleguá», tierra.

LA DECADENCIA DE UN PUEBLO

El «guaycurú», como se llama en guaraní al indio, es un ser trabajador pero inconstante, fuerte cuando está nutrido, languidece por el hambre y el alcoholismo, y en ciertas regiones, por la cocainomanía; factores éstos, que como es natural, le predisponen para que la tuberculosis haga sus estragos y relativamente joven sucumba.

Es muy sabido además, que esta población autóctona está mordida por el paludismo endémico, sobre todo en el norte argentino, y por la verminosis, que llega a ser general, no tan sólo en el indígena, sí que también en la población civil; verminosis de tipo ankylostoma (1), que transpone la frontera para hacer su obra en países vecinos.

Si a ello hemos de agregar otras afecciones como la viruela y la gripe, conjuntivitis granulosa, la tricoficia, el asma, habremos llegado a completar el cuadro de la patología regional (2), ensombrecido por el analfabetismo, que es otro factor de decadencia.

A estos motivos de decadencia física e intelectual, si se quiere, se agrega en el indígena la de su especial psicología, que hace para que vaya en continuo retroceso.

En las cosechas de algodón por ejemplo, el indio trabaja unos días con verdadero entusiasmo, mas, dueño de unos pesos, parece que le «pesaran» y en masa deserta porque: «ya estando cansado» —dicen— y... linyera al hombro.

Y para el mayor de sus males, luego, al primer comercio que llegan, faltos del sentido de ahorro, despilfarran sus ganancias de varios días en pocos segundos, en lo que más les agrada; eso, aparte de las copas de interminables libaciones con que celebran sus descansos.

---

(1) En realidad, más que «ankylostoma duodenale» que, como es sabido produce la «clorosis de los mineros» en los países de Europa, requiriendo: bumedad, oscuridad y calor, es el necator americano el causante de la «uncinariosis» el que predomina en el Paraguay, Corrientes y otros, —según lo hemos podido constatar con otros colegas—; y eso, a pesar de la opinión un poco contradictoria de la misión de Rockefeller.

(2) La lepra y la leishmaniosis; las dermatomicosis parasitarias y las parasitosis de otra naturaleza; la sífilis y las afecciones venéreas, aparecen tamhién en el indígena, pero transmitidas estas últimas, quizás por el «hombre civilizado» o «sifilizado» como dijera cierto ilustre autor francés.

Y así mareados, es claro que se expongan más fácilmente a la miserable explotación de que son víctimas una y mil veces; tanto, que conozco el caso fidedigno que entro a relatar, con verdadero pesar.

Habiendo llamado la atención a un indio, un dentífrico que se exponía tras la vidriera de un escaparate en un comercio local, preguntó al dueño, picado por la curiosidad: ¿de qué era eso?, ¿para qué servía?

A lo que el comerciante, poco escrupuloso, no se dejó esperar y en el acto le respondió, con seriedad fingida: «que era para ponerse en los bigotes y las cejas»...

E «ipso facto», la compra estaba hecha por el precio que se le pidió; total, el dinero le pesaba.

Y sin conturbarse, luego, ya en sus manos el ingrediente, a unos y a otros de los compañeros presentes les enseñó su contenido, y en rueda silente, lo olieron, lo gustaron, lo apreciaron, para terminar por untarse todos, satisfechos de la compra, los bigotes y las cejas, con el mayor aplomo, como buenos comunistas que son...

Esto demuestra, con qué facilidad se les explota a esta pobre gente y cómo circulan rápido los haberes de sus manos, que pareciera que el dinero les estorbara en los bolsillos. Y en efecto, parece ser así, porque esto es ya costumbre general entre ellos.

Muchos otros ejemplos podrían darse por el estilo, ocurridos a gentes de esta raza que decae, que desaparece paulatinamente de nuestro suelo en plano inclinado, pero para muestra, esto basta.

Pero veamos otro aspecto del comportamiento del indígena: Por aquella deserción en masa de las chacras, antes referida, es claro que los colonos ya no quieren exponer sus cosechas; unas veces por no ceder a sus caprichos, y otras, a la pérdida que le significa la costumbre que tienen estos indios, de comer el capullo de algodón en cierne.

Por eso es que se empieza por no desearles como cosecheros; pero ocurre, que a veces, no hay más remedio que emplearles, ante la urgencia de levantar la cosecha y la escasez de brazos.

En lo que se relaciona con la estancia, su empleo es tan reducido, que puede decirse que llega a ser nulo, dado el carácter de esta industria y de la idiosincrasia del indígena. Si alguna vez uno se conchaba, es de seguro que ha

de concurrir toda la tribu a que pertenece al «puesto», que en su holgazanería y parasitismo, acabará por indisponer al patrón, quien terminará por echarles, más que por otra cosa, por rateros.

Nada podrá confiársele en serio a un indio, por su irresponsabilidad y por su tara de mañas que le hacen incurable, sobre todo si se trata de adultos; y esta situación que ellos la perciben, muchas veces hace que, reaccionando, con sorna eleven sus protestas, aunque no siempre sea así.

Por eso es que les acompaña su suerte.

En los ingenios, en los obrajes, en las fábricas, donde es común que trabaje, que al indio se le explote de la manera más cabal, ya no es misterio para nadie, y menos, el de que se le pague con vales y se le obligue a trocar aquéllos en sus almacenes, por mercaderías útiles e inútiles, como ser ropa, azúcar, yerba, galleta, alcoholes, tabaco, coca, amén de los precios subidos.

De manera que para nada interviene el dinero; y si bien es cierto que en algunas partes se le paga el salario estipulado, en la mayoría continúan con el procedimiento de antaño, es decir, el de pagarles con vales y piltrafas.

A veces esto raya en lo increíble; y es tan cierto, que si por cualquier «falta», el indio se encona o es meritorio de una sanción por aquella falta, se le despide así nomás «a talón suelto», con una prenda de vestir encima, si la ha querido aceptar y hasta sin ella y con una paliza, en pago de su trabajo. Y después que se vaya a buscar justicia...

Muchos sonríen cuando uno condena estos hechos abominables; y contestan: ¿y para qué quieren dinero los indios si lo han de malgastar en los boliches?

A esos moralistas cuidadores de los vicios ajenos, habría que contestarles: ¿y para qué lo necesitan ustedes, si todo no lo han de aprovechar bien? por no decirles otra cosa.

Hay que convenir, que el indio es una fuerza en potencia, que se debe saber aprovechar humanamente, adaptado como está a este clima, a este medio, en que difícilmente es reemplazado por otros brazos del trabajo humano, sin esa previa adaptación.

Por eso, que es deber de patriotismo estimularles, procurando enderezar su tendencia selvática; destorcer lo que consideramos estar torcido, con el ejemplo, con el cariño, con la instrucción.

Pero, no.

El indio languidece entre los montes, en sus tolderías, o agrupados en las colonias misioneras donde, aparte de esclavo, puede ser parásito; y si es verdad que en algunos de estos centros, los esfuerzos de sus direcciones no son pocos, como en las de Tacá-aglé, Nueva Pompeya, San Francisco Laishí, La Chaqueña, Bartolomé de las Casas, Napalpí, etc., en donde más o menos son satisfactorios los progresos del indígena; en su indolencia, poco es lo que se vé relativo a su regeneración. No asoma nítida la aurora de su porvenir, por lo menos a nuestra vista.

Es el mismo de hace siglos, arruinado, sin siquiera el valor.

Es cierto que hay progresos evidentes en algunas concentraciones, tanto en el orden moral como en el intelectual y físico; es cierto también que en la colonia Napalpí, se ha llegado a reducir más de 2.000 indios, agregando otros 500 que viven a sus designios, y en donde se han dedicado a la agricultura con buenos resultados, habiendo sembrado el año pasado unas 200 hectáreas de algodón, aparte de hortalizas, tubérculos y cereales; que en la colonia oficial «Bartolomé de las Casas», se ha montado un aserradero de $ 70.000 con el fin de mejorar las aptitudes del indígena en todo sentido, ya sea en el manual como en el intelectual, merced a una buena dirección; que en la misión inglesa «La Chaqueña», la organización es tal, que en su elevación cultural, los indígenas ocupan cargos públicos oficiales, como los de: juez, comisario, municipales, escribientes, aparte del adelanto material que caracteriza la colonia; que en las misiones católicas de «San Francisco Laishí», a 90 kilómetros al sud-oeste de Formosa, la colonización organizada en agrícola y ganadera, hace un centro industrial de primer orden, poseyendo también como otras, un aserradero mecánico que da trabajo a un centenar de hombres, que en sus disciplinas, se hacen útiles en estas regiones, en donde otros habrían de aclimatarse previamente para poder vivir; que en las misiones de «Nueva Pompeya», sobre el Salado, y la de «Tacá-aglé», sobre el Pilcomayo, llenan cumplidamente su misión. Pero también es cierto, que en el reverso de esa medalla de oro, está la ganga de barro, está lo que no reluce, lo que hay que pulir...

Por eso es que el indio en esas colonias, también suele ser esclavo y parásito, muchas veces explotado y sin jus-

ticia; tantas veces sin educación, ni instrucción, mal tratado...

Y es natural que así tengan que desertar; y luego —con pesar lo digo—, por miles, vagar en los montes, sobre los riachos, en la condición de eternos parias, como ejércitos de espectros, con la guadaña al hombro, rumbo a la muerte...

Desde mediados del siglo XVIII, época de la expulsión de los jesuítas de las misiones paraguayas: año de 1767 hasta el presente, la inclinación del indígena a su estado primitivo, ha ido en aumento, a medida que disminuía en número su población.

Aquellos misioneros de la cruz de la ilustre España, cuya influencia gobernó el Paraguay por muchos años, ingresados al país en 1610 por requerimiento expreso de Hernando Arias de Saavedra, llegaron no solamente a dominar un pueblo, a moldear una sociedad, sino que a regimentar y a efectuar verdadera obra de progreso.

No otra cosa fué la que con más de 12.000 indios cristianos de diferentes razas, —según reza la historia—, en los que había: guaraníes, tupíes, minuanes y hasta charrúas, llevaron a cabo en más de siglo y medio de actuación; la que se vió derrumbar a raíz de la expulsión, y aquel pueblo organizado, disgregarse, abandonado a su suerte.

Y desde entonces, la decadencia se pronuncia (1).

Se les suele ver con relativa frecuencia ganando la selva, semidesnudos e hilachientos, melenudos y sucios, huraños y pedigüeños, con objetos de caza o de trabajo en las manos; algunos con las orejas horadadas y el mentón como lo acostumbra el macá, el pilagá y más raramente el toba; marcado el rostro con figuras extrañas, más frecuentes en las mujeres que en los hombres, las que van cargadas con sus niños, abiertos de piernas y desnudos, sobre las caderas y de lado, o con un haz de raíces tuberáceas o de leña recia sobre el lomo curtido, de aspecto broncíneo, seguidas por la prole pequeña y los perros flacos.

(1) Apenas un rayo de luz clarea en el horizonte, color de esperanza, debido a la patriótica acción de la H. Comisión de Reducciones de Indios, de la que esperamos una obra constructiva que recién empieza.

La masa autóctona deambula a tientas, buscando la luz, enfermiza y pobre, envenenada e inanente, en medio de un mundo adverso, lleno de maldad y de egoísmo, de prejuicios; de un mundo trastornado hasta lo increíble, donde se sueña hasta despierto, alucinados con el esplendor de Marte.

La mueca salvaje, entonces, se torna en aire de sumisión y se lee en sus oblicuos ojos de extraña penetración, la resignada compostura de un espíritu deprimido, que lleva la emoción en los labios y la paciencia en los pies.

Y continúa...

Guaycurú, 1936 (Formosa).

Esta obra ha sido publicada en " El Reflector ",
de Pigüé, bajo el título de " Páginas Sueltas ",
debido a la acogida que le dispensó
su director, Don Antonio Felice,
por lo que le estamos
agradecidos.

INDICE

	Pág.
El Chaco. — La llanura y el monte	7
El indio	9
La toldería	25
El cacique	30
La mujer, el niño, los domésticos	36
La indolencia indígena, educación, instrucción, estímulo	41
La cosecha	51
La industria	56
La explotación del indio	60
La caza	64
La pesca	67
Danza indígena	72
La escena	75
Litigios	76
Juego	77
La fauna y la flora	81
La medicina	123
La sarna del quebracho	128
El enfermo	131
La muerte	133
La decadencia de un pueblo	137

Esta obra se terminó de imprimir el 30 de octubre
del año 1937 en los Talleres Gráficos
de la Penitenciaría Nacional
de Buenos Aires

* * *

ProBiota

(*Programa para el estudio y uso sustentable de la biota austral*)

Museo de La Plata
Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP
Paseo del Bosque s/n, 1900 La Plata, Argentina

Directores

Dr. Hugo L. López
hlopez@fcnym.unlp.edu.ar

Dr. Jorge V. Crisci
crisci@fcnym.unlp.edu.ar

Versión Electrónica
Diseño, composición y procesamiento de imágenes

Justina Ponte Gómez

División Zoología Vertebrados
FCNyM, UNLP

jpg_47@yahoo.com.mx

http://ictiologiaargentina.blogspot.com/

http://raulringuelet.blogspot.com.ar/

Indizada en la base de datos ASFA C.S.A.